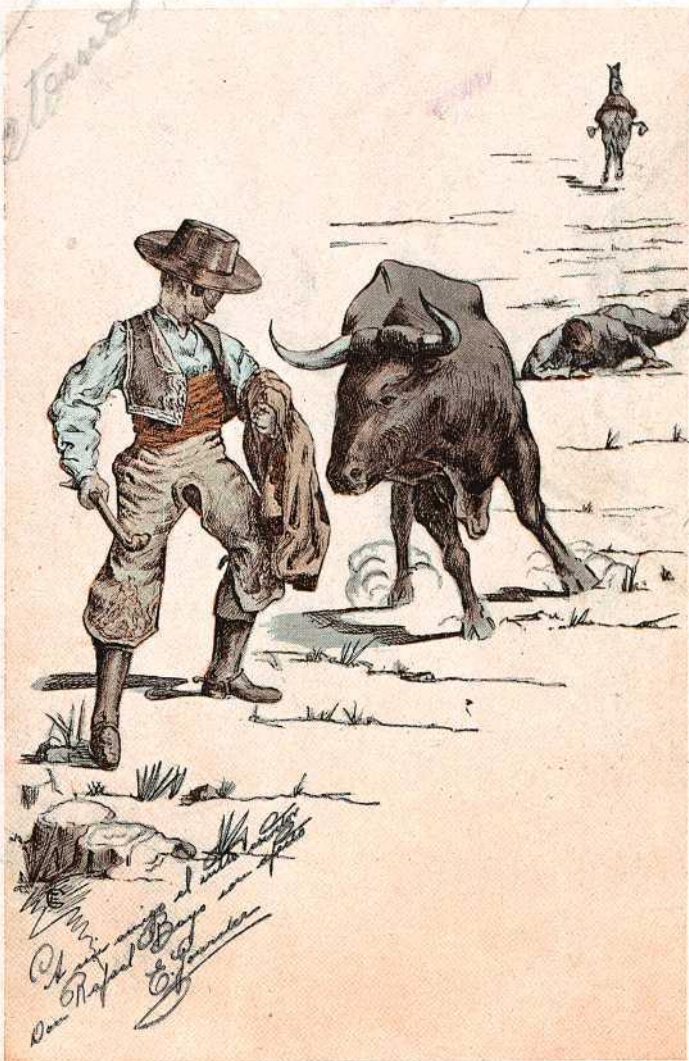




Claveles Rojos

NOVELA DE COSTUMBRES ANDALUZAS



por RAFAEL BAYO PERIAGO

4

CLAVELES

ROJOS

NOVELA ORIGINAL DE
COSTUMBRES ANDALUZAS

POR

RAFAEL BAYO PERIAGO

Granada 1.º Diciembre 1924

Tomo Primero

EDITORIAL ARTES GRÁFICAS GRANADINAS

Plaza de Gamboa núm. 15

Granada

Año 1926

LIBRERIA E IMPRENTA
EULOGIO de las HERAS
CICRPOS, 13.-SEVILLA

CLAVEL

ROJOS

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.
RESERVADOS TODOS LOS DE-
RECHOS PARA ESPAÑA Y EL
EXTRANJERO.

RAFAEL BAYO PERIAGO

Impreso en Diciembre 1984

Sociedad Anónima de Ediciones y Publicaciones
Calle de Colón nº 10
41013 Sevilla

A mi infortunada y queridísima hermana Juanita.


Tu santa inocencia y tu fraternal cariño, vieron bellezas, donde sólo había fruto modesto de mi escaso ingenio.

Ya que alentaste mi idea y fueron tus ruegos los que obligáronme a dar cima a este pobre trabajo mío, sea "Claveles Rojos" el ramo de Siemprevivas que mi dolor ofrenda a tu memoria, ya que a Dios le plugo imponerte el tránsito de esta existencia efímera, a esa otra que nos eleva a la eternidad.

Me dejas en el mundo, abito de recuerdos y de penas cruentas; pero me sirve de consuelo saber que la separación es de un plazo breve, porque breve plazo es la vida.

Sean contigo, hermana amadísima, mis oraciones y mis lágrimas.

Rafael



La unificación y el desarrollo de
la agricultura

En esta materia y en el resto de las materias
de la agricultura, el Estado debe intervenir
de una manera activa.

La agricultura en España ha sufrido
una profunda crisis y es necesario
que el Estado intervenga para
reorganizarla y mejorarla. El Estado
debe intervenir en la agricultura
para mejorar la producción y
el bienestar de los agricultores.

El Estado debe intervenir en la agricultura
para mejorar la producción y el bienestar
de los agricultores. El Estado debe
intervención en la agricultura para
mejorar la producción y el bienestar
de los agricultores.

El Estado debe intervenir en la agricultura
para mejorar la producción y el bienestar
de los agricultores.

El Estado debe intervenir en la agricultura
para mejorar la producción y el bienestar
de los agricultores.



A MANERA DE PRÓLOGO

A pesar de ser Sevilla tan famosa y de haberse escrito tanto sobre ella, son pocos los que dan a la perla del Guadalquivir los honores que merece la antigua ciudad de las quince puertas.

La mayoría de los que de Sevilla se han ocupado, preséntanla como la Meca de la torería, del jolgorio, del chuleo, del cante, de la puñalada, del vino y del abribonado flamenquismo. Y no es esa Sevilla: aunque Sevilla sea el relicario donde más puramente se conservan las costumbres, las fiestas y los entusiasmos castizos, hay que hacer más honor a la fundada por Hércules Egipcio; a la que César erigiera en colonia bajo la denominación de Julia Romulea; a la que fué Convento Jurídico de los Romanos en la Provincia Bética, y Capital de dicha Provincia durante algún tiempo.

En Sevilla se asentó el trono Godo por espa-

cio de 43 años; se celebraron dos Concilios que presidieron San Leandro y San Isidoro; Sevilla fué la Capital de la España Árabe, a la que salvara de las garras musulmicas Fernando III el Santo; la que por más de 24 lustros se convirtió en la Corte de los Reyes de Castilla y en la que luciera el trono de aquellos Soberanos Católicos que ayudaran al Gran Genovés en la magna empresa del descubrimiento de América, entretanto que las huestes de tan gloriosos Monarcas daban cima a la Reconquista con la toma de Granada.

Desde San Fernando III de Castilla a Fernando V de Aragón, ocho veces celebró Cortes la histórica Ciudad, por ser una de las que tenían voto con título de reino.

Desde Sevilla partió Magallanes en busca del Estrecho de su nombre y del Mundo Novísimo.

En la gloriosa guerra de la Independencia, jugó un papel muy interesante con motivo de la creación de su poderosa Junta.

Fernando VII fijó su residencia en la tierra de María Santísima, durante la invasión francesa, siguiéndole su familia, el Gobierno y las Cortes.

Sevilla se constituyó en defensora de las libertades nacionales, sirviendo de prólogo al desgraciado suceso que defraudara la esperanza del Cantón Andaluz, en cuyo suceso supo derramar a raudales su generosa sangre.

Los que amamos lo castizo, lo típico, lo netamente español, debemos cuidar mucho de no ha-

cer muy cálido el estiaje de nuestros entusiasmos, pues como el libro rebasa las fronteras y desde el opuesto lado han de formar juicio de nuestros propios decires, no es bien que nos exponamos a ser los primeros culpables en que el extranjero avizore capas grises o negras, donde sólo hay nitidez maravillosa.

Cada pueblo guarda su psicología íntima, y de ella hacemos base fundamental los autores, para dar carácter y originalidad a nuestras obras. Esto no es pecado; y no es pecado, porque nosotros trataremos de intuir esa misma psicología, por el deseo de ocuparnos del paradisiaco país nacido bajo el rescoldo de un sol escaldante; del paradisiaco país que hace entrever al pueblo español como algo espasmódico, emocional y vigoroso; como algo que acusa clandestinidad para otros; como algo en fin, que se convierte en ansiado asilo donde descansa el alma brava de esta tierra única.

Hablemos de Sevilla y digamos que hay en ella toros y toreros, cante jondo y chulos bien plantaos, vinos y navajazos, campanelas de baiaores, alegres repiqueteos de postizas y arpegios de guitarras que desgarran el alma con desbordamientos de enardecedoras armonías; que hay amores ardientes que achicharran el corazón y hacen hervir la sangre; que hay tabernas y matones; gitanos y perdidas; luz y entusiasmo; cuanto es natural de todo país soñador e impulsivo y que si bien es cierto que esa

amalgama de cosas heterogéneas no ascienden a la cumbre, tampoco todas se hunden en el fondo hamposo de las desvirtudes que padecen los pueblos que protestan, antes de que sus defectos sean protestados.

Busquemos en los arrestos de la gente crua motivo bastante para que surja la trama, ya que tal seduce por sus virilidades a los mismos que usan del sarcasmo y de la mordacidad, para después hacerse vulnerables al deseo de venir a España deleitándose con nuestras corridas de toros; con nuestras zambras; y con nuestros cantos, sin dejar de inquirir nuestros más típicos centros de libertinaje, por si en la loca embriaguez de inconscientes desatinos, hubiera ocasión de distraer el tedio contemplando la parte trágica del drama.

Hablemos de Sevilla gimiente, suspiradora y bravía: pero antes digamos de ella, que no es sólo Triana, la Macarena y el Postigo del Aceite; que no es sólo la de las Tientas y Cerrados; la de las broncas y corrales; la de mantones terciados y chaquetillas cortas; la de Tufos y Tonadilleras, no. Es también la de Universidad famosa, la de las Reales Academias de Bellas Letras y de Bellas Artes, la de las Escuelas Normales y de Náutica, Seminario Conciliar e Instituto General y Técnico, la de numerosas Bibliotecas, Hospitales, Dispensarios médicos, Asociaciones de Socorros Mútuos e importantes Centros destinados al auxilio de los enfermos y menesterosos; la

que ofrece un contingente provincial de 900 Escuelas de primera enseñanza con 78.000 alumnos; la de ricos Museos, y todo cuanto demanda la imperiosa necesidad de la instrucción y de la protección.

Hablemos de Sevilla, sí; pero antes digamos que es la de los monumentos notables, calles hermosas, plazas lindísimas, deliciosos jardines, edificios soberbios y puentes magníficos.

Es también Sevilla, la de la Torre del Oro; la del maravilloso Alcázar; la de la Giralda; la de la Lonja; la de soberbio Templo Metropolitano; la de esas joyas llamadas Palacios de San Telmo, Arzobispal, Aduana, Audiencia, Archivo de Indias, Casas Consistoriales, de Pilatos y de la Moneda; es la del célebre Acueducto de los Caños de Carmona; la de importantísimas industrias tales como la muy renombrada Cartuja, Fábricas, de Tabacos, Cristal, Loza, Papel y Jabones; Fundiciones de Bronce, Hierro y otros metales; Pirotecnia Militar y Maestranza de Artillería; Minas de Plata, Cobre, Hierro y Carbón; Canteras de Mármol, piedra de Granito y Cal; Aguas Mineromedicinales; notabilísima Ganadería, y un gran Comercio de importación y exportación; es en fin, la de magnifico Puerto; la de la Feria más esplendente y rica de España; la de las obras magistrales de la Corta de Tablada, y la poseedora del novísimo Parque conceptuado como uno de los mejores del mundo.

Hablemos de Sevilla, pero digamos que en esa

preciada flor que crece entre idílicos jardines y perfumadas campiñas, vieron la luz Pomponio Mela, Elio y Trajano; tuvieron sus moradas Cervantes y Colón; aspiraron los primeros incienso de la vida, Murillo, Velázquez, Pacheco, los Castillos, los Herreras y muchos más que fueron gloria de las Ciencias, las Letras y las Artes patrias; gloria de cuanto surge refrigerativo entre cristalinas aguas de esa fuente que espande sus ricos caudales por los derechos cauces de la humana sabiduría.

Dicho esto así para las almas sumidas en el abismo de lo pretérito engañoso; para quienes creen que el suelo sevillano es campo donde solo fructifica la semilla de la chulería, del jolgorio, del vicio y de las africanas pasiones, vean que no tienen concepto de la realidad. Sevilla es la tierra de la emoción; la tierra exaltada y romántica a la vez; la que sabe sentir el placer y la pena con igual grado de honradas pasiones; que no es la cuna de esos gitanos de mirar fendiente y cabellera grifa, de rictus ferino de avidez; como no es París, el París de la Barrera donde se esconde el apache, ese ente de melenas hirsutas que se convierte en polvo cáustico para la sociedad; como no es Londres, el Londres de los suburbios por donde se desparraban los enamorados del crimen, los racimos de horca, esos fungarios de los apartados arrabales, que se miran satisfechos de sus infamias con toda la fuerza atávica de su perversidad.

Es Sevilla, la que presa la luz y el encanto; es el país en que la alegría se desborda con mayor ardimiento. Y si por acaso alguien pudiera calificar de egoistas nuestros dichos, por considerarlos hijos de un sentimiento parcial, diremos que no nos cupo la dicha de nacer bajo el impoluto cielo de la Ciudad maravillosa, circunstancia que nos ofrece una mayor independencia para juzgar y decir con verdadera imparcialidad.

Cumplida la misión que nos impusimos de hacer justicia a la Sultana del Guadalquivir, daremos comienzo a nuestro trabajo, sin que a nadie extrañe que este juglar sin ingenio, después de todo lo dicho venga a ocuparse ahora de tientas y fandangueros; de torerías y de arrogancias majas.



CAPÍTULO I

MARÍA DEL CARMEN

Así era llamada la hija de Pedro Antonio el Mayoral de la famosa ganadería de reses bravas propiedad del rico hacendado Don Juan Manuel Cubero Arenas, horro de obligaciones, viudo sin hijos, señor de abolengo emérito, por la contumacia de sus vicios, y que si bien éstos pudieron llevarle al abismo, usaron con él de una inverosimilitud piadosa, convirtiéndole en un Herodes Ático a expensas de las pacientes víctimas de su connatural maquiavelismo.

María del Carmen, era la condenación de los hombres; porque condenarse reputábase como preciso, ante las sugestivas tentaciones del óvalo impecable de su cara; del mentón alabastrino; de los ojos negros, de un negro absoluto y coruscante, aureolados con cárdeno cerco que hacían-

los más enloquecedores, de las enroscadas pestañas doseladoras de unas pupilas de poder taumatúrgico, de su boca de clavel abrioleño, de su cabellera que desmaya sobre los hombros parva y espléndida y de su cuerpo preciso de líneas y envuelto en veste sencilla y airosa.

Había que rendirse: ¿cómo no?; había que rendirse ante su ópima juventud, ante su busto hermético como simetría exacta de un nielado, ante la divina merced de su belleza, ante la imponderable llenez de su gracia, ante todo lo que hacíanla irresistible, deseada, como el tesoro de los Jimas.

Pedro Antonio velaba por aquel encanto de mujer, como el avaro vela por su caudal.

Desde la muerte de su esposa, la infortunada Virtudes, dedicó sus anhelos a la pequeñita; como si arrancando la vida a la madre al venir al mundo la criatura, en el cuerpo del tierno angelito, se hubieran encerrado las dos almas.

María que no pudo paladear los goces del maternal cariño, fundió los grandes efluvios de ambos amores, en uno solo.

¡Pa mí toitos los sufrimientos!—decía Pedro Antonio—pero, ¿pá mi niña, pá mi Carmela, pá mi hijita de mi *arma*?... na de fatigas como zu pare puea.

Y en efecto: la huerfanilla tuvo los mejores pañales, las mejores nodrizas, los más acendrados mimos, los más tiernos cuidados y las más ciegas caricias, por parte de quien se desvivía y

luchaba para que de nada escaseara *aquel pedasito de su corasón*—como Pedro Antonio expresábase siempre al referirse a su Maruja—tierno fruto de su amor tan puro como inolvidado.

Fué creciendo el Lirio a la sombra del Roble, hasta que el tiempo exigió otros cuidados.

La niña acababa de cumplir siete años y el celoso padre no quería que su Carmela pasara los días bajo la campana de la chimenea vernácula o atalayando la ancha extensión señera en la inmensa llanura de la Dehesa, que culminaba allá junto a las faldas rocosas de los montes.

Aprovecharía la primera ocasión que tuviera de bajar a Sevilla, y se llevaría a la niña para dejarla al cuidado de una parienta lejana que, según el dicho de Pedro Antonio, era la mujer «más zanta y de más *letra* que había *dende* la Macarena a Triana y *dende* Triana a la Macarena».

Y, ocurrió al poco tiempo que, Doña Encarna, la esposa de Don Juan Manuel, se puso muy malita; y empeoró con tal rapidez, que pasados ocho días cabales se fué derechita al Campo-santo; sin que le importara un ardite dejar desmirriado al esposo que, dicho sea de paso y en honor a la verdad, muy pronto curóse desazones, echando pelillos a la mar y a la espalda penas.

Durante la enfermedad de Doña Encarna, Pedro Antonio se vió precisado a pasar y a repasar el camino de la Dehesa a Sevilla y de Sevilla a la Dehesa, no quieran ustedes saber las veces. En una de ellas, montó a la grupa de «Avisao»

a María del Carmen y... ¡ála!... ¡ála!... ¡ála!... anda que te anda, anda que andarás, en menos que se dice, el padre y la hijita descabalgaban frente a la puerta de Doña Sacramentos, la parienta lejana de Pedro Antonio y la mujer «más zanta y de más *letra* que había *dende* la Macarena a Triana y *dende* Triana a la Macarena».

¡Válame Dios qué de agasajos, de zalamerías y de cosas buenas realizó la fidelísima ancianita, en cuantito que vió entrar por las puertas de su casa a los recién llegados!...

— ¡Por la Virgen de la Esperanza! — gritaba loca de contento la pobre señora — ¿quién había de decir, que tú fueras dueño de este capullo de rosa?... ¡Es un querube!... ¡No le faltan más que las alitas para echar a volar, y remontarse hasta el Cielo!...

— ¿Y no le parese a ozté mejó que no zuba tan *arto* y que Dió me la conzerve acá abajito tan y mientras yo viva, pa que con zu manita de zea, cierre miz ojo er día que la *enlutá* me diñe de vera?

— No te pongas fúnebre Pedro Antonio: mi dicho no tiene otro alcance que el de testimoniar mi entusiasmo ante la incomparable hermosura de este portentoso que Dios te ha dado por hija...

— ¡Mucha gracia oña Zacra!...

— No me hables con tanto rēspeto, niño mío; porque quieras o no, aunque lejanos, somos parientes. Ya tu ves; prima de la suegra de tu madre...

—¡A vél!...: dezplíquemelo mejó pa que yo m'entienda...

—No seas torpe, pues la cosa está muy clara; mira: yo soy prima hermana de tu abuela pater-na, tía segunda de tu padre, tercera tuya y cuar-ta de Carmelita.

—No farta ma quer quinto y er bordón y zemo la encordaura completa pa la guitarra.

—¡Qué cosas dices Pedro Antonio!...

—¿Ez mentira oña Zacra?...

—No, hombre, no; tienes razón.

—¿Y qué tal, qué tal?: ¿hay muchos chavales ajora?...

—Entre niñas y niños, treinta y seis.

—¿A como le pagan a'zté?...

—¡Pchs!... Como caen las pesas: unos, a dos pesetas; otros, a seis realitos, y los más a unas dietas nominales: ...¿Tú me entiendes?...

—¡Ya!... ¡ya!...: ¡pué, lo que toca por eze ca-mino, no jar'azté fortuna!...

—Después de todo no me quejo; para que tú veas. Gracias a Dios voy saliendo, cubro más o menos holgadamente las necesidades, y esto ya es bastante teniendo en cuenta los tiempos que corremos.

—¡Y, jag'azté una carrera pa na!... Dezenga-ñez'osté oña Zacra: ¡quien con niño z'acuesta, zuyao ecétera!: ¿no izen ezo luego?...

—Sí, eso se dice: solamente que tú has metido un poco tarde la etcétera Pedro Antonio.

—¡Qué quieozté!... ¡ez uno tan inorantel!...

Por ezo no me da gana que a mi niña le paze iguá c'a zu pare, y la traigo a la vera de la mujé ma zanta y de ma *letra* que hay *dende* la Macarena a Triana, y *dende* Triana a la Macarena. ¡Quiero que Mariquiya zarga ma fina quer corá!...

—Muchas gracias hombre, por el buen concepto que tienes formado de mí.

—¿Qué gracia, ni qué niño muerto?... ¿Le dao a'zté entovía la maz pajolera coza?...

—Ni necesitas darla. Ten en cuenta que esta niña es tu hija, y tú mi único pariente; con lo que quiero demostrarte, que de lo poquito que yo tengo, eres mi heredero universal. Y, aunque insignificante sea el fruto, ya sabes que esta casita que representa mi único patrimonio, ha de ser tuya el día que yo muera.

—¡Que tarde muchoz año en recogé la herensia!: primero, poique yo la apresio a'zté mucho; y dezpué, poique a ezta hijita e mi corasón le jase ozté mucha farta. ¡Zeazté *dende* hoy zu mare-sita, y que Dió le premie la güena obra!

Tal fué el acento de dolor que Pedro Antonio dió a sus palabras, que Doña Sacramentos, sintióse emocionada, derramando abundantes lágrimas, mientras que estrechaba sobre su pecho a la infantil huerfanilla: ¡nunca!..., ¡nunca!..., ¡nunca se apartará de mi lado!... ¡Yo seré para ella la madre que tú deseas!...

—¡Yo no zirvo pa ezta coza; la verdá!: ze me corta de un pronto er rezueyo, y ya no pueo ni rezpirá!...

—¡Pobrecito!... Pues mira hijo, fuera tristezas, y a pensar el modo de hacer feliz a este capullito de azucena.

—Dió le pague azté tor bien que jaga con mi María er Carme. Ahí dejo eze cachito e gloria que'z mi vía...

—Pero, ¿dónde vas?

—A la obligasión, zeñora.

—No será sin almorzar antes de irte; ¡no faltaría otra cosa!... Mira; no te podré dar pechuguitas de Ángel como yo quisiera para tí; pero un par de huevos, unos pedazitos de longaniza, un poquito de vino, ricas olivas, fruta sabrosa y pan blando,... ¡vaya que sí!... Gracias a Dios, de todo eso tengo en casa; si no muy abundante, tampoco tan escaso que no haya para quedarnos satisfechos. Con que ya tú ves, que si no podemos decir que nos damos un banquete, riéte tú; que lo que es pasar necesidades, tampoco es lema que se ha escrito nunca en este hogar. Así pues, ya lo sabes; el comedor espera gente, y bien segura estoy de que allí encontraremos algo con que satisfacer el apetito.

—Mucho lo agradezco fiita; pero no pué ze. Me viene tazao er tiempo, y el amo ezpera.

—¡Ay Dios!... ¡Si total son unos minutos más!...

—¡Otra vél!... ¡otra vél!...

—¡Qué tenaz eres, recondenado!

—¡Qué quié ozté!: en uno manda tor mundo y no quea otro recurso que aguantá, jazfa que la

zuerte loca jaga que cambiemos de posición.

—No quiero insistir, por si acaso mi buen deseo pudiera perjudicarte.

—Cazi zeguro: ozté no conoce ar ganaero;... e lo peorsito der ganao...

—Pues, hijo, ya sabes que siento mucho que no te quedes a almorzar conmigo.

—Zi hoy no pué zé, otra vé zerá. Con que, lo dicho tiita Zacra: ¡mi niña, mi niña y mi niña!...

—No tienes que recomendarme lo que por el angelito mismo harto recomendado está: vé tranquilo.

Pedro Antonio estrechó fuertemente la mano de la ancianita; y cogiendo después en sus brazos a María del Carmen, colmóla de besos hasta que a él se le colmaron los ojos de lágrimas. Entonces hizo un esfuerzo; dejó en el suelo a la niña pareciéndole que tras ella se le iba el alma, y reiterando el saludo a Doña Sacramentos, echó a andar limpiándose ese santo rocío del sentimiento con el envés de la mano.

—¡Papá!..., ¡papá!...—gritó la criaturita.

—¿Qué quieres ángel mío?...—contestó Pedro Antonio desde el umbral.

—¿Vendrás a verme?...

—¿Podría yo viví, zi no?... ¡Vendré toíto lo día!...

—¿Me traerá mucha coza?...

—Zi riquita: ¡mucha!... ¡mucha!... ¡toa la que tú quiera!...

—¿Y una muñeca grande?...

—También una muñeca. Verás; ajora mizmito voy por eya, y ya eztá aquí enzeguía.

Pedro Antonio montó de un salto; y corriendo la espuela al caballo, desapareció a buen paso por temor de arrepentirse de la separación de su niña, aunque harto sabía él quién era Doña Sacramentos y cómo había de tratar al bebé encantador.

* * *

Todas las noches, con frío o con tibieza, con buen tiempo o recia lluvia, *Avisao* galopa con las orejas híspidas, como caudato de un turbión, como nerviosa jarifa, llevando sobre sus lomos a Pedro Antonio, hasta dejarlo frente a la casita del barrio de la Macarena.

Así fueron pasando los años, hasta cumplirse diez justitos; al cabo de los cuales, la buena Doña Sacramentos dispuso morirse, cuando había llegado a ser una necesidad imperiosa para María del Carmen y María del Carmen el todo para Doña Sacramentos.

¡Pobre viejecita!... La casa, dos mil pesetas ahorradas, sus modestas ropas, sus muebles sencillos, una sortija, su crucecita de oro, sus pendientes de coral, dos mantillas, todo para su idolatrada María del Carmen. Y le dejó más; lo mejor, lo de inestimable precio: le dejó sus bondades, sus morales consejos, su sapiencia y sus sentimientos de insuperada pureza.

¡Qué dolor más grande sintió en el corazón la hija de Pedro Antonio, cuando su padre se vió obligado a separarla del cuerpo inánime de la ancianita!...

Parecíale a la joven que aquellos cerrados ojos se abrían y la miraban; que aquellos labios sumiditos le sonreían; que aquella boca decolorada y exangüe iba a desplegarse para decirle con toda la mansedumbre que tan peculiar le fué en vida..., ¡no te aflijas!..., ¡no llores!...: yo seguiré queriéndote desde allí; desde allí que es donde más se quiere, ya que aquel lugar de prez santa, nos separa del légamo pecador.

Después de haber cumplido con la más piadosa de las obras de Misericordia, dejando a Doña Sacramentos en la postrer morada, Pedro Antonio cerró la puerta de la casita, llevándose consigo a la dolorida hija, ansioso de que ésta encontrara en el campo, confortador para su anaplesia, después de tanta pena sufrida en recuerdo de la difunta. ¡Fué mucho el estrago que hiciera en la naturaleza de María, la muerte de su adorada ancianita!

*
*
*

Pasó el tiempo; y como quiera que éste es un gran sedativo para los duelos, el tiempo pues, fué el encargado de mitigar los pesares hasta conseguir que la gentilísima moza aceptara la resignación como avisado mañeruelo.

Cuando la presentamos a nuestros lectores, hace dos años que doña Sacramentos voló a mejor vida, y no son precisamente los diecinueve abriles con que contaba la estupenda hija del Mayoral, los más a propósito para entregarse a los eternos rezos, sumirse en constantes tristezas y dejar correr indefinidamente las lágrimas; y menos si todos los días se está escuchando el canto alegre de las sevillanas, y el repiqueteo invitador de los palillos.

Dicen que arde
la casa de Cupido
la casa de Cupido
la casa de Cupido
lo vés.

Dicen que arde.

CAPÍTULO II

CURRITO RAMIREZ

El simpático macareno de piel lene y trigueña, de pupilas claras y retadoras, de correctas facciones y hechuras gráciles, león en el peligro, en esos difíciles momentos que son como atisbos de la muerte, tierno y apasionado en esas horas fáciles de idílicos misterios, de encantos brujos y de coloquios de amor.

Currito, el más varonil, el más gallardo, el más diestro, el más querido y famoso de los lidiadores de su tiempo, ha llegado a la cumbre de la gloria, después de mil penalidades pasadas como todos los que se deciden por la difícil profesión de lidiar reses bravas.

Inmerso en el sopor de su pasión favorita, avizoraba como cuadros de pasados sueños, cuando pinturero y chulillo, aficionado a los to-

ros y a las hembras fáciles, recorría los pequeños pueblos en busca de capeas donde poder lucir sus precoces habilidades; cuando con rabia incontenida repelía la oposición de los profesionales, siempre que sus inclinaciones le obligaban a descender furtivamente a los ruedos, para recortar a la irritada fiera con su capotillo de percal de dos reales la vara.

Currito, era hijo de un banderillero muerto en la plaza santanderina: y aunque si bien no le cupo la dicha de conocer a su padre, porque cuando ocurrió la desgracia, solo tenía nuestro héroe escasos dos años, sí en cambio le cupo la de heredar su arrogancia, su sangre y su guapeza.

Y no fueron disgustos y desazones los que pasó su pobrecita madre para ver de sacar adelante aquel tierno retoño, a fuerza de puntadas de su diestra aguja que hacía primores, en cuanto que la hembra del infortunado pareador, se disponía a sentar sus reales como costurera.

¡Válgame la Magdalena, qué de angustias y de cuidados pasó la hermosa viuda, así que tuvo noticias de que su niño, aquel hijo de su alma, olvidando la escuela y recordando el arte, empezaba a viajar en los topes por esos mundos de Dios, en busca de fama y de dinero...! ¡Con lo difícil que se hace éste, y lo desdeñosa y coquetuela que se muestra aquélla!...

Quiero que mi mare zea rica, que no trabaje má, que jarto a *trabajao* la pobresita dende que aquer mardito toro «Facurtade», arrancó a mi

pare la vía y a nozotro la *dizpenza*:—contestaba el chaval, cada vez que alguna conocida comadre, pretendía hacerle desistir de su arriesgada afición.

Mi niño, no zerá torero como yo puea:—bisbisaba la madre sin que se parara a pensar que cuando la fiebre toreril hace presa en la carne sevillana, es imposible conseguir la salud del paciente.

Doce años habían pasado desde aquel horrible día en que el papelito azul transmitió la infausta nueva de la muerte de Angelillo.

¡Dió mí; dose año e yanto y amargura, no e baztante sufrí!... ¡Jasé poi que el hijo de mí'zentrañas, orvie eza mardita afisión que tantos dolores cuezta!...—repetía a cada instante la infeliz *Campanera*.

Lágrimas, súplicas, consejos, azotacinas; todo inútil. Currito rompía las cerraduras, gazapeaba por los tejados, deslizábase por las canales, descolgábase por balcones y rejas; hacía todo aquello que más rápidamente le ofreciera la libertad, para correr en busca de las más caras emociones.

Escondido entre los revoltijos de una batea; cabalgando a horcajadas sobre los topes de un tren más o menos rápido; corriendo por las techumbres de los vagones para así burlar la persecución de los ferroviarios; tendido a lo largo de los estribos en los coches de viajeros o haciendo verdaderos e inverosímiles prodigios de habilidad y valor, asido al bridaje de la basa de

un furgón, sin que el inminente riesgo que representa tal medio de transporte, llegara a suspender la grandeza de su ánimo; ejecutando verdaderos ejercicios acrobáticos en la zaguera de una machucha diligencia o de un pesado carromato; saltando vericuetos, salvando precipicios, vadeando ríos sin fijarse en el caudal más o menos impetuoso, más o menos profundo; corriendo por carreteras o caminos de herradura, que la comodidad no hace al caso, ni para los buenos aficionados es motivo de reparo alguno, allá vá Currito visitando todos los pueblos ribereños y otros que no son de la ribera, en busca de revolcones y de cornadas, para mejor hacerse a los toros, como don Quijote en busca de aventuras, para mejor hacerse a enderezar entuertos.

Un día, la paliza del astado bruto; otro día, la detención; hoy sin desayunarse; mañana sin almorzar: y así, entre fatigas y privaciones, entre peligros y dolores, iba pasando el tiempo, aunque es justo decir que no en balde para Currito.

Los pequeños públicos; esos públicos que son más exigentes por aquello de que son más ignorantes, empezaban a pronunciar con entusiasmo el nombre del chicuelo, y esto ya era una esperanza no desdeñable, para llegar a las grandes muchedumbres consagrativas.

Tres años de duro aprendizaje llevaba el hijo de Rosarito, cuando un día acertó a pasar por la dehesa de «Los Jarales» propiedad de don Juan Manuel Cubero, y allá se fué nuestro hombre

en busca del famoso criador de reses bravas.

Y preguntó y repreguntó por él; y llegó a molestarse porque ninguno de aquellos *maletas* era lo suficientemente generoso para darle noticias del amo.

Cuando más irritado mostrábase Currito, Cubero apareció en la puerta de la casa. Hay que advertir que a don Juan Manuel le previno muy en favor la simpática figura del niño juncal, por lo que avanzó resuelto hacia el lugar donde Currito se las mantenía a los más ternes mancoradores, y se hizo el silencio tan pronto como vieran llegar al ganadero.

—¿Qué te pasa mozito que tan disgustado estas con mi gente?—preguntóle al torerillo.

—¡Eztos *niños* que tién mu mal angel...

—¿Qué te han hecho?...

—Tanto como jaserme, no man jecho ná; por que tengo yo los carsonsito mu bien puesto pa que naide se le jeché ensima ar poyo e la «Campanera»... Pero, é er cazo que neceesito jablá con don Juan Manué, y... ¡que zi quiere mi arma!... ¡no jay quien me diga ni una pajolera palabra, ni pá la Vingen!...

A Cubero le hizo mucha gracia el desparpajo y la desenvoltura del muñeco y no pudo excusar la carcajada.

—Mira niño:—dijo luego a Currito en tono afectuoso.—Si tanto empeño tienes en hablar con don Juan Manuel, ya puedes ir desembuchando pues has de saber que el dueño de esta casa soy yo...

—¡No gazo'tzé groma cabayero!...

—No es broma lo que te digo.

—¿Pero de verita estoy jablando con el prensipá de la Dejesa?...

—¡Sí, hombre, sí!... ¿Qué es lo que tú quieres?

—¡Maresita mía y que gusto m'a corrió por tor cuerpo!... cazi me dán gana de perdoná a eztos ezgraziao!... Poz, verazte; yo zoy Currito Ramire.

—Por muchos años—le contestó Cubero en tono festivo.

—¡Mucha gracia!...: yá'zte zabe quien zoy yo!..

—¡Claro!... ¡acabas de decírmelo!... Currito Ramírez...

—Zí: ¿pero quién é Currito?...

—¡Tú!...

—¿Y yo quien zoy?...

—Currito Ramírez...

—No quiero desí ezo...

—¿A ver?... explícate mejor.

—Quiero desí, que a mí ze me conose ya en toz laos...

—¡Hasta en la escuela!...

—Y fuera de la escuela.

—¿Por qué eres tan conocido?

—Por el *cartelón* que me traigo.

—¿Cartel tú?... ¿de qué?...

—¡De güen torero!...

—¡Bravo!... ¡bien!... Y dime, dime...: ¿dónde has conseguido tanta fama?—continuó interrogándole en tono zumbón don Juan Manuel.

—Ya ver'azte: he toreao en Zantiponse, Zan Juá de Aznalfarache, Coria, Pedrera, Tosina, La Campana, Aguadurse, Dó Hermana y..., en milenta partes má que no digo, poique no quiero que me tome ozté por presumío.

—¡Ya veo que todas son plazas de alternativa!...

—Tanto como plasa de arternativa, no' zefió, don Juá Manué: pero zon plasa de guijarro mu duro, en las que los revorcones jazen zartá la zangre, zin que'r cuerpo ze enzuzie e porvo. ¡Ahí quiziera yo vé a lo niño de las 10.000!...

—¡Tienes razón!...

—¿Cómo que zi la tengo?... ¡Ezo e un viejo!..

—Díme: ¿tú has nacido en Sevilla?...

—Y macareno pa lo que disponga zu mersé. Yo zoy hijo de Rozarito «La Campanera».

—¿Tú eres hijo de «La Campanera»?...

—¡Hijo der tól!...

—¿Luego tu padre fué aquel Angelillo Ramírez, formidable banderillero que murió hace trece años en la plaza de Santander, al parear un toro de Saltillo en la segunda corrida de feria?...

—Jechura de Angeliyo zoy yo.

—¿Qué edad tienes?...

—Quinse año cumplí ayé.

—¡Justo!: dieciseis años hace que se casó tu madre y dos que estuvo en relaciones con Ramírez, dieciocho. No cabe duda alguna: los dieciocho años que han transcurrido, desde que Rosarito salió del taller donde le cosían a mi di-

funta esposa que Dios tenga en la Gloria. Ya veo que eres de buena madera. Cuenta conmigo, si demuestras aptitudes para poder llegar.

—¿De veras don Juan Manué?

—¡De veras!

—¿Cuando vază a queré que yo pruebe que zoy chipén?... Yo nesesito protersión y en buzca de éya vengo a ezta caza.

—Pues cuenta con la mía, en cuanto yo me entere que aprovechas.

—¡Águilas ar río!... ¿cuando vá a ze ezo?...

—Ahora mismo si tú quieres.

—¡Queriendo eztoy yo toa la vía!...

—¿Sí?... pues andandito niño...

Mira «Loquillo»—dijo don Juan Manuel a uno de los gañanes que se ocupaba a la sazón en transportar hierba fresquita al encerradero:—vé y dile al Mayoral que venga al corralón del centro, que hácia allí me dirijo yo.

El llamado «Loquillo», abandonó la carga, y marchó diligente en dirección al lugar donde Pedro Antonio cuidaba del ganado con los demás vaqueros.

Entretanto, don Juan Manuel y Currito emprendieron la marcha, y un cuarto de hora después encontrábanse dentro de los vastos corrales que servían de reposo a las reses.

El hijo de «La Campanerá», sentíase loco de entusiasmo al verse al lado de un ganadero y de un ganadero como don Juan Manuel, tan popular por sus riquezas, como por la justa fama de su divisa.

Todo allí era para Currito, emocionante, digno de admiración; pero sus más grandes sensaciones las experimentaba aspirando a pulmón lleno ese olorcillo a vacuno que también decía a su sangre torera, y tan embriagador resultara al simpático niño.

El hijo de Rosarito era en aquellos momentos como insectillo de agro afónico, cuyos élitros vibradores fueran impulsados por el deseo de extender las cerradas alas.

Contemplando las extraordinarias proporciones de aquel tapiado inmenso, los decolorados burladeros que lo circuían, la misma tierra arenosa que apretujábase más y más bajo sus pies, sentía el beso de extraño fuego, pensando tal vez en las disposiciones del anillo taurino. Aquellas tapias eran para el chaval una promesa; un anuncio de mejores días; días de gloria y de entusiasmo; de amor y de delirios.

Don Juan Manuel se estaba dando cuenta exacta de las impresiones que iba recibiendo el chucuelo, conforme recorría hasta el lugar más recóndito de aquellos tan nuevos y gratos para él. Su sombra se espaciaba en el suelo y ya mirábase gigante, creyendo real lo que solo era hijo de la ficción: es decir, de la ficción, no; hemos dicho mal; de esa inmutable ley que inicia la oblicuidad de los rayos solares cuando se le opone un cuerpo opaco, siluetándolo sobre la tierra empequeñecido o agrandado en sus proporciones, según se va haciendo más o menos efecti-

va la perpendicular de dichos rayos luminosos.

Para Currito todo cuanto le circundaba, era digno de ser contemplado con interés y detenimiento.

La hierba preparada en cajones bruñidos por la baba de las bestias ausentes, cuyo pasto había de ser consumido con fruicción al retorno de los feroces bovinos: los abrevaderos con agua espejeante saliendo de las gárgolas. murmuradoras: los establos sin fin, con plétora de férreos anillos, cordeles, nudozos maderos, toda esa amalgama con ribetes de austeridad, que elude por completo la idea de lo vanal para mostrarse con honores de cosa grande. Aquel silencio profundo, silencio de necrópolis, se adentra en el alma de Curro envolviéndolo en vulgarísima vaguedad, mientras que su cerebro fantasea bajo la acción de mil pensamientos incoherentes.

—¿En qué piensas Currito?...—le preguntó el ganadero.

—Pienzo en lo bien que ze ezta aquí, y en lo má que voy a ezta en cuantito que me vaya.

Ante aquella confesión del diestro incipiente, don Juan Manuel se sintió generoso y dirigiéndose al chaval le dijo:

—Como tú no desdigas la sangre, y hagas buena la casta, cuenta que en «Los Jarales» has de entrar siempre que quieras.

Aquellas frases sonaron en los oídos del niño como campanas de plata.

—Yo juro,—dijo en tono solemne aquel hom-

brecito en miniafura—que no ha de quedar ozté descontento de mí, don Juan Manué.

Apenas el chicuelo hubo pronunciado estas palabras, en la puerta del encerradero apareció la figura majestuosa de Pedro Antonio.

Moreno, fuerte, buen mozo, en esa edad cumbre de los cincuenta otoños; su cabello bronco, tupido, casi tordo, asoma descuidado por debajo de las alas rígidas de su sombrero que, el ancho barboquejo de seda endrina sujeta a la redondez de la barba como complemento del óvalo de su faz cobriza: sus ojos negros, fulgurantes, mejor parecen hechos para imponer, que para avizorar; las dos arrugas que a guisa de paréntesis cierran su boca de gruesos labios; sus amplios hombros; su pecho de atleta; sus membrudos brazos; su ancho cuello; sus piernas recias, musculosas; sus atezadas manos encallecidas por el incesante oprimir de la garrocha; el conjunto de su figura en fin, acusa en el recién llegado uno de esos bravos de alma entera, cuerpo de bronce y corazón de duro temple, capaz de reir ante los más inminentes riesgos, sin saber ni un solo instante dolerse al peligro.

La figura de Pedro Antonio, es verdaderamente sugestiva. Su chaquetón suspendido del hombro izquierdo y cuyo paño pardo hace resaltar siluetadas las anchas coderas de pana renegrina; la chaquetilla gris, ceñida; prietamente ceñida al tronco robusto: la camisa de chorrera, la faja de estambre rojo y sobre la faja, liada la honda de

tiras de baqueta, arma temible en manos de cualquier guardador de reses bravas; la fornida pierna cubierta por el calzón del mismo color de la chaquetilla, y sujetos a la cintura, los bordados zajones de avellanada piel con recortes superpuestos y formando dibujos caprichosos de original conjunto; por debajo de la abierta campana del calzón, asoma la alta bota de becerro vuelto, y sujetas por fuertes correillas que cruzando por por debajo del enfranque dan la vuelta hasta quedar abrochadas sobre el puente del pie, la fuerte espuela vaquera de alto gallo, cuyo argentado brillo se ve oscurecido a trechos por rojizas manchas que parecen de óxido, y son de sangre desecada que antes arrancara el jinete de los hijares del bruto.

—¡Dió guarde don Juan Manuel!...—dijo el Mayor al entrando al mismo tiempo que se descubría reverentemente—Me ha dicho «Loquiyo» que ozté me yama, y aquí estoy pa lo que quiera mandar.

—Mira, Pedro Antonio: hay necesidad de que le echemos un becerro a este buen mozo—y señaló a Currito—por si acaso fuera verdad que sacó la madera de su padre. Este chaval es hijo de aquel pundonoroso Angelillo, formidable banderillero que siempre prefería las cornadas a las cosas feas, y que por eso murió como los bravos, dando el pecho a los toros y llegando a ellos como solo aquel peón sabía llegar:... ¡pobre Angelillo!...

—¿Pero ezte chicuelo e hijo de Ramírez?... ¿Tu mare e Rozarito «La Campanera»?... preguntó Pedro Antonio a Currito, con ansiedad.

—Zizeñó:—hubo de contestar el chico—yo zoy hijo de Angeliyo y de Rozarito, pa lo que ozté mande a este chavá.

—Mucha grasía home:—y acercándose al muchacho lo estrechó sobre su corazón visiblemente emocionado—¡Pobre Angeliyo!... ¡qué lástima de torero!...

Tu pare, más c'un amigo mío, fué un hermano. Cuando vayas a caza dile a tu mare...:—«he estao con Pedro Antonio, he jablao con Pedro Antonio, me ha abrasao Pedro Antonio»—y verás; verás cómo las lágrimas que azomen a lo ojo de Rozarito «La Campanera», te disen toa la verdad de lo que Angeliyo fué pa mí, y de lo que yo fuí pa Angeliyo.

—Basta Pedro Antonio:—objetó don Juan Manuel al ver rodar dos lágrimas furtivas por la atezada faz del bravo acosador.—Que un hombre de tu temple, que el temido mayoral de «Los Jarales», que el valiente macareno, lagrimee como la Dolorosa, no dice bien.

—¿Qué importa ezo?...—respondió Pedro Antonio con firmeza—¡Pierde ar cachorro er león, y er león siente ar cachorro!... ¡que también las fieras yoran!... Pero, zacabó: fué un momento de recordá lo que zaquerío, y eze momento no jay quien lo evite cuando ze tié corasón...

—¡Es verdad!...

—Ya mizmo está aquí el utrero pa Currito, y vamo a vé coza güena; que güenaz y mu güenaz jan de zé las guapesa de ezte niño, por zé hijo d'aquér moso de arma resia...

—Yo diré ar corasón que apriete cuanto puea, pa no dejá má a mi pare:—respondió el chicuelo con decidor acento.

—Vamos a verlo:—dijo don Juan Manuel—Pedro Antonio venga ya el novillo...: mira; de paso, te traes el capote de brega que se dejó aquí las otras tardes Rafaelito el Gallo.

—¿Ande está?...

—Pídelo a Candelaria, que seguramente ella lo tendrá guardado.

Negro, botinero, bien puesto de defensas y de hermosa lámina, es el novillo que aparece en el corralón, revolviéndose nervioso al oír el golpe de la puerta cerrándose con violencia.

Currito se extremece de entusiasmo, y dirigiendo la vista hacia don Juan Manuel y Pedro Antonio que ocupan uno de los burladeros, les dice con esa ingenuidad propia del niño.

—¡Ajora vais ustedes a zabé lo que e afisión, y lo que e toreá con riñone y con vergüensa!...

—No olvides—le contesta el ganadero—que el capote que está en tus manos, ha levantado a los públicos con filigranas y reboleras...

—Que é, er capote del hijo de aquel gran Fernando maeztro d'Angeliyo:—añadió Pedro Antonio.

—¡Pue vaya por mi pare, por el maestro e mi pare, por el hijo del maestro y por oztés!...

Y alegrando al novillo, el chico se abrió de capa aguantando con indecible serenidad la tarascada.

Los dos únicos espectadores que estaban paladeando las exquisiteces de aquel trabajo que daba comienzo de un modo irreprochable, sintieron el escalofrío de la emoción.

Aquello era mandar, mover los brazos con destreza, repetir una y otra vez las suertes sin enmendarse; sus pies chiquitos, parecían clavados en el suelo; su figurita jocunda, linda, sugestionadora, siempre enhiesta, se agigantaba más y más ante el valor sin alardes, la serenidad sin engreimientos, y la valentía sin petulantes arrogancias. Allí era verdad todo. Los brazos del chaval dominaban a la pequeña fiera; exigían el tiempo de la suerte imponiendo el terreno en que la suerte había de ser ejecutada, para que la reunión se efectuase con toda la limpieza y exquisitez que impone el difícil arte de Romero. Hubo recortes ceñidísimos, verónicas inmensas, largas del gran Cordobés, galleos inmejorables, todo ejecutado de un modo magistral, materialmente metido en la *cuna* a veces, o rozando con su cuerpo los costillares de la bestia otras.

Esto hacía cuando Curro aún era impúbero.

El ganadero y el mayoral, creían que soñaban: aquello no podía ejecutarlo un niño de quince años. ¿Dónde y cuándo pudo aprender tanto,

haciéndolo de tan maravilloso modo?... Y no obstante era así, porque allí estaba el muñequín creciéndose de tal modo, que hubo de estallar el entusiasmo de los dos admirados mortales. Jamás vieron nada semejante: y esto lo decían, quienes nacidos entre toros y de los toros viviendo, habían llegado al máximo dominio, en cuanto se refiere al conocimiento de lidiar reses bravas.

Por «Los Jarales», había pasado y pasaba lo mejor, lo más famoso de la torería; y no obstante diríase que a los corrales de Cubero, ningún diestro había llegado hasta aquellos momentos en que Currito Ramírez, les hacía sentir todo el entusiasmo de lo supremamente grande.

El novillo codicioso y boyante, acudía con nobleza viéndose burlado en sus ansias de coger. Jadeaba la bestia, y sudorosa deteníase vencida por la habilidad del torero precoz, hasta que de nuevo recobraba bríos arremetiendo con mayor violencia.

Una de las veces en que el novillo quedó parado, el pequeño diestro quiso aprovechar tan preciosos instantes y entregando a Pedro Antonio el capote para recoger del suelo dos palitos como de una cuarta de largos, sereno, elegante y valeroso, cita al utrero, y cuando el bicho arranca, se vá hacia él guapamente, cuadra en la misma cara y señala un par que hubiera hecho suyo cualquiera de aquellos inmensos rehileteros que se llamaron Lagartijo, Guerrita, Fuentes y el menor de los Gallos.

Tres veces más señaló palos, y otras tantas se metió el niño con agallas para un par al cambio, otro de frente y el último de poder a poder; dejando absortos, a los dos hombres que presenciaban tanta maravilla de aquel raro prodigio.

Loco de entusiasmo, don Juan Manuel gritó a Currito: «¡niño, han tocado a matar; vamos a ver la hora de la verdad!»...

El minúsculo diestro sonríe como el que tiene confianza en sí mismo; coge de nuevo el capote, lía en el percal uno de aquellos palos que le han servido para marcar banderillas, apodérase de un listón que hay en el suelo, empúñalo como estoque, y váse en busca del morucho con más ánimo que el que más ánimo tuviera.

Apenas el hijo de Angelillo despliega el trapo rojo, el novillo arranca con poder y el niño lo cambia con tal arte, con tal precisión y arrogancia, que ganadero y mayoral prorrumpen en ¡bravos! y ¡olé! que van creciendo según crece la prodigiosa faena de muleta. Allí está la escuela rondeña con toda su variedad y pureza; allí está la escuela sevillana, con todas sus emociones y alegrías.

Quando ha toreado un buen rato y cuadra el morlaco, lía el muñeco, se yergue, cita guapamente conservando la postura, y sin mover los pies espera sereno: acude el aspirante a toro, el aspirante a espada cuela la pierna izquierda para consumir la suerte de recibir, y al señalar la estocada, líbrase del pitonazo con el quiebro del

cuerpo y el movimiento de la muleta. No cabe mayor limpieza en la ejecución.

Imposible describir el entusiasmo de *los espectadores*.

Pedro Antonio se corre hasta el burladero que defiende el ángulo de la puerta de entrada, y da suelta al utrero que segundos después marcha campo atraviesa mugiente y querencioso en busca del ganado.

¡Válame Dios y qué de cosas se vieron entonces en el amplio corralizo!... Don Juan Manuel por un lado y el mayoral por otro, qué de apretujamientos de manos, qué de abrazos, qué de halagadoras porfías...

Felicitaciones, alabanzas, entusiasmos.

—¡Eres el más grande!...

—¡Eres la gloria de la torería!...

—¡Eres lo que tú solo eres!...

Y Currito lloraba de gozo, sin saber como pagar tanto bien como se le prodigaba.

Cuando aquellos tres seres abandonaron el encerradero, don Juan Manuel se sintió orgulloso de su patrocinado; Pedro Antonio creyó que su corazón iba a estallar de contento ante la perspectiva risueña que el porvenir le ofrecía al hijo de su desgraciado amigo, y Currito estimóse triunfador, así como antes de acercarse a «Los Jarales», se consideró como algo inédito.

Para celebrar aquel éxito anónimo, hubo merendola y manzanilla, y obsequio espléndido y ofrecimientos y protección decidida: y tal fué lo

que se habló de Currito, con motivo de lo hecho por el chaval en la Dehesa de Cubero, que a los pocos días Sevilla derrocaba a sus astros, para levantar dólmenes en favor del flamante ídolo, con el entusiasmo propio de aquellos vehementísimos aficionados, nacidos bajo un sol incendiario, perfumes deliciosos, campos ubérrimos y cielo velado por un inacabable trozo de seda de Tiro.

En Sevilla fué una tarde grande; un verdadero acontecimiento el debut de Currito Ramírez.

La plaza estaba rebotante de público; esplendente de color; ahíta de luz. Millares de espectadores, esperaban ansiosos el momento de confirmar sus esperanzas o dar paso a las decepciones.

Un niño, una figurita de bibelot, un bebé indumentado con el traje de auríferos brillosos, aparece en el amplio portón de salida acompañado de sus compañeros de arte y de peligros.

La solemnidad del momento, hace que Currito respire convulsivamente como poseído de un acceso de calentura. Temblor nervioso agita su cuerpecito gracil, como si aquellas tiernas carnes fueran presa de un genio maléfico.

Por fin se oyen las notas excitadoras de un pasodoble torero; y después de la señal del Usía, cruzan el ruedo las cuadrillas, marciales y deseosas de lucir habilidades.

Hecho el paseo, cae la llave del toril, se cambia la seda por el percal, cunde el silencio y cada

uno ocupa su puesto dándose suelta al primero de la tarde.

Hadado fin la corrida. Los viejos inteligentes no recuerdan un día en el que la emoción fuera tan intensa y constante, ni el entusiasmo alcanzara las proporciones de aquel debut de grata memoria.

Inolvidable acontecimiento que encendió devoradora la llama del pasional arrebató en todos los corazones. Tal fué la faena que realizó aquel niño de quince abríles, aquel lidiador desconocido, aquel Curríto insuperado.

En hombros de los inteligentes, salió por la puerta grande para hacer el recorrido de las principales calles de la población, para escuchar las más justas aclamaciones, para desprenderse de los brazos de los aficionados y caer en los de la angustiada madre, que con mortal inquietud esperaba el retorno del hijito de su alma.

Sevilla primero: después Madrid, Barcelona, Valencia, San Sebastián, Málaga, Granada, España toda, se discute el momento en que ha de aplaudir al niño prodigio; al inconcebible coloso de tan cortos años.

Y Curríto Ramírez, vuela de triunfo en triunfo; su fama se agiganta; su nombre es un seguro éxito de taquilla; su escrituración el sueño dorado de los empresarios. ¡Era el más grande!...: ya se lo dijo Pedro Antonio la tarde del encerradero. Y Pedro Antonio sabía lo que hablaba en materia de toros y de toreros.

Dos temporadas de novillos fueron bastante para que nuestro héroe pensara en la alternativa, y allá a Madrid se fué en busca de la borla de doctor.

Consagrado el mozo cuando acababa de cumplir diecisiete años, lloviéronle los contratos de tal modo, que a los veinte, época en que lo presentamos a nuestros lectores al dar comienzo a esta novela, el hijo de Rosarito llevaba ganados dos millones de pesetas, según nos declaró en secreto, el Gobernador de ese Banco a quien todos los días saluda la Cibeles.

¡Hay que ver la fortunita; que muchos son los peligros, pero muchas también las riquezas que ofrecen los toros, cuando se tiene la suerte de llamarse Currito Ramírez y la de no tropezar con las endiabladas astas, para que estas eviten el pasaporte hacia el otro mundo al desdichado que menos lo espera!...

Irrazonado resultara quejarse el macareno de la prodigalidad con que Dios le favorecía, ni de las mercedes con que Fortuna le colmaba. De seguir así, dable le fuera asegurar que como elegido, vino a este mundo donde la vida es tan deleznable, sin que a él le amargara con el paladeo de las múltiples acibaraciones que vierte con tenaz insistencia, sobre los labios de los demás hijos de la tierra.

¡Pero es el sino un arcano, y el Porvenir tan veleidoso!... ¡Quien sabe!... ¡Fiar en el presente, es ilusorio!...

... que se han de hacer para que el libro sea útil y agradable. El autor debe tener presente que el libro es un instrumento de cultura y de educación, y que debe ser escrito con claridad y precisión. El lenguaje debe ser sencillo y directo, y el estilo debe ser elegante y correcto. El autor debe tener presente que el libro es un instrumento de cultura y de educación, y que debe ser escrito con claridad y precisión. El lenguaje debe ser sencillo y directo, y el estilo debe ser elegante y correcto. El autor debe tener presente que el libro es un instrumento de cultura y de educación, y que debe ser escrito con claridad y precisión. El lenguaje debe ser sencillo y directo, y el estilo debe ser elegante y correcto.



CAPÍTULO III

EN LA DEHESA

La gente se afanaba en los últimos detalles de arreglo, para las operaciones de acoso y herrado que al siguiente día habían de dar comienzo en la Dehesa de «Los Jarales».

Aquella misma tarde habían llegado de Madrid los muy ilustres próceres don Buenaventura Castral Iñiguez y Ponce de Acuña, lleno de la vanidad pródiga del soberbio heredero de los más ricos ducados; el Marqués de Montesbajos, de carácter irascible, de esos que tratan a sus inferiores férula en mano, e imponiendo leyes draconianas; el Barón del Romeral, pobre señor muy amante de los asuntos bucólicos, y sencillo hasta el extremo de sentirse feliz cuando croaban las ranas; y el Vizconde de Encinares, aristócrata sin recordar para nada su aristocratismo,

hombre espléndido, franco, noble, convertido en patrón de sus sirvientes y cediendo a éstos, todos sus derechos de patronazgo.

Los cuatro, con sus respectivos Ayudas de cámara, ocupaban ya las habitaciones que de antemano se les había designado en el caserón inmenso.

De Sevilla asistirían los Condes de Villafranca del Mar, los Marqueses de Altozano con sus dos preciosas hijas, los Vizcondes de Robledo y hasta veinte huéspedes que añadir, pertenecientes todos a las más ricas y linajudas familias de la Capital.

Para tomar parte en las faenas, habían sido invitados los diestros que más fama disfrutaban, a los que ayudarían gentes de sus cuadrillas.

Don Juan Manuel, había procurado que en la fiesta típica no faltaran los indispensables números de baile y *cante jondo*, ni nada de lo que pudiera denotar descuido o falta de celo, en el programa de lo que había de ser juerga sabrosa, castiza y andaluza.

La comida en el campo, guarecidos en la tibia que presta la sombra de los chaparrales, entre digitales y jaramagos, tendidos en el suelo escarbado por las pezuñas de los toros y húmedo por el babear de las reses: la comida, sí; en el campo; bajo el cielo cristalino de Sevilla; entre oleadas de luz y oleadas de jerez; entre magir de fieras, cantos andaluces y alegría desbordante; la comida, sí; en el campo; entre abra-

sores de sol, de ojos gitanos y agoreros, de risas y promesas, de suspiros y zalameos; entre ansias de amores, delirios y gloria, que gloria es querer, cuando se quiere aspirando belleza, peligros y aromas.

El baile debajo del emparrado; entre verdores y grumos nacies; entre brisas de invitación, ansias de hervidora sangre, repiqueteo de palillos, rasguear de guitarras, siseos brujos de pies ligeros, escapadizos, diestros, rozando ráudamente la tierra arenosa; baile gitano, baile castizo entre jalear de voces instigadoras, entre entusiasmos locos, carcajadas truhanescas, jadeos pasionales y suspiros cadenciosos. El baile entre raudales de vino, chocar de copas, miradas de celos, gestear de amores y todo ese mundo de crecientes venturas que saben a lo que no saben esos mismos idilios en tierra que no sea castiza y bruja, como esa tierra de misterios y pasiones; como esa tierra encantadora que se llama Sevilla.

Fiesta de hombría donde se prueba la destreza y el valor; inimitable fiesta que ni dice bien fuera de España, ni hay coraje para merecerla.

Fiesta de toros: sumun compendio de habilidad y valentía. Copien ustedes señores de la crítica...: ¿dónde y cómo?...: aquí está la dificultad para responder... ¡Por eso; por eso solo tiene tantos enemigos!...

.....
—¡Vamos más vivo!—decía Pedro Antonio a

los gañanes. ¿Los terradiyos z'han barrío bien, Toñuelo?...

—Zizeñó: mu bien barríos...

—¿Ze repazaron los burlaero, Maoliyo?...

—Uno por uno y a consiensa...

—Tú, «Canario»... ¿z'han quitao la piedrezita, ze ha igualao er pizo y ze ha jechao arena en lo corrale?...

—Lo corrale, ya no son corrale, zeñó Pedro Antonio: zon serdita e monja...; ¡chipén!...: ¡ma verdá que lo que ma verdá zeal!...

—Luterio;... ¿z'han encalao las paere?...

—Eztán más blanquita, que la nieve e la montaña...

Tú, Olivita: ¡tira ya er gliezo, home!...: ¿cuándo va a terminá con er fregao de los comeero?...

—Ez que he venío por ezparto pa arrimarles maera... ¡Ze están queando más limpito que una asusena!...

—¡Oye, Poyo!...

—¿Mandozté?...

—¿La cuadra la jabrá dejao, como pa encerrá lo cabayo der rey?

—¡Zopa ze pué comé en eya!...

—¡Bueno eztá!...

—Mañana día grande...: ¿verdazté zeñó Pedro?...—preguntó Toñuelo...

—¡Zi, home, zi!...: ¡día grande y de lo ma grande!...: jabrá tronfo, teniendo en cuenta la claze e pajarraco que van viniendo...

—¡Ya ozté vé!... Duqueze, Marqueze, Conde-

ze...; en fin, la má y morena... ¡Jay que vé que la groma le va a coztá al amo ma de un reá!... ¡Que gazte er que tienel!...: ¿no e azín, zeñó Pedro?...

—Azín e Toñuelo:... ¡ah!... ze me orviaba desiros, que l'amo quié que mañana vengai acompañafo de cuanta mujere haiga en güestra familia...

—¿Y ezo pa qué?

—Cáyate Olivita y deja que termine.

—¡Ya!...

—Don Juá Manué, tié capricho que tor mundo dizfrute de la groma; y además, hay que armá jorgorio en orsequio de lo invitaos.

—¡Primorozo eztá ezo!... ¡Tengo yo a mi chavala que ze marca fandanguio, que e una bendisión!

—Mi Esperansa, e una esperansa pal arte, en disiendo que ze zale por tango...

—¿Y mi Antofñita por zeviyana?...

—Zeñore, no lo creerei ustede; pero tengo yo a mi mujé, que par *garrotin*, e lo grande. Miren zi e grande, que por bailar lo un día tan zuperió en ca mi compare er *Patasa*, la tizé un garrotaso en lo má magrozo der cuerpo, que jase ze meze de la carisia, y entavía tie detenensia e sangre, a pezá de la do dosena de sanguijuela que ze la chuparon viva. ¡Aquer fué un garrotaso má bien plantao que una vela! Dende entonse, mi costiya por aferto a las zuya, ya no ha querío jasé má pinturita ni firigrana... ¡Pero mañana e otra coza!... ¡Mañana baila conmigo; y en çuantifo que

ze marque dó vese, vaiz'uztede a ve jechural...

—¡A la hora que z'atufe mi prima Triniá y diga fuera moño poique aquí zacabó er carbón, ze vai a ve usiéz más negro que fiznaos!... ¡Camará que niña pa un niño esentel... Parese que mueve la sintura por eletrisiá, y las caeras por movimiento contino, y lo pie ze pierden de vista, y las piernas..., ¡mi mare que pierna me uza la parienta!...: en cuantito que uno la diquela, entra la basca a to trapo, dan zuore, ze inrita la vizta y ze le infla a uno jazta er zentío.

—Mañana ze va a jundí la tierra y laz campana de la Girarda van a repicá zola, en cuantito que mi hermana Encarnación coja los palillos y diga, «a tocá con gracia».

—¡Tengo yo una niña con una vó, que ni lo angele!... ¡Como que la conosen por el ruizeñó de Triana!... ¡Cuando zale por tiento, yo no lo ebiera esi poique zoy zu pare; pero e una tentasión!

—Mi cuñá Selestina, la de Visente er Parra-
lero canta:

Eztreyita marinera,
déjame pazá er puente,
que vó a vé ar «Canario»
que ezta de cuerpo prezente
y en Zeviya lo han matao...

que, ¡vamo, la eztreyita la dejan pazá er puente, y er Canario ze levanta entuziazmao, zin que zacuerde que lo linsensiaron en Zeviya!...

—Zi, niño: ties rasón; poique a mí me dijo la

señá Erduvigi, que vió zalí el arma der Canario y cantá;...

Bendita zea la mano
del home que ma matao,
pa no ezcuchá a jezta indina
en ezte mundo arraztrao...-
¡cáyate ya Selestina!

Todos lanzaron la carcajada, y el cuñado de Celestina, se amoscó muy seriamente.

—¡Tú eres un mal ange, y un mala zombra!— dijo al de la coplita improvisada.

—¡A cayá z'ha dicho!—exclamó Pedro Antonio:—eza e una groma que no tie importansia, y tú eres un esaborío y yo no t'armito esaborisionel!...

—¡Pero, zeñó Pedro!

—¡He dicho que a cayá!...

—¡Poz chitón!

Ezo e: ¡chitón y na ma que chitón! ¡eha!...

—Paeze mentira que eztando el zeñó Pedro Antonio elante, z'atreva a jablá naide e cante ni e baile ni e paliyo:—dijo Toñito.

—¿Ezo qué tié que ve?:—replicó Olivita.

—¿Que no tiene que ve?...: pue zepaz tú, zo zoniche, quen'er mundo, no jay má que una jem-bra que toque, cante y baile con grasia, y que eza jem-bra e María er Carme; la niña canela, er peasito e corá fino que Dio jechó a la tierra pa enzeñá a tos los nasíos, cómo ze toca, ze canta y ze baila en er sielo.

—¡Gracias Toñito por los favore que jaze a mi niña! ¡Dio te lo pague!...

Iba Olivita a responder a las alusiones del que acababa de juzgar a María del Carmen, cuando se oyó gritar a lo lejos.

¡Vá torooooo!...

Y volviendo la cabeza, vieron a Joselito «el Pintao» segundo mayoral de la vacada, que honda en mano pretendía parar a pedradas a la bestia huída.

En carrera loca, el testúz bajo y con ansias de acometer, venía el bicho pronto a dar el disgusto a los sorprendidos vaqueros.

—¡Cuidao; mucho cuidao!—gritó Pedro Antonio a la gente—este mal nasío, viene con mu malas intensione...: ¡camará co'er toro!...: ¡ziempre ezmandao!...: ¡«Desavío» tenía que zél— ¡Torooooo!... ¡miraaa!... ¡ip... ip... ip!... ¡Ojo Toñito, que eze mardito va pa tí!...: ¡mucho vizta ajora!... ¡Torooooo!... ¡eha!... ¡eha!... ¡jéchate a un lao niño!: ¡corre ya ezaborío!...: ¿no lo ige?...; ¡le metió la cabeza!...

Pedro Antonio rápido como el pensamiento acudió en socorro de Toñito que había sido alcanzado y volteado por «Desavío», pasándosele de uno a otro pitón de un modo emocionante.

El Mayoral que empuñaba la característica perra del vaquero; esa raíz de castaño, roble o acebuche, con un vástago de unos treinta centímetros de longitud y que en manos de uno del oficio, constituye una defensa no desdeñable, des-

cargó un golpe tremendo en el ocico del toro que retrocedió humillando la cabeza y rugiendo de ira, siendo lanzado contra el suelo el cuerpo del gañán y quedando éste sin sentido.

«Desavío» entonces, precipitóse sobre Pedro Antonio como para vengarse del daño que le hiciera el Mayoral; pero el bravo vaquero, pronto y diestro, colgó en su brazo izquierdo el chaquetón, esperando sereno la acometida como hombre acostumbrado a sortear estos peligros.

El bicho tirábale tremendas tarascadas que Juan Antonio repelía con solo aquel palito de temible cabeza, descargándolo una y otra vez sobre el duro testúz.

Lucha desigual y digna de ser presenciada por un público ávido de fuertes emociones, y que sin embargo, se desenvolvía anónima sin que la destreza, el valor ni la serenidad de aquel hombre fueran apreciadas de nadie, ni nadie prorrumpiera en ¡olé!..., ni nadie prodigara aplausos que son los que premian y alientan a los lidiadores que ejecutan en los cosos grandes faenas. En la Dehesa, todo suele ser natural, corriente, sencillo, sin más alcances que el de reconocer la más o menos habilidad para salirse del riesgo, y sin otra esperanza de premio que la de perder el mísero jornal, al primer tropiezo que tenga uno de esos desvalidos.

Los gañanes nada podían intentar en favor del Mayoral, pues que ocupados en la faena que a cada uno se le encomendara, se encontraban en

mangas de camisa y harto hicieron con ponerse a buen recaudo escondiéndose detrás de los matorrales, o encaramándose en cualquier lugar que les tuviera a salvo de las acometidas del astado.

¡Dezavíoooo!... ¡Toroooo!... ¡quietoooo!...— gritaba Pedro Antonio cada vez que repelía la agresión. Pero el bicho, ciego de coraje no hacía caso de las voces del Mayoral, pugnando por cornearlo sin llegar a conseguirlo.

Por fin, se oyeron los cencerros de los mansos, y éstos, conducidos por «Joselito el Pintao», lograron llevarse a «Desavío», no sin grandes trabajos para lograr reducir a la obediencia al desmandado bicho.

Pedro Antonio sacó la carne sana y la ropa rota: menos mal: peor hubiera sido lo otro.

Así que se vió libre de su enemigo, dirigióse presuroso hacia el lugar en que había quedado tendido Toñito, y lo encontró desierto.

—¡No eztará mu ma cuando ha desapareció!
—dijo para sí aquel bravo.

—¡Grasia aDio zeño Pedro!...--contestó el asendereado gafián saliendo de su escondrijo—¡Vaya un rato que ma dao el animalito!...: ¡tengo er cuerpo molío!...: ¡afortunamente no jan pazao la coza a mayore, cuando penzé que pa mí ze ajo-gaba la fiesta!...

—¡Vaya unos güeno día que za dejao caé er torito:—dijo Pedro Antonio—¡Tengo más ganas que ze encajone eza mala beztia pa cualzique corría!.....: ¡que mal ange tié er marrajo!.....

Pero jablando e tó: ¿ande za metío la gente?...

—Ande jemos encontrao:—respondió Olivita saliendo de entre unas piteras y tras del cual fueron desfilando los demás compañeros.

—¡Bien! ¡valientes azpirantes a garrochistas!...: ahí metíos, como zi fuerai zeñoras con mieo a que oz rompieran el faralá!...

—Pero, zeño Pedro... ¿qué ibamos a jasé en manga de camiza?...

—¿No ze burla a un toro a cuerpo limpio?...

—Y zi no que lo diga Toñito que paresía dando guertas en la caesa der «Dezavío», una ruela loca.

—¿Y vozotros querei dir con er ganao?...: ¡apañaos estais ejambríos!...

¡Giüeno vál!...

—¡Y tan giüeno!...: apuesto un duro contra dié, a que ninguno de vozotro zeí capace de yegá ande eztan los bicho: ¡Zi conoseré yo a la gentel!... ¡Esgrasiaos!...

—El amo, zeñó Pedro Antonio.

—¿Ande está el amo?...

—Míztelo; por ahí viene.

En efecto, don Juan Manuel se dirigía hacia ellos con cara fosca y gesto de muy pocos amigos.

—¿Pero qué es lo que estais haciendo para que todavía os encuentre aquí?—dijo apenas llegado.

—¡No hay que remontá er vuelo don Juan Manuel!... ¡Er que má y er que meno de los que jabemo aquí, ha zuao el rozco de hoy zeí vesel!

¡Lo que no aprovecha ze deja y zantas paz-cua! La prueba de que la gente trabaja, la tie'oz-té en que ya ezlá toíto terminao y las coza no ze jasen con la intensión.

—¡No me gusta que me hablen así Pedro Antonio!...

—¡Ni a mí me gusta que nadie me rete zin motivo arguno; don Juan Manuel!...

—¿Habré que medir las palabras para hablar contigo?...

—¡Medirlas y mu bien medías!... ¿Por qué no ja de ze ezo?...

—¡Bah!...: callemos, porque estamos en vísperas de fiesta y no es cosa de que haya disgustos.

—¿C'a dicho'ozte?...

—Nada, hombre: que mañana todo será alegría en estos lugares, y no quiero que hoy deje de haberla.

—Yo no buzco en jamá las cueztione don Juan Manuel: pero no quiere dezi esto, que dé un pazo atrás cuando jay que tenerlas y,... ¡ya está dicho!

—¡Siempre has de ser el mismo; Pedro Antonio!...

—Ya zabe ozté er refrán:.. ¡«genio y figura»!...

—¡Si no tuvieras tanto genio!...

—No lo pueo remediá: azín me jisieron y azín moriré.

—¡Bueno, basta!.... ¿que eztais haciendo ahora?

—Ya lo vé ozté: ¡ná!...

—¿No merezco otra respuesta?...

- ¡No creo que zea una farta desí la verdá!...
- ¿Para que estais aquí entonces?
- ¡Pa'ezcanzá!
- ¿Tan rudo ha sido el trabajo?...
- Mi ropa lo dise.
- ¡Calla, pues no había reparado!... ¿Qué ha sido eso, Pedro Antonio?...
- Lo de ziempre: un toro ezmandao, una ezpantá d'eztos, unos cuantos porrasos daos a tiempo, y dempué una juía der bicho sin ma coza grave que la de jaberme dejao er traje de pana, que pa ná zirve.
- ¿Y que toro ha sido?...
- Er «Dezavío».
- ¡Siempre ese animalito! Hay que pasaportarlo en la primera ocasión.
- Toñuelo z'alegrará mucho de ezo...
- ¿Por qué?
- Er lo dirá si le deja er zusto.
- ¿Qué ha pasado?
- Ná: que como zu niña é mu aficioná ar fandanguiyó, er «Dezavío» se lo ha jecho bailá a to tren.
- ¿Te ha pegado, Toñito?...
- Má que con engruo, mi amo.
- ¿Pero te ha hecho algo?...
- ¡Algoón que jay que ponerme en toas las carnesitas e mi cuerpo!... ¡Valiente faena!... ¡Ma dejao er carcañá, má rezentío que a una mosita si la yaman fea!...
- ¿Y a estos qué?

—A eztos ná, poique zan portao con ma prudensia que zi juean eztao meifos en un puesto de perdise. ¡Cualquiera les jasía dar la fila!... ¡ni pa cobrá la quinsena!...

—Vaya, afortunadamente no ha habido daño, y de ello debemos regocijarnos.

—¡Fuera der carcañá de Toñito, aquí za queao tó como estaba!

—¿Les has dicho a estos, lo que quiero?...

—Zi zeñó: y mañana vendrá ca uno a lusí lo má esente que tenga en caza. La jembra a la grupa der cabayo bien puesto, man que zea arquilao. Eyos, veztíos como pa día de boa o bateo: eyaz con zus mejores peinas, zu mejó traje, zu mejó carzao, zu mejó mantón y con to lo más alegre pozible la cara chulona y lo más saragatero zu cuerpo rezalao. ¿No e azín como ozté quiere don Juan Manué?...

—Así mismito.

—Pues ya lo jabéis oío.

—¿Que hora será?...

—Por lo arto que vá er zó, las dose eztán ar caé...

—Pues a la comida todo el mundo y que vuelvan pronto: aún queda mucho por hacer en la casa.

—¿Jabéis entendío lo que quieé el amo?... Poz largo ya y enzeguía de güerta...

Fué desfilando la gente, hasta que don Juan Manuel y Pedro Antonio quedaron solos.

El primero en reanudar la conversación, fué el

ganadero que dirigiéndose al Mayoral le dijo: tengo que hacerte un encargo, que no quiero que olvides Pedro Antonio.

—Dígame ozté.

—Mañana cuando el jolgorio y la alegría sea más desbordante y los concurrentes estén más descuidados, sueltas un añojo que esta noche mismo encerrarás en el patinillo, y ya verás tú disfrutar un rato de cosas buenas.

—No hay que confiarze; poique como azizten zeñoras, pué ocurrir una esaborisión.

—Descuida, que no pasará nada. ¿No han de estar presentes Currito y otros diestros que todos conocemos de cuánto son capaces?... ¿No has de estar tú, los vaqueros, yo, en fin gentes que sabemos lo que hay que hacer en estas cosas?...

—¡Bien está!...

—Ya verás tú jaleo. Va a ser el espectáculo más divertido de todos los improvisados: ¡Ah!... ¿tu niña creo que no faltará?...

—Mi hija, ni quita ni pone rey como luego disen...

—¿Qué quieres demostrar con eso?...

—Que venga o nó María er Carmen, la fiesta ha de tené iguá importansia.

—Pues te engañas Pedro Antonio: me han dicho que tu niña es un portento de gracia; una maravilla de belleza y que canta y baila como para dar justos celos a los profesionales. Yo no conozco a María, porque desde que era muy

niña, y una perla por cierto, y te la llevaste a la capital para dejarla allí al cuidado de una parienta tuya, ya no la he vuelto a ver. Como quiera que cuando de nuevo la has traído a tu lado, la has metido en la huronera y como avaro de ese tesoro, no la dejas que ponga el pie ni en el zaguán de la casa, no puedo decir cómo es María, habiendo nacido en esta cortijada.

—Está mu peligroso er Mundo, y maz peligroso pa la inosensia.

— Es verdad: haces bien en conservar tan cuidadosamente esa prenda.

— ¡Eya es pa mí!..., ¿pa qué voy a dezí?...: eya ez pa mí, ¡mi hijal... ¿no ez baztante ezo?...

— Ya te oigo gruñir como cán de pastor que venta al lobo, cuando éste trata de aproximarse ansioso a la ovejita.

¡Po Jezucrizto!...: ya pue zé cauto er lobo que a eya z'azerque, poique mi cuchiyo se jundirá en su corasón, apenas trate de enzeñá los dientes...: pienzo en ezas cozas, y mizte;... ¡zuol!...

— ¡Lo creol!...

— Pue usté creerlo, poique ez verdá.

.
Amaneció un día esplendente. La deliciosa transparencia del cielo sevillano, es algo que no se comprende sin que la visión disfrute de esa indecible belleza que encierra la azúlea concavidad infinita en aquella tierra de incomparable hermosura.

El sol descendía deshecho en haces de luz cá-

lida sobre las llanuras inmensas, envolviéndolo todo en torrentes de oro deslumbrador como caído de inmensa copela.

El verdear isocromático de los añosos árboles que vánse cubriendo de fronda isófila, asemeja reflejos de esmeralda.

Los arroyuelos de nítida transparencia y cromatismos diamantinos, y gárrulo parloteo, discurren por sus cauces irrevertibles, avanzando con escorzaduras de crótalo que ansiara lucir sus cegadores lomos de plata.

La tierra extendiéndose hasta más allá del horizonte, parece el lecho grisáceo de un mar que hubiera huído a impulsos de ignorado cataclismo.

A lo lejos, como insectillos de formas indeterminadas, aparece el ganado desparramándose por la inmensa llanura.

En la Dehesa todo es actividad y alegría, luz, agetreo, color, vida, cuadro esplendoroso henchido de entonación, con plétora de gama delicada, de ambiente cálido, de ensueños, de promesas y de brujas sugerencias.

Bajo el emparrado que sombrea la parte inferior de la fachada principal del caserón, discurren en fraternal consorcio la elegante dama y la sencilla campera; el linajudo caballero y el héroe del jornal: detalles de fuertes tonos; pinceladas maestras; incopiables pinceladas, que la ocasión dá sobre el lienzo magistral de la sabia Naturaleza.

Las encopetadas aristócratas, lucen impecables

trajes de campo que ayudan a remarcar la línea, realzando la belleza; las lugareñas modestas, lucen los encantos de su innata hermosura, realzada por el indumento típico, atrayente y chulón.

En el atavío del sexo fuerte, no hay diferencia: todos cubren su cuerpo con el vistoso traje andaluz, y tocan su cabeza con el sombrero de ala ancha, típica prenda de la más castiza región española.

Los caballos, con sus sillas vaqueras, sus vistosos borlajes, sus mantas abigarradas puestas sobre la perilla y sujeta por las correas del clásico arreo, piafan impacientes esperando solo sentir en los hijares la ancha espuela, para lanzarse en veloz carrera por las inmensas llanuras.

Los invitados ansían el instante de la faena, y sin embargo, aún no se disponen a cabalgar...: ¿a quién esperan?...

No había llegado Currito. Currito que regresaba de Portugal, donde había ido, aceptando la invitación de Pahla, para asistir a las faenas de su ganadería.

El tren llegaba con dos horas de retraso, o al menos así lo comunicó a sus huéspedes don Juan Manuel, desde la estación inmediata, sin olvidar hacerles presente su disgusto por tal contratiempo.

La noticia desagradó a todos, pero no quedaba otro remedio que admitir lo inevitable.

Cuando había transcurrido una hora de espera, acreció la impaciencia: era solo la mitad del

tiempo anunciado, y sin duda hubo de parecerles no sólo que el tren había roto con su pereza, si no que los perezosos eran ahora, aquellos que con su calma retardaban el festival.

Por fin se oyó a lo lejos el áspero bocinar del auto, y todas las miradas quedaron fijas en la carretera por donde se deslizaba raudo el «Hispano» de don Juan Manuel.

Solo unos minutos fueron suficientes para salvar la distancia que le separaba de la Dehesa, y el chófer manejó diestramente, virando el coche como meteoro, para recorrer la alameda que conducía a la casa y parar bajo el emparrado en donde la concurrencia lo abordó inquiridora.

Apéase alegre y satisfecho don Juan Manuel, pues harto sabía que todos los invitados daban por bien empleada la espera, con tal de que Currito Ramírez no faltara a las operaciones que iban a llevarse a cabo.

El diestro, sonriente y afectuoso, saludaba a la concurrencia con su natural cortés y simpático. En el mismo departamento del sliping, había cambiado su traje de viaje por *el de la tierra*, indumentándose con chaquetilla de rico paño azul fina y alhamares del mismo color; pantalón negro, abierto y cinteado por la parte baja; chaquetón de astrakán de seda, con cuello, ribetes y coderas de terciopelo endrino; camisa de purísima batista; bota alta de exótica piel de un tono avellana; sombrero albarino con carrillera sujeta a la barba, y lujosos zajones de piel

idéntica a la de su calzado, en cuyos zajones lucíanse labores primorosas hechas con seda de fuertes matices. Cuatro gruesos solitarios que servían de broche al cuello de la camisa, hacían juego con los tres de la pechera; linda cadena de oro con soberbio medallón que adornaban incrustaciones de piedras preciosas; la valiosísima sortija que ceñía el anular de la mano izquierda y las ricas espuelas de plata cincelada, eran el completo atavío del famoso torero.

Los ojos del hijo de Rosarito «La Campanera», acertaron a fijarse en la insuperada faz de María del Carmen, y sintió ante la contemplación de aquella mujer, un algo inexplicable que no sabía decir si era dicha o dolor.

No faltaríamos al rigorismo de la verdad, si afirmáramos que a María del Carmen le ocurrió otro tanto, desde que vió descender del auto a Currito Ramírez.

Ni el uno, ni el otro, perdiéronse de vista: antes al contrario, se devoraron con la mirada desde entonces, dejándose ambos arrastrar por secreto impulso.

Terminadas las presentaciones y saludos: esa amalgama de ridículas fórmulas que tanto seduce a una sociedad tan superficial e insípida, don Juan Manuel lo inspeccionó todo, saliendo satisfecho de la requisa. Dadas las últimas disposiciones, como único director del programa, hizo la señal de partida y los invitados quedaron a caballo a excepción hecha de las mujeres

que no tomaban parte en este primer número de la fiesta.

Pusiéronse en marcha los jinetes, componiéndose el vistoso escuadrón cuarentidós plazas. Digno cuadro del pincel de Goya hacíase aquella lucidísima tropa de típica majeza española.

Por parejas, recorrieron todo el trecho hasta salir de la hermosa alameda que ponía en comunicación la casa vivienda de don Juan Manuel. Una vez en campo abierto, se desplegaron; y como si hubieran tratado de vencer en el *Gran Premio*, hundieron el acicate, y los caballos lanzáronse en veloz carrera.

A los cuantos minutos de aquel desenfrenado galopar, vino hacia ellos Pedro Antonio, jinete sobre hermoso alazán, y sombrero en mano fué-se en busca del ganadero.

—¡Díoguarde a los zefiore!...

—¿Está todo dispuesto?—preguntó don Juan Manuel.

—No farta má que empezá cuando ze dizponga.

—Oye; antes que se me olvide.

—Digazté.

—Te felicito de todas veras, porque tienes la perla más pura y linda de cuantas adornan el envidiable joyel de Andalucía...

—No comprendo bien.

—¡Pues no será porque tienes malas entendederas!... Me refiero a Carmelita, a tu hija, a tu maravillosa hija: yo no he visto nada que pueda

ser comparado con ella y no interpretes mis palabras como lisonja.

— ¡Muchas gracia!... Pa zu pare, lo mejó de lo mejó.

— ¡Y pá to er mundo!

El mayoral se quedó fijo en quien había pronunciado estas últimas palabras, y dirigiéndose luego a Cubero, exclamó.

— Ziento verdaderas fatigas por no jabé ez-trechao aun la mano a un home, y yo quiziera permizo pa poerlo jasé, don Juan. Eza mano e...

— ¡La mía!...: ¿no e azí, Pedro Antonio?... interrumpió Ramírez.

— ¡Cabá!...: eza e, Currito.

— ¡Pue ahí la tié ya er mejó de mis amigos.

— Er mejó por caliá, no: er mejó por zentimiento, zí...

— Venga un abraso tamién Pedro Antonio; que ya ziento que la mano no e baztante.

— ¡Poz aprieta niño: que ezte pecho lo reziz-te tó!...

— ¡Eze pecho ensierra un corasón mu grande!

— ¡No e de los má chicos!

Los dos macarenos se abrazaron fuertemente y aquella simpática escena que tanto satisfizo a los festigos de ella, solo la repudió en secreto un alma pobre: ¿por qué? Pasemos adelante: ya lo sabremos...

— ¿Vamos ya?... interrogaba ansioso don Juan Manuel.

— ¡Vamos!... ¡vamos!... contestaron todos.

— Pues en marcha: guía Pedro Antonio.

— Eztoy a las órdenes e los zeñores.

Y el caballeroso escuadrón, reanudó su carrera.

Iba a dar comienzo el acoso. Los jinetes escalonáronse para mejor maniobrar.

Garrocha en mano esperaban los oficianes, e inusualmente latían los corazones en aquellos momentos de verdadera ansiedad.

Por fin se oye la voz sacramental de... ¡Va torooooo!...

Embrazáronse las picas, apretujáronse las piernas sobre los borrenes, se ajustaron las riendas, y todos los ojos quedaron fijos en aquella parte de llanura por donde la res avanzaba irritada ante la constante acometida de los vaqueros.

Un novillo retinto, buen mozo y bien *planta*o venía a campo atravesía.

Apenas vió a los ginetes que le hacían el aguardo, arremetióles furioso y desde aquél momento dió principio la faena atrayente y pintoresca de esta parte del programa.

El torete embestía a cuanto iba encontrando en el curso de su carrera desenfrenada, pero el yerro de las garrochas que caía sobre sus lomos, hacíanle retroceder a veces con aflujos de sangre en sus pupilas, temblando de coraje, dejando escuchar ensordecedores bramidos, ansioso de coger y de vengarse. De nuevo acomete a veces y se duele otras: persigue, se aparta,

avanza, huye, caracolea buscando en todas direcciones a quien herir: sus enrojecidos ojos se revuelven rápidamente en las órbitas, cabecea como un desesperado, rebrinca, escupiéndose del encontronazo y entonces los jinetes agrúpanse, redoblan la acometida, estréchanlo con insistencia por todas partes, hasta que el animal viéndose impotente para defenderse de tanto enemigo, va perdiendo energías, se acobarda, y al fin termina por mostrarse vencido, sin que haga ya otra cosa que huir de sus perseguidores, hasta que éstos le obligan a entrar en el callejón formado por dos rústicas empalizadas que dan paso al herradero. Los jinetes entran tras del bicho como torrente impetuoso, hasta que por fin consiguen derribarlo.

Entonces los mancornadores se arrojan sobre el novillo, lo sujetan por las astas y amarrándolo convenientemente, el encargado empuña el marcador que sale al rojo blanco de la enflamezada hoguera, y lo aplica en los cuartos traseros del pobre animal cuya carne chirrea como freiduría al aire libre.

Llevaban herrados hasta quince becerros, cuando penetró en el corral el décimosexto, muy decidido a no dejarse ensuciar de tierra los costillares. En vista de ello, tuvieron que desistir los jinetes y retirarse dejando plaza a los mancornadores para que se entendieran con el descreído.

En los terradillos se aposentaban todos los invitados, tanto damas como caballeros, ansio-

sos por ver la difícil labor de aquellos hombres, cuya labor era completamente desconocida para la mayoría de los concurrentes.

Los mancornadores, diestros y valerosos, obligaron al bicho a que les acometiera. No se hizo esperar mucho el tenaz animalito, y les arremetió con fuerza, demostrando intenciones perversas. Serenos, con una sangre fría digna de todo elogio, recortábanlo a cuerpo limpio unas veces o simplemente con el sombrero otras. Este trabajo fué repitiéndose entre el aplauso y la admiración de la concurrencia, hasta que al revolverse el bicho iracundo, dió motivo de consumir la faena, avanzándose con rapidez sobre el animal, aquellos hombres ágiles, para sujetarlo por los pitones, sobaquillearlo bravamente y tenderlo a sus pies con facilidad asombrosa.

Hubo aplausos a granel y frases halagadoras para los bravos mancornadores.

Después se suspendió el acoso, para ir en busca del yantar, pues ya los estómagos lo reclamaban con insistencia.

De nuevo bajo el emparrado piafan los caballos polvorientos y sudorosos, mientras los jinetes, echan pie a tierra con algazara propia del que resueltamente se propone disfrutar, tomando a risa las constantes amarguras de este pícaro mundo.

—¿Qué les ha parecido a ustedes el comienzo de fiesta?—preguntó don Juan Manuel a sus invitados.

—Muy bien,—hubo de contestar el ampuloso «hijo de los más grandes ducados»—si nuestro cortés anfitrión nos hubiera hecho merced de recuerdo, desde el comienzo de estas típicas fiestas taurófilas.

—Admirable, de no haber una mezcolanza que no es muy de mi agrado—permítase mi decir ingenuo—porque dá un carácter poco favorecedor a los que por permisión excelsa, fuéosenos concedido favor de rancia alcurnia:—añadió el Marqués de Montes Bajos.

—Excelentísimo, porque a mí me seduce el campo y soy feliz con el atractivo místico de sus soledades, con la caza de sus mariposillas que aumentan considerablemente mi rara colección, y con el croar de las ranas, esos anfibios mucho más dichosos que nosotros, ya que pueden vivir en la tierra y en el agua, mientras que a la humana especie, sea o no de abolengo más o menos rancio, le están vedadas tan envidiables ventajas. Y eso que hay muy poca diferencia entre ciertos primates que vemos en la vida, y los pobrecitos batracios:—dijo con acento dulce y pastoril el cándido Barón del Romeral.

—Sencillamente delicioso y sin motivo de queja alguna, porque ni aquí ni allá, según colige mi modesto discurrir, hay deberes donde no existen derechos; y esto mismo ha debido pensar nuestro querido Castral Iñiguez.

Esa mezcolanza a que se refiere el Marqués de Montes Bajos, ni daña al honor, ni resta tim-

bres a sus ejecutorias, porque el barro no puede nunca manchar al barro mismo. Por lo demás, permítame le diga al estimado amigo, que son apreciaciones acomodaticias que pudieran calificarse de personal orgullo que a nada conduce, nada resuelve, ni nada nos enseña.

Alabo los modestos gustos de nuestro buen Barón del Romeral, porque en el campo siempre hay atractivo, ya que Naturalezá es de variaciones infinitas y Naturaleza donde luce con más ostentación y prodigalidad en el detalle, es en la infinita morada de las plantas y no en el raquífico habitáculó del hombre.

Creo que a la Dehesa hemos venido a pasar unos días de solaz y de contento, pero no a discutir clases ni abolengos.

Somos tan nuestros, que llegamos a la creencia egoídea de que hay rebajamientos, donde solo existen petulancias; a la malsana apreciación de considerar materia distinta, a lo que es idéntica materia; la una mejor indumentada; la otra peor vestida, pero eso es todo. Y tan es todo, que a mí me duelen los callos como a mi cochero; se me caen las muelas como a mi ayuda de cámara; yo enfermo como mi lacayo, y siento las mismas necesidades que el más desvalido. Soy vulnerable como otro mortal y mi alcurnia no me excusa de las más groseras funciones como no le excusa al mendigo. Siendo así, no hay para qué infatuarnos los cuatro días de parada que se nos conceden en este mísero mesón que se llama

Tierra, y del cual somos tan pobres pupilos, como el ser más olvidado de esa Diosa procaz que se llama Fortuna.

Es mucho más fácil que el débil se convierta en poderoso, que el poderoso use de la virtud.

Resulta irrisorio comparar un minúsculo palacio de la Castellana, con el común palacio que habitamos los que nos creemos grandes y nos sentimos desdeñadores de los chicos, siendo a éstos los que en la herencia les corresponde la mayor parte. Por crerlo así, yo buscaré hoy para compañero de mesa a uno de esos humildes, por si el día de mañana tuviera que esperar de él lo preciso para seguir viviendo.

—¡Bendita zea la mare de ozté que debe zé una zantita!...

¡Gracias hombre! si lo es por dicha mía... ¿Y tú quién eres?...

—¡Yo zoy un ariztrócata tamién!

—¡Bravo!... ¿cómo te llaman?...

—¡Cazi ná!.... Jozé Pepe Pérez y maz Pérez García de García y «Canela» de Seylán.....

—¡Eres de gran estirpe!....

—¡Quié ozté cayá!....

—¿Ostentas algún cargo de honor?....

—Porta-Espá.

—¿De veras?...

—¿Como que zi de vera?... ¡A los pies de la Vingen!...

—¡Explicate!...

—¡Zoy er *maleta* der mu arto y poderoso zefió

don Currito de Ramíre y Gonsale, de la Macarena.

Una explosión de risa acogió las palabras del «Canela» y no solo produjo hilaridad la ocurrencia, si no que sirvió al mismo tiempo para enfriar los ánimos un poco excitados por las depresivas apreciaciones del Marqués de Montes Bajos y la gallarda postura adoptada por el noble Vizconde de Encinares.

Don Juan Manuel, aprovechó aquellos momentos que tan oportunamente hizo surgir el mozo de estoques de Currito, para decir a los invitados: — Señores: hacedme el favor de escuchar dos palabras, que espero interpretaréis en su verdadero sentido.

En primer término diré al amigo Castral Yñiguez, que desde que vino al mundo del Arte el hijo de Rosarito «La Campanera», en «Los Jarales», nada se ha hecho sin su mediación; y como quiera que a éste diestro le era imposible asistir en la actual temporada a las operaciones de apartado y tienza en mi ganadería, éstas se han llevado a cabo por el Reconocedor, el Mayoral y mis Vaqueros, auxiliados por la cuadrilla de Currito, sin que para tales actos haya habido invitación. Estas explicaciones mías, creo que dejarán satisfecho a caballero tan estimado en esta casa.

Al no menos estimado señor Marqués de Montes Bajos, diré que no hay como él ha supuesto, ninguna mezcolanza que pueda zaherir la susceptibilidad de prócer tan distinguido; porque en las

compañías dramáticas y líricas, pongo por caso, si bien el personal que las componen, trabaja en colectivo encadenamiento, no por ello existe irreverente paridad: cada uno ocupa el lugar que le corresponde, desde la figura principal hasta la figurilla de comparsa.

Al bondadoso Barón, me duele tenerle que manifestar que disiento de su parecer en lo que respecta a esos pequeños anfibios a que él alude; porque de los hombres aquí presentes, *ninguno es rana*, de lo que mucho nos congratulamos.

—Protesto en nombre de mis amigos los batracios asueros—replicó el aludido en tono festivo.

—Y en cuanto respecta a las manifestaciones hechas por el intachable Vizconde de Encinares, también han alcanzado mi disconformidad con todo el sentimiento de mi corazón, porque el triunfo de sus teorías nunca llegará a cristalizar; no obstante esa igualdad de barro a que alude y que para mí no es igual, como no es igual el barro con que Cartuja elabora sus porcelanas y el que se emplea para la rústica producción de los tejares.

—Cierto, ciertísimo:—contestó el Vizconde—pero es que el barro con que se moldea el hombre, no se le ha puesto aún marca de fábrica.

Se hubiera ido agriando la cuestión porque ya iniciábanse rumores entre la gente que se creyó ofendida por las irreverentes apreciaciones de aquellos que no conocen otros méritos ni hono-

res que los que concede el oro y el blasón, si la oportuna llegada de un criado anunciando la comida, no hubiera matado el fuego que incrementábase amenazando con el brote de la llama.

—La comida señores; ya habéis oído:—gritó don Juan Manuel, procurando así dejar cortada la discusión.

—¡Santa palabra!...

—¡Dichoso el que tiene apetito y come!...

—¡Vamos al pan nuestro!...

—¡No: vamos al pan de Cubero!

Estas y otras palabras parecidas, surgían de entre el alboroto que se armó al ver llegado el momento de la deglución.

Alegres y satisfechos ante la mágica y sacramental palabra, los invitados comenzaron el desfile, dispuestos a cumplir con una de las más groseras necesidades del hombre.

Sobre dilatado llano al que daba frente la fachada norte de la casa vivienda, impecables manteles tapizan el suelo como nevada caída en un determinado lugar de aquella superficie. Descansando sobre los manteles, gran número de platos, fuentes, vasos, botellas, espejeantes cubiertos y cuanto con indeclinable exigencia, demanda el acto de refocilar ese órgano principal de la digestión. Una lluvia de fragantes flores había caído sobre la improvisada mesa, y junto a las flores, panes blanquitos, de blandura apetitosa, mostrá-

banse dispuestos al sacrificio, en holocausto del voraz ingirimiento del hombre.

Los troncos de los árboles que levántanse rígidos unos, inclinados otros, con jorobas de bufón algunos, pero todos a corta distancia del lugar en que se expanden los heterogéneos útiles de la comilona, parecen una tropa de mendigos atraídos por las suculentas sobras del festín, remedo de aquél otro en que fuérale anunciado su destino y el de su Reino al monarca tirano, orgulloso y depravado que Herodoto llama *Labyrinthos*, en los escritos orientales aparece como *Nabonid* y que la Historia nos presenta como Baltasar, Rey de Babilonia y último de la dinastía de los Caldeos.

¿Habría en este simulacro, aquellas misteriosas palabras escritas con letras de fuego *Mane, Tecel, Phares* que un nuevo Daniel interpretára y un flamante Ciro, pusiera en ejecución?...

El Sol derramando sus áureos rayos sobre las inacabables llanuras, invitaba acariciante al gastronómico regalo.

Un centenar de invitados, invadieron bulliciosos los alrededores de aquella mesa original, y se fueron sentando en el suelo sin que, aparte del Marqués de Montes Bajos, nadie tuviera que pensar en zaherimientos para su persona, ni en las depresiones que para su posición social representara el escaño que Naturaleza ofrendáballes pródiga.

Todo estaba preparado y faltaba solo la es-

pléndida comida que cocineros y marmitones habían dispuesto por encargo del rumboso ganadero.

Entretanto hacían su aparición las humeantes cacerolas, María del Carmen paseábase acompañada de su padre y de Currito, haciendo que se retratasen en todos los rostros gestos de asombro; en los de ellas, por empecatados celos; en los de ellos, por sádico despertar de deseos, ante la contemplación de aquel portentoso.

La hija de Pedro Antonio, parecía una figura escapada del fondo de un cuadro de aquel inmortal y españolísimo pintor zaragozano.

El negro absoluto de sus ojos heridores, su boca de rojeces coralinas, su risa desgranándose como caudal de fresca fontana, las rosas de sus mejillas, la piel aterciopelada de su rostro, de su cuello y de sus manos; su busto espléndido, lleno, ahogador; su cuerpo de líneas majestuosas, magníficas; su cabello, sedífera bruneta que hace allegar el emocional instante; su indumento sencillo, pero de sencillez atractiva, irresistible, son motivo sobrado para llevar a la fascinación.

María del Carmen, aquel tesoro de hermosura, tocaba su cabeza con policromadas flores como contraste del fino azabache de sus rizos, que muerden la nieve de su pestorejo soñador; la alta teja de rojeces transparentes y amarillos opalinos, enhiesta sobre aquella cabecita de Virgen de Murillo, como mayestática diadema de finos calados por entre los cuales se asomara el alma

de aquella mujer; su cuello ebúrneo con blancos de cisne, confundiendo sus radiantes alburas con las alburas de su blusita por cuyo escote asomaba mañera, linda blonda de no sabemos qué prenda que allá en el fondo de oculta gloria, debía tener la base de su nacimiento; su falda estrecha de ceda azul, ceñía los praxitelescos contornos de las carnes tensas y aquella falda, relicario de tantos encantos, besaba con las plegadizas escorzaduras de su ribete, el comedio de unas piernas cubiertas con medias grises que hacían sufrir *tantalinas* penas al transparentar la rosa de la cálida masa prisionera. Para sostén de la viviente Venus sevillana, unos pies lindos, ágiles; pies de bailarina andaluza, encerrábanse con crueles estrechamientos en un zapatito de charol cuyas correillas apretujaban el alto empeine de erótica dureza.

¿Era extraño, pues, que aquel tesoro de sujetos encantos, tuviera en febril vibración a quienes les cupo la suerte de asistir a la inolvidable francachela?... No; de modo alguno.

Hay en esas grandes sensaciones momentáneas, tal fuerza dominadora, que por ella nos vemos arrastrados sin que sepamos discurrir el por qué de tan fulminantes efectos.

Se engaña el que crée que para que el sentimiento se mire dominado por el influjo de los sentidos o por las elucubraciones del alma, se hace preciso el factor tiempo. Inocente afirmación: la satiriasis, ese mordido ninfománico que intoxica

la carne pecadora, puede darlo en solo unos instantes la impúdica mirada del deseo; así como las pasionales sanas, suelen surgir dominadoras con idéntica presteza con que el rayo hiende el espacio, para hundirse en las entrañas de la Tierra.

Dicho esto, afirmaremos que el factor tiempo, es la negación absoluta de las grandes ansias: y es la negación, porque así como el impulsivo fuego del volcán es más dominador que una llama naciente, la llama que ha de surgir del fuego provocado por la constante frotación de dos cuerpos afines, es sin duda alguna más retardataria. Luego, si al ver y sentir, se aceptan los efectos de la sensación experimentada, conven-gamos en que los días, para este hecho determi-nado, no son más poderosos ni más eficaces que los instantes en que feliz o torpemente surgió la visión.

Hay en los escarceos de amores tan comple-jos modos de determinarlos, tan heterogéneos medios de vindicar los particulares pareceres de los sentenciosos, que no es bastante discernir sobre los casos y vivirlos; si no que precisa a la vez desentrañar las razones en que se apoyan los múltiples modos de recurso. Es decir, filo-sofar sobre ellos; quintaesenciar las apelaciones. Muchos dirán que si de tales recursos tuviéramos que echar mano, amadas y amantes tenían que contar como perdidas esas emociones que llama-mos amor. Cierto: pero por eso tales emocio-

nes que de un modo impropio denominamos amor, son como las estrellas fugaces que para el recuerdo de su paso, dejan en la tersa superficie del firmamento una débil estela luminosa que apenas luce, sus vislumbres se apagan como a impulsos de un soplo dominador; son como la espuma que en el agua hincha la tajante quilla, y luego borra la huella la momentánea fusión de las aguas mismas. Tanto monta el amor, cuando no se comprenden las grandezas de esa suprema dicha. Plasticidad de cuadro, pinceladas de efecto, falso color, silueta débil, borrosa, torpe, ciega, fondo inadecuado, superficie.... ¡nada!... Aprendamos a vivir, porque sin saber vivir no puede amarse. Seamos nobles, y reconoceremos que hoy se *desea* mucho pero se *quiere* poco.

.....
 —¡La comida se enfría!... ¡Todo el mundo a la *faena!*...—gritó don Juan Manuel en tono festivo.

A tan incentiva invitación todos los concurrentes dieron asenso y como enjambre de libadoras abejas, dispusieron a saborear las mieles que los encargados de lucir sus habilidades en el difícil arte culinario, habían confeccionado sabrosamente.

Un aplauso general acogió el olorcillo succulento que despedían las fuentes que iban dejando sobre los manteles los pinches de cocina.

Aquello fué devorar: la mañana se había presentado dura, y los estómagos convirtiéronse en abismos sin fondo.

Un plato, se sucedía a otro, y aun no bien dejábanse las escudillas sobre la tierra indumentada, cuando limpias como el jaspe, podían colocarse de nuevo sobre la espetera.

Y se desbordó el Jerez, y hubo arroyos de olorosa manzanilla, y los entremeses desaparecían como por encanto, y la algazara aumentó rompiendo con su alegría las trabas de las sociales conveniencias, y el garrochista tuteó al Conde y el Conde fraternizó con el garrochista, y la dama con la cortijera, y la cortijera brindó por la «mareder zefiorito», y hubo piropos del vaquero a la dama y zalameras sonrisas de la dama al vaquero, y el aristócrata bendijo el ángel de la moza *crúa*, y la moza *crúa* bendijo «la buena zombra» del caballero aristócrata.

Cuando era más notable el hervor de jarana, se abrió una pequeña puerta que había en comedio del tapial que circundaba el patio de la casa, y apareció un novillo de buena romana y sobrados pitones que dirigióse a buen paso hacia los comensales como para pedir parte en el festín.

Y no quieran ustedes saber lo que allí se armó.

Todo el mundo se puso de pie: hubo sustos, carreras, gritos de mujer; unas que caen y otras que caen también sobre las ya caídas: desfile rápido hácia los cercanos árboles con el fin de ponerse al amparo de sus añosos troncos, y el becerro que embiste sin distinción de sexo ni de categoría.

Aqué fue un número que no figuraba en el

programa. En la zapatiesta cómica, solo unos cuantos disfrutaron; y no necesitaremos decir que esos cuantos, fueron la coletuda hueste y el personal de la vacada.

Sin embargo, hubo una mujer allí que no sintió grandes apuros como les ocurriera a ciertos *ricos-homes* con altivos blasones de pretéritas glorias. Aquella mujer fué la hija de Pedro Antonio, la niña ideal, «*er capuyito de asusena*».

Habíase puesto de pie y quedado firme frente aquel cuadrilátero formado por la blanquísima mantelería, sin que le amedrentara la presencia del becerro, ni que éste se dirigiese hacia ella. Tan inesperada acometida no le hizo sentir ese algo pavoroso que invade a la mujer en los momentos del peligro, y se dispuso a la defensa valientemente.

El novillo embistió a María del Carmen; María del Carmen, ¿quién lo hubiera dicho?... cruzóse de brazos, alegrándole con ganas, y antes de que nadie lo pudiera evitar, adelantó la pierna izquierda marcando la salida al bicho, para darle el quiebro a cuerpo limpio con la habilidad que para sí hubieran querido algunos profesionales. Hasta el torete se relamió de gusto y ansioso por ver contorsionarse de nuevo aquella cintura de bayadera, le embistió de nuevo, pero ya no pudo llegar: Currito Ramírez lo tenía asido por el rabo y por más que hacía el animal, no le fué dable verse libre de las férreas manos que le atenazaban el apéndice. El simpático diestro

quiso castigar la irreverente osadía del morlaco, y cogiéndolo por los pitones, en menos que se dice, le hizo dar con el ocico junto a los pies de Mariquiya. Ésta pagó con una sonrisa, que fué como un mundo de promesas, la arrogancia del bravo mozo: Curro la miró agradecido, y con la mirada parece como que se le escapó la vida.

El primero en felicitar a la niña, por su arrojo, fué don Juan Manuel que al mismo tiempo miró ceñudo al hijo de «La Campanera». Había un rictus de rabia en sus labios temblorosos, y en sus pupilas centelleaba un naciente odio.

Currito comprendió lo que aquello significaba y la indignación hizo presa en él: pero el mozo era agradecido y no podía olvidar que a Cubero le debía su salida del anonimato. Cerró sus puños con tremenda crispación, y no quiso darse por entendido esquivando así la quimera.

Lleváronse los gañanes el añojo, reinó de nuevo la calma y no obstante haber sido muy pesada la broma del anfitrión, todos la dispensaron después de pasado el susto.

María del Carmen, fué muy celebrada y aplaudida: tuvo una gran tarde; como se dice de los buenos toreros cuando trabajan con fortuna.

Élla no daba importancia al hecho...: ¡qué vergüenza debieron pasar los de la *espantá!*...

Las miradas de Currito, se ahondaban cada vez más en el pecho de la enamorada hija de Pedro Antonio; las hechuras del macareno la ponían loca; las vehemencias de sus palabras la

seducían; su dialéctica le apasionó de tal modo, que ya en su alma floraba una de esas grandes pasiones que atenazan el corazón. No parecía si no que el mozo la hubo de hacer objeto de maleficio.

Currito la seguía siempre, siempre; y ella cada vez que miraba hacia él, tenía que apartar la vista temblando.

Los sirvientes recogieron todo el servicio con rara ejemplaridad de buen orden y celo, y a los pocos instantes, el lugar que sirviera de refectorio, hallábase convertido en salón de baile.

Los bancos del jardín, las sillas de casa y las de la cortijada, formaban un círculo enorme en comedio del cual quedaba espacio sobrado para que las parejas lucieran habilidosamente sus facultades.

Dejóse escuchar el invitador rasgueo de las guitarras y el animado repiqueteo de los palillos.

El vaquero recio y fuerte, el gañán timorato y servil, el peón que medrosamente mira al amo, afluyen aquel día con desusados arrestos, y sin temor de reprimendas, se disponen a gozar de aquel ambiente siempre manso y monótono y a la hora de entonces con vibraciones y espasmos que olean las almas.

Aquella pobre carne siempre resignada y sumisa, entonces no puso mientes a sus desahogos; e hinchándose de frases mimosas abrió un

paréntesis al soportadero de sus pesares y es-
purgó la caridá de su vivir inhóspito.

Surgieron los *bailaores* y entonces es cuando
se dió la nota más simpática, más bella y más
brillante de cuantos prestan vigor y tonalidades
subyugadoras, a estas inimitables fiestas anda-
luzas.

¡Rrrras!... ¡rrrrras!... ¡plas!... ¡plas!... rrrras!...
¡rrrrras!.. ¡plas!.. ¡plas!... ¡ratacata!.. ratacata!...
¡ratacatacataplás!...

Disen que arde
la caza de Cupido

—¡Olé!...

la caza de Cupido

¡Tu mare mi arma!...

la caza de Cupido, mamita
disen que arde.

¡Rrrras!... ¡rrrrras!... ¡plas!... ¡plas!... ¡rrrrras!...
¡rrrrras!... ¡plas!... ¡plas!...

—¡Ahí vá grasia y ange!...

Disen que arde
y he pazao por eya

—¡Que penita le jabrá dao er fuego a mi niña!...

y he pasaíto por eya

—¡Payá va agua ensegúa corasón!... ¡no yo-
res, sielo!...

y he pasaíto por eya mamita
y jumo no zale

—¡Pa jumo el que tú yevas metío en la cabe-
sita local!...

¡Rrrras!... ¡rrrras!... ¡plas!... ¡plas!... ¡rrrras!...
¡rrrras!... ¡plas!... ¡ratakata!... ¡rafacata!... ¡ra-
tacatacataplás!...

El baile estaba en todo su apogeo: la fiesta culminaba.

El chocar de los cristales en los que escanciábase la olorosa manzanilla; el jerez con su color de mieles tempranas llenando las cañas que en manos de las bellas asemejan grandes topacios; el danzar garrido y chulón; los típicos trajes, los rostros amapolados, la risa desbordante, el continuo jalear, el gemir de la guitarra, la letra tristonada de los cantares como ayes de dolor, el vocerío, el bullir, el despertar de dormidas rebeldías, las flores, las peinas, los perfumes, el ambiente ahogador que hace hervir la sangre, las aromadas de plantas campestres, los ojos enflameados por el baile y las libaciones; el lejano berrido de los bichos, el cencerreo de los mansos, y hasta el acre olor a vacuno que saliendo por los altos paredones del encerradero, llegan como sahumos típicos de la fiesta, hacen comprender que lejos de Sevilla, no se interpreta bien lo encantador, lo bravío, lo verdaderamente sugestivo y bello.

Por eso en Sevilla se ama ciegamente; por eso las mujeres que nacen bajo su cielo saben querer; por eso en Sevilla se mata y se muere por una mirada; por eso hay celos, hombría, hondas verdades en los delirios, y grandeza, muerte en el corazón.

Creó la fantasía una Sevilla de amores chulones: nada más torpe, porque es de donde más distante se encuentra *el chulo*, desde el punto de vista amoroso. Las pasiones en un pecho sevillano, son pasiones sagradas, pasiones sentidas, santas pasiones: y por eso se hacen peligrosas, terribles, a veces fieras.

—¡Que cante María del Carmen!—se oyó decir a no se supo quién.

—¡Sí; que cante!...—repitió la concurrencia a coro.

—Ya estás oyendo, Pedro Antonio:—añadió don Juan Manuel a su mayoral.

—¡Hay que dar gusto, niña!—dijo el padre a la moza.

—¡Pero zi lo hago muy malitamente!...

—¡Zarga lo que zarga!...: ¡que ze va a jazé!...:—objetó el mayoral.

«*Penitas*», el banderillero de Curro, que tocaba *como los propio ángele*, según el decir de la gente, cogió la guitarra y pronto hubo de demostrar que, en efecto, no cabía exageración al aplaudir su gusto y su destreza. ¡Vayan falsetas y filigranas!: ¡vayan primores!: ¡aquello si era *jaserle jablá* a la vihuela!...

Todo el público guardaba silencio, no solo por oír los habilidosos cromatismos del tocador—que bien lo merecía—si no porque la *cantaora* disponíase a *jabrí zu piquito de oro*.

—¿Que va a sé?...; ¿tientos?..—preguntó «Penitas» a la hija de Pedro Antonio...

—Me es iguá: para haser reir, cualquie coza ez buena. Vengan tientos:—dijo la niña encendida como la flor del granado, y sin atreverse a levantar sus divinos ojos que los tenía fijos en las puntitas de sus pies diminutos.

La guitarra siguió gimiendo con bordoneos armoniosos; los dedos de «Penitas», eran un mecanismo por su soltura y precisión.

Cual campana de cristal; con voz de timbre arrobador, de inflexiones sonoras y de matices bellos, María del Carmen hizo la salida, y como si todos hubiéranse puesto de acuerdo para preferirlo, un ¡Oleeé!... delirante, atronó el espacio.

Ella puso sus ojos ansiosos en Currito Ramírez, para cantar como los ángeles deben cantar en el cielo.

Lograste por tu querer,
volverme loc a perdía,
y me costará la vida
el horrible padecer,
porque es muy honda la hería

Una ovación indescriptible premió las excelencias del estilo y de la insuperada voz de María del Carmen.

Currito no aplaudió; no se daba cuenta de que no aplaudía: mostrábase absorto, ensimismado, y en su estupefacción apenas apercibíase que hubiera gentes en su derredor. Se creyó solo; él

sólo con María que le contemplaba ansiosa, apasionada, y fué a caer de hinojos ante ella cuando le hizo despertar del ilapso, las dulzuras de nuevas armonías.

La hija del mayoral, cantó otra copla con idéntico gusto y delirante éxito. Su triunfo fué origen de nuevas exigencias.

—¡Que baile!... ¡que baile!...:— gritaron a coro los invitados.

Y María aceptó los palillos que le ofrecieron, disponiéndose a bailar para corresponder a los agasajos que estaba recibiendo. Y bailó enloqueciendo de nuevo a la concurrencia.

Por su arte y su hermosura, era una nueva Salomé, la princesa judía de los cantores, la venustiana hija de Herodes Filipo. Como aquella maga de la danza misteriosa, como aquella maga que era la corporización de un fantasmagórico ensueño; como la ninfa helénica que triunfalmente bailara a la juventud y a la alegría, la ninfa sevillana hizo desbordar el entusiasmo.

El alma intuitiva de María del Carmen, daba vibro inabordable, presentándola como la gama más seductora de un tesoro artístico.

Los genios, que en su afán de crear, visten con las vaporosas galas de la ilusión la rudeza de la vida, sin cuyas hábiles transformaciones para nada serviría su saber dominador; esos mismos que diestramente hicieran la apología de la sobrina del Tetrarca Herodes Antipas, no serían bastante a describir todas las fascinaciones con

que daba color a sus bailes la encantadora hija de Pedro Antonio.

Danzarina inimitable y fatal; fatal, sí; ya que por poseerla se llegaría hasta el bárbaro trance de suprimir ajenas vidas.

Sin rebuscos ni riquezas de galas, y solamente ornada con su indumento sencillo, embellecíase de tal modo, que se adentraba en el ánimo de todos como caso tipo del natural poder de adueñamiento.

Al compás de la música ríspida de la guitarra, música obstrusa que invade en onda de armonía el alma hermética y compleja de María del Carmen, baila la hembra y su cintura flexora imprime al lenguo lazo de su falda, vuelos tremantes como almas vibrátiles: sus pies rítmicos y ligeros, invitan a pensar en los deleites de la pasión. Y cuando su boca de vampiresa sonrío, y su cuerpo escapadizo parece como presa del espasmo, y las culebrescas contorsiones recuerdan el romper hervor de los desvaríos medulares, entonces se convierte en mujer de alma llameante que la imaginación viste de brujas fantasías, para rodar hasta el pecaminoso sadismo y allí dormirse en el regazo del vitando goce.

Cesó el baile:... ¿qué otra cosa sería capaz de suplir tan delicado sabor como dejara en los labios ansiosos de los concurrentes?... ¿quién llenaría el hueco que abriera en las almas aquel ensueño hecho carne?... Nadie.

María del Carmen estaba fatigadísima y a su

emocionante actividad reemplazó un pasivismo obligado: era preciso el descanso.

A los pies de la *heroína*, cayeron sombreros a granel; los aplausos, las alabanzas, las palabras untuosas llovían sobre ella sin interrupción, entretanto que Currito Ramírez, testigo de tales manifestaciones de ciego entusiasmo, sintió el mordido de los celos haciéndole sufrir desesperadamente.

Con los puños crispados, escuchaba toda aquella ensarta de galanteos dichos con proligidad abrumadora, y el mozo sentíase como entre zarzas hirientes.

Sin la actuación de María del Carmen, ya no era posible pedir nada que calmara las ansias de placeres deleitosos. Cundió el aburrimiento en todos los cofrades de Cubero, hasta el extremo de ver llegado ese período de indiferencia que inarmoniza los goces y mata los deseos de proseguir las distracciones.

La luz diurna iba desapareciendo y pronto las sombras nocturnales envolverían aquellos lugares en donde tanto se hubo disfrutado.

Era preciso aprovechar la excusa claridad, sobre todo, los que hallábanse lejos de sus moradas; y así resuelto, comenzó el desfile después de haberse convenido en la continuación de la fiesta a la mañana siguiente.

Fueron despidiéndose los invitados; y cuando Pedro Antonio se dirigió a Cubero en solicitud de permiso para retirarse, el Marqués

de Montes Bajos dijo enfáticamente al Mayoral:

—Debieras quedarte algún tiempo más, para que tu hija nos refocilara de nuevo con sus encantos y con sus raras habilidades.

A don Juan Manuel le hicieron daño estas palabras, no por la falta de delicadeza que acusaran, si no porque le pareció que pudieran encerrar emboscadas pretensiones cerca de María.

Pedro Antonio apretó sus nervudas manos, pensando si las descargaría o nó sobre la cabeza del aristócrata que tales libertades se permitiera: pero Currito menos reflexivo por su edad, aproximóse hasta el Marqués para decirle con mal reprimida cólera.

—Yo creía que uztede los alto, zabrían guardá má rezpeto a la mujé...

—Yo no admito de nadie recriminaciones...:— replicó de muy mal modo el pretencioso caballero.

—Los nasío en rinconsitos humirde, bien pueden iznprá las conziderasione que meresen las mositas; pero loz que vieron la lú en las zala zuntuoza de un palasio, tienen er debé de producirse con educasión y cortezía...

—Pero ¿qué estás hablando?...

—Lo que viene uzté obligao a enzeñá, y veo que aún no ha aprendfo, no oztante zu corona y zu grandesa... Eza mujé a quien no consede usté otros mérito que los de zus encantos y habilidaes, nesesita Marqueze con más vergüenza que usté, pa que le zirvan de lacayos.

—¡Bah!; no quiero trifulcas:... ¡y lo que parece-me extraño, es que don Juan Manuel consienta que estando en su casa, un hombre como tú se exprese en la forma que lo hace, al dirigirse a un hombre como yo!...

—¡Marqués!...

—Dizpenze don Juan Manué:—objetó Currito —porque las palabra de este *cabayero*, no *zon* de las que deben hacé esperá la respuesta.

Y dirigiéndose al de Montes Bajos le dijo con acento que obligaba a detonar las palabras.

—Un hombre como yo, nasío de padres más honraos que los de *uzté*, puede escupí a la cara de un Marqué las grozería.

—¡Vive Dios!... ¡tú eres un bravucón irreverente!...

—No he terminao aún: cuando lo haga, puede *uzté* contestá como le paresca. La *hurbaniá* der muy iluztre zeñó a quien hablo, *eztá mohoza* de no uzarla con nadie; la *caballerosiá* der muy iluztre zeñó a quien hablo, e *ezteri*, por lo que no pué dá fruto; y la *hombría* der muy iluztre zeñó a quien hablo, no ze encuentra má que en zu orguyo, pero que en cuantito eze orguyo ze apaga con er zoplo der mieo, z'acabó el hombre, z'acabó la vergüensa y z'acabó el honó. Pué usté desí ahora lo que quiera, que aquí *eztá* er que ha de darle la lersión, en cuantito que dezbarre en lo más insirnificante.

Al enfático Marqués se le había pegado la lengua al paladar y no articulaba palabra.

—¡Bebazte agua home, que no e pa tanto!...
—le dijo Pedro Antonio en tono de zumba.—Y dirigiéndose a Currito, añadió—¡ziéntate un rato: que ya te contestará cuando ze le paze el zusto!...

—¡Basta yá, señores!—replicó don Juan Manuel:—en mi casa no quiero discordias: pero sí he de hacer presente a mi amigo el Marqués de Montes Bajos, que su proceder no ha sido de mi agrado, como tampoco lo ha sido la oficiosidad de Currito al inmiscuirse en cosas que no son de su incumbencia, toda vez que María del Carmen está en mi casa, y para defender a María del Carmen de la ofensa que se le infiera, estoy yo aquí.

—Ni en zu caza de ozté, ni fuera de zu caza, mi hija nezezita que la defienda naide tan y mientras quer cuerpo e zu pare jaga zombra zobre la tierra—hubo de objetar Pedro Antonio—Eze Marqué no tié ya una aboyaura en la corona, poi-que no quería dá una inritasión a mi niña; pero zí le diré, que pá otra vé aprenda a tené má dirnidá pa tratá a las perzonas que aquí y en toas partes valen má que é, o de lo contrario vá a enterarze a como zaben los puño e Pedro Antonio...

—Voy a retirarme de esta casa;—pudo decir por fin el de Montes Bajos—pero antes quiero presentar a todos mis excusas, para no quedarme bajo el desairado concepto de irreverente. He dicho lo de María del Carmen, sin ánimo alguno de ofender a la joven, y perdono las frases que me han dirigido tanto Currito, como el Mayoral.

Mirando el hecho friamente, comprendo que si sospecharon que en mí hubo intención de molestar a quien respetos merece, es natural que sintieran crecer el enojo. Dicho esto con toda sinceridad, creo haber dejado convencidos a los que se resintieron justamente.

El ridículo fué enorme para el Marqués al hacer estas manifestaciones, ya que en el ánimo de todos estaba el móvil que le obligó a proceder así.

Los que presenciaron tal rebajamiento, hubieron de alegrarse doblemente; tanto por el indiscreto proceder que tuvo con respecto a María, como por la recordación del juicio desfavorable que merecía la clase llana, que era para él de muy inferior especie.

—Me alegro mucho que este asunto tan enojoso, haya terminado de tan feliz manera:—dijo don Juan Manuel.

—Piensa más en las ranas y menos en las ejecutorias, y lograrás ser más feliz caro Marqués:—dijo el Barón cuya bondad le hacía escuchar aún las esquilas de la égloga.

—Con tanto abolengo, lograrás empacharte:—añadió el conde de Encinares.

—Entre todos, me estais poniendo en ridículo...:—objetó el Marqués.

—¡No, no!...: para ponerte en ridículo, te sobras tú solo...—tornó a replicar el Conde.

—¿Me permiten ustedes dos palabras?...—interrogó el de Villafranca.

—Sí; habla Pepe, habla, porque si nó el pleito se hará interminable:—hubo de argüir el Marqués de Altozano.

—Creo que todas estas minucias están ya sobradamente discutidas, y es lástima perder un tiempo precioso cuando puede invertirse en cosa más práctica: ¿no les parece a ustedes señores?...

—¡Bien dicho!...

—¡Aceptado!...

—¡Piramidall!...

Tales asentimientos vinieron en apoyo de lo expuesto por el prócer sevillano, poniendo término al desagradable incidente.

María del Carmen, fué despedida con honores de reina. ¿Y qué papel desempeñó si no el de reina de aquella fiesta?...

Damas y caballeros, disputáronse el momento de hacerle testimonio de sus simpatías.

Ella agradecida, no cesaba de dar gracias por cada lisonja, por cada halago, por cada prueba de admiración.

Don Juan Manuel sintió crecer la ira.

Currito enloquecía de celos. Aprovechando unos momentos en que Pedro Antonio se aproximó a Cubero, dirigióse a María del Carmen trémulo de pasión para decirle con vehemente ansia y muy bajito.

—¿Ze vá uzté ya María?...

—¿Qué quiere uzté que haga, zi me ha azuztao uzté, zó rabiozo?...

—¿Yo, por qué?: ¿por lo dicho a eze tiriya quizá?...: ¡no merese la pena!...

—¡Ay, por Dió!; ¡pobre Marqué!...: ¡Ah!: sepa uzté que estoy muy agradesida por zu defenza.

—¿Ze vá uzté a reí de mí?...

—No acoztumbro a reirme de nadie y menos de uzté...

—¿No vá a tomá a guazita una coza que yo le diga?...

—¿Pero, de qué ze trata?...

—Yo,... María,... quiziera,... que... la verdá...

—¿Qué ez lo que uzté quiziera?...

—¡Zoy un tonto!...

—¡No me había enterao!...

—¡Zoy un pretenziozo!...

—¡Eze e un vicio feo!...

—¡Yo creí que zubí a la gloria era un hecho zenciyo, y...

—¡Jezú!... ¡pero qué coza ma rara dise ezte hombre!...

—No zon rara, no: lo que ocurre e que,... zi yo,...

—¡Pero acabe uzté ya, alma mía!

¿Zi?, pue m'iuzté: ayá vá de una vé...: ¿podría zé que nozotro habláramo do palabrita?... ¡Dígame que zíMariquiya, porque me mata er dezeo!...

—¿Por tan poca coza ze va uzté a morí?...

—¿Poca coza dise?...

—¡Y tan poca, inosentel!...

—Zu padre viene Carmelita: ¡dígame por favó!... ¿hablaremos?

—¡Me lo dise uzté con eza carita tan afligía, que no ze decirle que no!: hablaremos.

—¿Dónde?

—En mi caza.

—¿Hora?

—A las dié: ¡pregunta uzté má que un sivi!...:

—Grasia María.

—Anda hijita; vamo pronto, que ze no jaze de noche —dijo Pedro Antonio apenas llegó.

—Cuando uzté mande padre.

—¡Currito adió, home, adió!: vengan ezo sinco: ¡ya vendrá por la caza pa que jablemos un rato, y me cuentes toas las coza güena de tu vía!...

—La más güena, ez haber konzervao el apresio de uzté.

—Grasia niño:... ¡pero el apresio de un pobre ez tan poca coza!...

—Pa quien zea: ¡pa mí, ez muy grande!...

—Lo zé Currito, lo zé; poi que de tos los que peinan trensa, el más noble eres tú...

—Zañó Pedro, uzté me hase mucho favó.

—¡Adió Curro!: Jata mañana zi Dió nos dá zalú: digo lo que mereses.

—Hasta mañana.

—¡Currito adió!...

—¡Adió María!

Dos corazones palpitaron; dos bocas se sonrieron y dos miradas besáronse ansiosas.

CAPÍTULO IV

DESPUÉS DE LA FIESTA

La noche embruja a los enamorados.

Currito marchaba envuelto en su rica capa de finísimo paño y bordados primorosos, sin que lograra salir de su ensimismamiento. El recuerdo de la hija del Mayoral afectábale, de tal modo, que logró despertar en el mozo la más honda desesperación.

La imagen de aquella mujer se había aposentado tan tiránicamente en sus pupilas, que éstas, viéronse presadas en el retiarío de sus emocionales misterios. Su voz quejumbrosa, linda, sugestionadora, recordábala con tan loco desvarío, que hubo momentos en que aquel hombre de temple fiero, desahogábase con lágrimas, mientras pensaba en el fulgor de los negros ojos

de la joven, en el sangriento clavel que se entreabría a impulsos de su sonrisa, en sus cejas ceciosas y endrinas, en sus pies inverosímiles, ágiles, traviosos, en sus hombros redondos de rosa y nácares medio cubiertos por el mantón de fastuosa riqueza, en sus manos de suavidad tentadora, en aquellos instantes en que llevando a sus labios abrasados la caña de manzanilla, quiso apagar con ella la sed de nacientes amores.

Lograste por tu queré
 volverme loca perdía
 y me costará la vía
 el horrible padese
 porque es muy honda la hería.

El recuerdo de esta copla le hace sufrir. ¿Pero era sólo aquel *cante* el motivo de su tristeza?... ¿era la causa única de su sensibilismo?... No: si la copla la hubiera cantado otra mujer, quizá la habría escuchado con indiferencia; pero es que la copla la cantó ella, María del Carmen, la de maravillosa voz, su ídolo, la hembra atrayente, la moza ejemplar llena de gracia, de esa divina gracia que tienen las estatuas de la antigua Helada; era la copla que la hija de Pedro Antonio había cantado aquella tarde, roja de felicidad y de deseo, plena de seducciones y de encantos, entre inocente y bribona.

Cruzó como autómata las calles soledosas, hasta llegar frente a aquella casita alegre y co-

quetona,preciado relicario que guardaba la más rica joya para Currito: su madre, la hermosa Remedios «La Campanera», la hembra jocunda que aun conservaba espléndida belleza, la mujer de santos amores para aquel hijito adorado, para aquel hijito que tanto le hacía sufrir por la *pajolera afición* a los toros, de la que la pobre mujer se quejara amargamente.

Curro dió vuelta a la llave: de puntillas, para que no despertara Remedios, llegó hasta su alcoba de soltero dejándose caer sobre la cama enloquecido, desvahante e inquieto. En este estado le sorprendió la aurora.

Cuando vió que la luz diurna inundaba la estancia, arrojóse del lecho desnudándose apresuradamente, y volviéndose a acostar, con el fin de que su madre no se diera cuenta de la mala noche pasada; ya que de haberle sorprendido en aquel estado de insomnio y de zozobra, le hubiera originado grandes torturas. ¡Y, bastante sufría ya la pobrecita para que él añadiera uno más a sus múltiples dolores!

A las diez de la mañana, entró Remedios en la alcoba llevando a Currito el desayuno.

Dejó sobre la mesita de noche el chocolate, la bizcochada y la copa con agua, acercándose al lecho con sigilo para inclinarse hacia Curro y besar su frente con ese santo fuego que solo inflama el corazón de las madres.

Por mucho cuidado que quiso usar en aquella espontánea prueba de sagrado amor, el beso

despertó al dormido y éste supo corresponder con creces a la maternal caricia, rodeando con sus brazos el cuello de «La Campanera» a la que atrajo hacia sí, colmándola de filiales transportes de cariño inmenso.

— ¡Dió te guarde madresita!...

— ¡Qué tonta zoy!...: ¿verdá hijo?... Te desperté cuando estaba en el mejó de lo zueño. Pero verme ar lao tuyo y zalirme de vasío,... ¡que no pué zél!... ¡vaya!... ¡que no!

— ¡Qué mejó dezpertá!...: ¿hay algo má zabrozo y tierno que el bezo de una madre?... Y zi es de una madre tan buena como la mía, ma zabrozo aún...

— ¡Toda laz madre zon buena!

— ¡Unas mejore que otras!...: ¿no quieres?...

— ¡Aduladó!...: ¡anda ya, bribonsito!...: vamo arriba; y puesto que te dezperté, a tomá er deza-yuno ahora que eztá disiendo... ¡comerme!... La biscochada ez riquízima:... ¡como que la jansen pa tí en la dursería de la plasa del Ezpalma-rejo!...: ¡ya tu vé!...

— ¡Que zantita ere madresita mía!... ¡Te bendiga Dió tantas vese como yo te bendigo!...

— ¡Tú zí que parese que eztás resién bajaíto der sielo!... Pero oye niño; ¡te veo mu ojerozo!...: ¿qué te pasa hijo mfo?...: ¿estás malo quizá?...

¿Quién dijo malo?... Bueno y mu bueno pa toíto aqueyo que zea precizo.

— ¡Entonse, e que traznochate mucho!...: juer-guesita en Miraflores o en Eritaña...: ¿no e ezo?...

—¡Me retiré mu tempranito!... ¡ante de dá las dose!...

—No fué mucho bureo.

—Ya ze vé.

—No te oí yegá...

—Cuido mucho de no dezpertarte...

—¿Y tu no zabe que yo te prohibo que f'acuestes zin jaberme dao antes la güenas noche?...

—¡Miz penitas me pazo cuando no lo hago!...: pero te veo tan aguztito, que zería un crimen quitarte un zueño tan durse...

—¡Tunante!...: tu jaze ezo, pa que yo no me entere a la jora que te recoges.

Currito tuvo que reir al escuchar la dulce reconvencción de la madre apasionada.

—He acertao...: ¿de verita que zí?...

—No lo creas: te digo, que zoy mu formá.

—Bueno, bueno: yo te daré un zuzto cuando menos lo pienze...

—No me lo dará.

—¡Ya veremos!... Mira niño; ¡tu tié muchas ojera!...

¿Otra vé?....

—Y, otra y otra: ¡mira tú ezte!...: ¿tú eztaz bien, Currito?

—Mejó que nunca: no paze fatiga...

—Pué zi no zon de male, zerán de amore.

—¿Tu vé?... ¡ezzo ya é otra coza!...

—¿No lo dige?... *Pá una mare*

un hijo ziempre tiene

er pecho de cristá.

—No é así lo que dijo er zeñó Cura.

—¡E iguá! Y dime, rezervón...: ¿quién é la favoresía?... ¡ésto, zi ze pué zabél!...

—¿La favoresía?... nadie: ¡el favoresío zoy yo, zi cae la breva!

—¡Vamo niño, venga ya lo que zea!...

—¿Yo había de guardarte zecreto?...: ¿zecreto pa tí?...: ¿pa la madresita que yo quiero tanto?...: no te he dicho ná, porque no hay ná tavía...

—¿Quién é eya?

—Pué eya é..., la hija del zeñó Pedro Antonio...

—¿Del Mayorá de Cubero?...

—De eze mizmito.

—¿Qué me dise?...

—La verdá.

—¡No me poías habé dao mejó notisia!

—Ni mejó notisia podía yo tené, que la de que tú eztés zatizfecha de mi elersión, porque nunca me cazaría con una mujé que a tí no te yenara, pa que hubiera tranquiliá y pá en la caza...

Rosarito estrechó a su hijo con emoción.

—¡Hijito mío, que bueno ere!... ¡Y penzá que cuarquier día pueo quarme zin tí!...—y la pobre madre rompió en llanto amargo.

—No pienze tú en tar cosa: Dió me protege y me zarvará d'un mal pazo.

—¡Déjate loz toro Currito!...: ¡déjate lo por la Virgen, niño de mi arma!... Ya ere rico;... doz miyonsito e pezeta;... ¿te parese poco?... Retírate Curro; retírate y dizfruta lo que tanto peligro

y con tanto zuores yeva ganao... ¿Pa qué quiere má inero?...

—Madresita: tú ya zabe que a mí no me siega la ambisión; pero me emborracha la gloria. Déjame que dizfrute d'éya; que er mundo me armire y me aplauda. ¡Tú no zabe lo grande que é, lo que ze gosa cuando los públicos pronunsian con entusiasmo el nombre tuyo; cuando los públicos ezián pendientes de tus desisiones; cuando las gentes jasen reliquia de tu perzona, y cuando tu perzona quizieran guardarla en relicario! Déjame que yo endurese mi boca con las miele de ezta vanidae que tenemo lo hombre, porque eya zon laz'única que nunca empalagan.

Cuando los año hayan pazao, y la zangre no hierva en las venas y yame la verdá a laz puertas de la deziluzión y la carne mosa yegue a los tiempos maduros y a la vera mía haya una mujé ganaíta con el való derrochao frente a la cara e los toro y como fruto de eza conquizta queen inosentes chavales al amparo mío: cuando yo logre conzeguí ezo, y al zanto amó de una madre ze una la iluzión loca, el delirante rendimiento de una mujé y la zuprema felisiá de un hijito, que zon las tré coza má grande a que pué azpirá el hombre, entonse yá verá como yo zin ezfuerzo alguno, pongo fin al trágico ejersisio de mi profesión: pero hoy; en esta edá de iluzione; en ezto día de fagoza juventú, de alegría andalusa, en que el hombre é ziempre dósi al peligro y amante de la fama, se hase impozible dominá los

impurzo. Desirme que orvie los toro, ez lo mizmo que queré entregarme ar tormento, ar dezen-canto, a la dezezperasión; o lo que é iguá; entre-garme a un doló má grande que tóos los dolore que er torero paza, cuando las aztas del bicho dejan la carne rota...

¿Y la pena de una mare, naíta dise?...

—Lo dise tó, mare mía: pero por zé tu cariño, un cariño muy grande, tengo que penzá en mi propia grandesa. La pequeñé de un hijo, por chiquito que el hijo zea, ziempre rezurta gigante ante lo ojo de laz que zaben mirá con el má zagrao y zanto de lo amore. Pero como pa yegá ar conosimiento de ezta pazione, se hase presi-so er gose de ezo otros amore, porque zin eyos no podrían eziztí loz zantos cariñitos de las madres, no te eztrañe que yo perziga lo que toíto lo hombre ambicionan, ni que me entuziazme el peli-gro, zabiendo que er briyo que má seduse a las gente güena, ez el briyo de la gloria, zea ésta arcansaíta por zabiduría, por arte o por való. Pen-zando azí, como amante de eza Dioza tan perze-guía por los que vivimo del aplauzo, me veo bajo el dezeo de no perderla, pa luego ofresérsela a la mujé que ha de rendirse ante un galardón tan presiao. Ya tú vé, madresita mía, cómo pa Curro, no ez el egoizta afán der dinero er que le obliga a zeguí la peligroza faena de lidiá reze brava: zi no er temor de perdé la fama que ha lo-grao conquistá a cambio de tantas desasones, de tanto doló y de tanto ezfuerso. Deja que rin-

da con eya un tributo de admiración a la mujé que ha lograo dezpertá en mi arma lo má grande entuziazmo, y dezpué, a la vera tuya y a la vera de eya, ¡pá ziempre!, ¡pá ziempre!, madresita.

—Jablas como un libro hijito mío: ze me cae la baba de oirte y comprendo que tiés rasón en tó lo que dise; pero eza rasón jamá podrá convenserme, poique razones cuando hay peligros, nunca logran convensé a la que te ha yevao en las entrañas: zin embargo, yo zabré zufrí como jasta aquí he zufrío...

—No te aflijas: perdóname zi te cauzo dolore zin yo queré. Te juro que en cuantito que yo gane pa eya lo que he ganao pá tí, entonse—ya te he dicho—me iré de los toro a ser felí junto a las dó; apartao de to el buyisio, lejos der mundo; muy lejos, pá que el mundo no puea robarme ni un momento er cariño vueztro...

—¿Pero, cuándo vá a zé ezo?...

—No zé aun lo que penzará María.

—¿Cómo que no zabes?...

—¡Claro!...: cuando le hable de eztaz coza, veremos lo que la niña rezponde.

—¡Ah!... ¿Pero eya no sabe?...

—Ni un pajote, del quere que muerde rabiozamente en mi corasón...

—¿Y pa qué zon lo hombre?...

—Pa echá un candao a la lengua cuando aman mucho y hay que dezí a la hembra las fatigas mortale que ze pazan.

—¿Cobarde tú, Currito?...

—Pa María del Carmen, zí.

—¿Y a qué ezos temores?... Mucho vale eza prenda que tan selosamente guarda Pedro Antonio:... ¿pero acazo no e de igua oro fino, er niño e «La Campanera?»...

—¡Ez mucha mujé María!...

—¡Ez mucho hombre mi Curro!...

—¡Zi Dió quiziera!...

—A que quiera voy, yo ahora mizmito...

—¿Pero dónde?...

—A Zan Giné; a pedirle a nuestra Virgensita, que ezcuche al hijo de aqué Angeliyo que murió apretando zobre el corasón el ezcapulario de la Macarena.

—Ofrésele un novenario, miza mayó y zermón, zi hase que María del Carmen me quiera.

—¡Ten fe en Nuestra Zeñora de la Esperanza hijo mío!...

—¡Y en tí también!...

Rosario estrechó a Currito; y besando de nuevo aquella frente juvenil, salió de la alcoba para ir a orar momentos después ante la Madre del Redentor del Mundo, a quien pidiera con toda devota ansiedad en bien de aquel hijito de sus entrañas.

CAPÍTULO V

LA DECLARACIÓN

Halos de luz acérea circundan la faz de Hécate misteriosa.

La noche es de pura transparencia. Las estrellas brillan con fulgurantes escintilaciones que asemejan parpadeos de los innumerables ojos de la bóveda infinita.

El silencio imperturbable, propio de esas horas de sombra y recogimiento en las que todo duerme, reposa, se aquieta, como si hubiera cesado por siempre la vida, es grandemente halagador para los que se disponen al tierno querer.

El amor, ese adorable fantasma que nos persigue, que se adueña de nosotros para dominarnos; que a veces nos sabe a dulzuras y a cicuta otras, nos convierte en incorregibles egoistas.

Creemos que en la vida sólo existe el imperativo de nuestro deseo, y que a ese imperativo debe someterse todo lo demás.

La diurna luz, el movimiento del vivir, la acción consciente, *el mundanal ruido*, todo nos desespera, porque parece que tales manifestaciones de la existencia activa, nos roba la ocasión de bisbisar nuestras cálidas endechas, y por eso los que aman son tan tenaces adoradores de la sombra.

El amor, es miedoso de las multitudes: en su alma de niño no caben los deambulismos por los andurriales de la vida. Los nocherniegos misterios tienen tal encanto, que el *yo* subconsciente recibe las unciones inefables de la carne en flor, de un modo sumiso y resignado.

El amor, en un recogimiento armónico, crece con el atisbo de esa ternura que nace por entre encadenamientos de sombras, como esclavo de sus propias sensaciones, sin que los revoltijos de aquella voluntaria restricción privativa que ella esperanzada se impone, haga sentir el dolor físico.

Por eso, apocado, escurridizo, ansiando acudir y temiendo llegar; como impelido por blanda intimidad sensual, Curro Ramírez marcha a lomos de «Jácara», hermosa yegua de pura sangre española y piel tan negra como las sombras que invaden los solitarios caminos que recorre, sin que a caballero ni a caballo llegue a impresionarles aquel silencio que les rodea.

Anda que anda, anda que andarás, se vió al

fin frente a la casa que descollaba blanquísima al recibir los besos de la Luna, y su corazón todo brasa palpité con inusitada actividad creciendo en sus estremecimientos rápidos.

Embebido como el pintor que discurre sobre la interpretación de su viviente modelo, dejó pasar el tiempo sin que apenas se diera cuenta de sus indecisiones.

Media hora estuvo pie a tierra esperando a que María saliera, hasta que por fin llamó quedamente a la ventana aromada de juncia, claveles y albahacas: momentos después los postigos se abrieron, apareciendo tras del embarrado de la reja, la mágica figura de una mujer que sonríe medrosa.

Las plantas y las flores, se aborbotonan en torno de ella; la maravilla de su cuerpo envuelto como en vaga claridad crepuscular, hace sentir una embriaguez sutil precursora del vahído; en plena faz, un rayo de luna juguetea con claros argentesos besándola tiernamente en los labios golosos, al mismo tiempo que delata e ilumina las miradas sumisas de aquellos negros ojos que hieren el alma. Marco propicio para el fondo impreciso de la espiritualidad, era aquel ventanal aromoso donde irrumpían los perfumes y la belleza.

Currito comenzó a desfallecer: aquel conjunto de soñadoras perfecciones era un algo tan delicado que solo hablarle parecía atrevido. Sintióse tan indeciso y tímido, que creyó merecer de *ella*

el reproche por su conducta impropia y pueril. Se decidió al fin, y después del consabido ¡Díoguarde!, Currito temblando como azogado, comenzó de esta manera.

—Carmela, me creí que había olvidao uzté zu promeza.

—¿Por qué?...

—¡Yevo media hora ezperando!

—¿Cómo media hora, zi he abierto apena he oído los golpesitos en la ventana?...

—Cuando he yamao, ya estaba yo dezezperaíto.

—¿De vera?

—Lo que uzté oye.

—Pué me eztraña, porque tengo un oído, ¡que ni de fízico!...

—¡No zerá porque *Jácara* no ze piza fuerte!...

—¡El que yo me diera cuenta de ezo, no quiere dezí que en este mundo no haya otros hombres que tengan jaca: y ya verá uzté que ez mucho atrevimiento abrí una reja, zin ante zabé quien ezpera!

—¡Cierto: tié uzté rasón!...

—¡Zería la vé primera, que faltara a eya!

—Yo zentiría que uzté viera enojo, donde zolo hay una prueba má de la verdá grande que vengo a desirle. La espera, me hizo sufrí; que no e lo mizmo que moleztá...

Los labios de María del Carmen dibujaron una sonrisa de faunesa, para después interrogar con adorable alocamiento.

—¡Ah!...: ¿pero uzté ez capá de desí verdá grande, cuando viene desididito a pintá carocas a una mujé?...

—¡María!...

—No le moleste mi dicho: en cazo de que eza verdá grande uzté la zintiera, zería el único hombre con való pa yevá adelante tal heroísmo...

—¡Jamá ocurto miz zentimiento!

—¡Está muy bien cabayero!...:—contestó la hija de Pedro Antonio haciendo un gracioso mohín.

—Mariquiya:... ¿quiere uzté que yo dezahogue de penita mi pecho?...

—¿Cómo nó, zi eza e una nezezidá que no pué dejarze pa luego?—dijole alegre y borbo-teante.

—No le eztrañe que haya yegao a uzté con tos eztos temores impropios de un hombre que quiere, y quiere mucho como uzté ya zabe...

—¿Qué dise uzté, zanto varón?...: ¿que lo zé yo, dezgrasiao?—objetó la linda zagala en tono festivo y sentencioso a la vez.

—¿A cazo lo ignora uzté?...

—¿Cuándo me lo ha dicho er mosito, que yo no me acuerdo?...

—Zin dezírzelo, ¿no ze lo dijeron miz ojo ayé, cuando me vió uzté morí de pena, de ira y de zelo, porque otros que no eran Currito, aplaudían a María del Carmen toítas zu gracias?...: ¿no crecía en mí er coraje, y me ajogaba la cólera, y hubiera matao a los que a mí me mata-

ban por echarle flore a la mujercita que me güerve loco?...

—Pero, ¡jzózú y que debi tié uzté la cabeza Currito!...—contestóle la niña con todo el gracejo propio del aleteo de sus palabras.

—¿No me crees aún, ni te compadese de mis padesere y te rie zin penzá er daño que me hase con ese prosedé dezdeñozo?...: ¿de eze modo correspondes a mi cariño?...

—¿Pero dónde está la prueba de eze cariño?... ¡zo guazón!: ¿no le puede uzté yamá cariño, a lo que quizá zean iluziones de momento?...

—¿No eztuvizte a punto de verme yorá, como yoran los hombres, cuando zienten hería zu entrañita y quieren con toa zu arma?...

—Ante de que empiesen a zalí las lágrimas, dígame el mosito:... ¿quién le ha dao a uzté permizo pa que me tutee?...

—Mi corasón: ¿no e bastante?...

—No zefió; porque nesesitya el conzentimiento del mío.

—Y eze conzentimiento, ¿tardará mucho en yegá?...

—¡Quien zabe!:... hay que hasé méritos.

—¿No é mérito, queré con las veritas que yo quiero?...: ¡dílo pronto mi vía!: ¿no ves con qué fatiguita te lo eztoy pidiendo?...

La joven inclinó la cabeza sobre el hombro, con gracia picaresca y gentil, contestando al dialogante mientras arreglaba con adorable coquetería los rizos de su cabellera undosa:

—Tendré en cuenta zuz palabra, y ya veremos hasta qué punto yega eza gran verdá que uzté ze trae pa mí.

—¡Te lo juro, a los pie der Zefiño!...

—Cuando me haya convensío, contestaré.

Y, ¡refa!...; ¡refa!... En aquella boca de hada misteriosa, la risa hacíaase fragante; el aire se aromaba en torno suyo.

—No me dezezpere Carmita; ¡jóyeme!

—¿Hago otra coza?...

—Antes de conoserte, me creía un zolitario: eztaba ziempre trizte:—¿me ezcuchas niña?— ziempre trizte, zin zabé por qué... Mi fantazía buzcaba una mujé en la que hubiera corá, perlas, y roza; y cuando creí que me había vuelto loquito de penzá en un impozible, miz ojo te miraron, y vieron corá en tuz labio, en tuz dientes perlas y en tu boca la más linda fló nasía en lo jardine der sielo. Maz lú; maz lú neseditaba aquer tezoro puezto en tu carita, y Dió creó doz zole pa que lo alumbraran, y ensendieran yamas en mi corasón y abrasore mortale en mi arma.

—¡Currito!...

—Deja, deja que te diga: penzé en tí, zin conoserte; zin haberte vizto nunca; zin zabé en quien fiaba; y zin embargo, un zecreto mizteriozo, afirmábame que la mujé de miz penzamiento vivía en er mundo, y que eya, zolo eya me podía hasé felí. Tuz ojo me miraron, y perdí er zentío: dezde entonse, me obligan a zé ezclavo tuyo y marti de mi pazión loca. Te quiero María: y cuan-

to má te quiero, meno zé desírtelo porque la fuer-
sa del amó, coze mi boca.

La armónica melosidad de las palabras de Currito, iban debilitando la resistencia de María del Carmen; y más, cuando la tal resistencia, la desmentían las miradas picarescas y rientes que fascinaban al rendido mozo.

—¡Zería uzté tan buen actor, como torero!

—¿Qué quieres desí?

—¡Que en una essena de amore, levantaría uzté al público!

—Zi eras tú el perzonaje con quien tenía que entenderme, ¡ríete de *Rafalito!*...

—He oído dezí a perzonas muy zabias, que er mundo ez el teatro de la vida; y ziendo de eza manera, pozible que uzté me ezté hablando en cómico, pa probá zus buenas dizpozizione—replicó la niña con acento musitante, como precocidades de amorosas ternuras.

—¡Tú, no crees en lo que dises ahora!

—¿Por qué no?...

—Porque zabe lo verdadera que zon miz palabra; porque zabe lo que te quiero, lo que zupro, lo que te dezeo, lo dizpuezto que eztoy al zacrificio, zi zacrificio tú quiere en prueba de mi cariño. ¡Nadie en er mundo pué zé pa tí, lo que pa tí e Currito Ramírez!... ¿Verdá que me crees?... ¿verdad que quieres zarvarme?...; ¿verdad que me harás felí?—arrulló el mozo a su oído.

María bajó los ojos: estaba vencida.

—¿No me contezta mi vía?...: ¿o aun no ha

yegao la hora de que quite fatigas a ezta pobre armita que tanto zufre por tu cariño?...

La hija de Pedro Antonio, dejó su espíritu desnudo en medio de aquella intemperie que tan pronta estaba a resfriar la resistencia, cuando había de ser combatida por hondas pasiones. Quería ser sóbria y austera; pero la rindió el corazón como siempre pasa, y hubo de abandonarse al sentir sin más usar de fingimientos. Sus pupilas se llenaron de lágrimas.

—¿Ahora vas a yorá boba?...—dijo Curro con acento que era un idilio—¡No me contestes ya Mariquiya; mi Mariquiya del Carmen!: ¡no me contestes ya!:... ¿pa qué?... ¿no me ha contestao eze zanto rosío que corre por tu cara de Virgensita?... ¡Ay válgame Dió!: ¡mi arma, er bien que me hase!... ¡Mírame; mírame, y dime!: «¡te creo Curro; te creo, porque cuando ze habla como tú hablas, no ze pué mentí!»

Se expresó el enamorado mozo con un fuego tal, que la hija de Pedro Antonio tuvo que pedir gracia. No podía resistir aquellas manifestaciones de un querer tan puro; así es que con voz suave, quejumbrosa, con todas las manifestaciones atra-yentes de un rubor íntimo, dijo al hombre de sus entusiasmos.

—¡Curro por Dió, no me hables azí!:... ¡mira que tengo miedo; mucho miedo de quererte!...

—¿Por qué?...

—Porque algo triste preveo: abandonos o dezdenes injuztos; ozcuras paziones que zentis

los hombres; embozados enemigos; algo en que pudiera vivir el dezengaño y el dolor; algo en fin, que me hase penzá en la amargura.

—Dezecha tú ezos penzamiento; ¡no zea ino-sente!

—Cuando una idea nos domina, ez inúti buz-cá alivio en el olvido; la voluntá no ez baztante, porque aquéya noz perzeguirá anzioza.

Tenía razón la joven: es vano el esfuerzo que se haga para inquirir las raíces de la voluntad, porque la idea se nos presenta siempre como imperativo de renunciamiento y de rebelión.

—¡No me guzta verte vasilante, Mariquiya de mi arma!

—Prueba a vé zi puedes arrancá de la memoria el recuerdo de esta mujé impazible y fría, que yo procuraré también el olvido de la rezaca impetuoza que con ardó vá fraguándose en el fondo de mi ezipiritu.

Curro tembló ligeramente: decimos que ligeramente, porque tenía casi la evidencia de que la boca de aquella mujer mentía; porque no era negación su argumento, si no frases de niña enamorada, que pone al claro del Sol las penúmbra espírituales siempre atentas a un juicio calculado. Curro pensaba, que tal juicio nace cuando ha de combatir una sensación instantánea y muy poco interesante; pero jamás, cuando la mujer olvidada de todo y sin voluntad, siente con el prepotente impulso de su alma germinadora. No obstante creer así, sintió vagos, muy

vagos temores, pero temores al fin. ¿No había de sentirlos, si aquella niña de emanaciones sofocantes, si aquel plasmó de siniguales encantos, si aquel ampo sereno era ya el solo resorte de su vida? ¿Acaso ante él no habían desfilado mujeres elegantes y bellas?: ¿acaso no se le vino a las manos la resaca de virtudes abortadas?: ¿acaso no conocía esos organismos tundidos y cansados, rebeldes y agresivos, incoloraciones descocadas de la elasticidad propia del medio fácil?... ¿No conocía a esa sociedad abúlica, de fondo huero, de conformidad y pacto hasta llegar a lo ilícito?... ¿No conocía a damas ultraelegantes, entregadas a una abominable perversión?... ¿No conocía a esas vesánicas mesalinas de diversiones borrascosas, siempre atisbando, siempre riendo, siempre agotadas, vacías y muertas?... Y siendo así, ¿cómo aquel hombre contaminado de rozaduras ominosas, de funestos contactos de carne anónima, de impulsos rápidos y arrolladores; cómo aquel hombre atento siempre a los significativos gestos de un interés fácil, se había detenido moroso e irresoluto, ante la imagen de aquella mujer deliciosa?... Es que la reputación asentadísima resulta un algo triunfal; es que la sumisión irreflexiva, hace que la dicha aparezca incurablemente cansada; es que el solapado decoro externo, está pronto a soltar la lujuria con náusea moral. Por eso Currito piensa en el pecho puro, y no en la graciosa espalda; en la virgen que acusa el asco de la

promiscuidad, y no comprende las profanaciones sexuales; en la casta que expande sus alegrías sonriendo inocente, y no en la que pide la satisfacción de sus ansias carcajeando ninfomaníacos. En una, se busca la convivencia inquebrantable: en otra, se encuentra la convivencia fugaz.

Hemos dicho que Curro tembló ligeramente, sin que recordáramos añadir que, aproximando cuanto pudo su rostro a la reja, dijo a través de sus hierros:

—¡Creí que me habías comprendío, y que por comprenderme te apiadaba de mí!

—No zé que me dise: háblame claro.

—Confieza que no é verdá lo que acaban de desí tus labio.

—Lo niego, zi azí lo dezeas:—exclamó María con sumisión natural:—pero créete, que no me ezplico eze empeño tuyo.

—¡Yo tampoco quiziera zentí amargore, y loz ziento pa dezgrasia mía!

—¿Por qué te ezpreza azí?...

—¿Me preguntaz por qué, despué de haberme recomendao que te orvie?; ¿después de prometerme que tú harás iguá rezperto a mí?...

—¡Ezcúchame Curro, por la zalú mía!

—¡Habla pronto Mariquilla, porque laz anzia me matan!

Enarcando su cabecita por entre los tientos de claveles y geranios; y alumbrado por plateados clarosos aquel rostro hechicero, María del

Carmen, asemejaba un fantasma aparecido en una de esas horas de delirios y de ensueños, más que una positiva resultante de la más bella realidad.

Curruto contemplaba abstraído, hipnotizado: su amorosa solicitud, la besaba en los ojos bebiendo sus lágrimas.

—Dime Curro:—gimió mejor que dijo aquella ideal criatura—¿acazo haz creído ofensa mi confección?: ¿quizá tienes por petulancia mi sinsero desí?: ¿tal vé te considera dezdeñado e incomprendido?...

—¿Cómo quierez que pienze dezpué de tu negativa?...

—¿Negativa?...

—¿Qué otra coza me daz a entendé?

—¡Ere injusto!

—María; mi María: ¡zi yo me ziento dizpuezo a perdonarte a pezá e mi derrota! Pero dáte cuenta e mi doló. Óyeme: hubo momento, en que me hise la iluzión que me querías, cuando en tuz ojo, en ezo infame ojo que me azezinan, ví diamantez máz puro que loz que adornan las zagraíta imágenes de nuestra Zeviya.

—Te hizizte la iluzión; ¿no ez verdá?: ¡no fué má que iluzión!: ¡azí debíaz obrál!: «¡cuando ze habla como tú habla, no ze puede mentí!»: ¡cuando ze yora como yo yoro, entonze zí e posible el fingimiento! ¿E azí como tú ama?: ¿ez azí como tú jusga a la que tan locamente quierez?: ¿eze e tu entuziazmo; tu cariño?... Ezcúchame Curro:

cuando una mujé habla por vez primera a un hombre, y zobre el obligado recato de la hembra, hase eztoyá el grito ezpontáneo del zentimiento, o ezta chascando a cristá, o yegó demasiao pronto a la íntima liberación del alma, pa conosé que ze fundieron do corasone que ya andaban avenidos. Eza ez mi culpa: habé yegao muy pronto pa no haserte esperá.

—¿Cómo pronto, arma mía?:... ¿pronto, y llega con má retrazo que un reló dezmontao?: tarde y muy tarde le ha paresío al niño de Rosarito «La Campanera». Ya tú vé; dezde ayé me eztoy muriendo, y grasia a tí, mi Marujita, mi Carmela gitana, ziento que recobro la vía entre repiques de gloria, que gloria y repiques de la Zemana Grande zon pa Curro tus palabrita.

—¡Charrán!...

—¡Dímelo otra vé por lo que tú má quiera!...

—¡Charrán!...

—¡Que no yegue la otra, porque me tién que atá!...

—¡Silensio entonse!

—¿Tú vé Mariquiya de miz ojo?: zi loquito me yevaran y loquito me muriera, te zeguiría queriendo con la mizma fatiga que hoy te quiero, porque la rasón zolo volvería a mí pa no orviar-te. Me haz ezterilizao la juventú, matando tó lo malo que pudiera habé en mi pazione. Fiezta famoza ha de zé ziempre pa el hijo de Angeliyo, la juerga de ayé: ¡bendita zea la Deheza de «Loz Jarale», porque en eya conosí a la reina de mi

corasón, y eza reina me yeva como de la mano a loz pie de Dió y por el más corto camino del zielo en que yo he zoñao!... Pero niñita: ¿en qué pienza?; ¿no me rezponde?...

—Perdona Curro: ez que me he echao a volá por eza gloria de que me hablas, y he zentío miedo, mucho miedo.

¿Miedo dises, cariño?... ¿y por qué?...

—La veo muy alta.

—¡Má arta estas tú y hasta tí he yegao!

—¡Mi Curro!...

—¡Mi Mariquiya!...

—¿Qué haríaz zi yo te olvidara?...

—¡No me lo digas!... ¡matarte!: matarte, y matarme luego.

—Yo haré lo mismo si tú me engañas; ¡porque lo hombre, y la mujere que quieren a lo hombre, aman azí! Pero nó; tú no haz de jugarme una mala partía;... ¿verdá que nó?...: ¿verdá que me querrás mucho, ziempre?...

—Y no lo agradezcas que azí lo haga, porque quiero viví; y como viví zin mi María, es más difisi que contá ezaz eztreyita que tan selosas ez tán de zuz ojo, mira tú como lo que parese arsión en tu orsequio, no ez má que salú pa mi cuerpo y bien pa mi arma.

—¡Cáyate por Dió!...

—¿Que me caye, chiquiya?...

—Zí; ¡que te cayel: ¡que te caye Curro!

—¿Pero por qué, corasonsito?...

—¡Porque no te puedo zufrí!...

—¿Tan pronto maz aborresío?...

—¡Truhán!...

—¡Grasia mujè!

—¿Acazo me falta, rasón?

¡Ezo, tú lo verá!

María clavó sus ojos en Curro, y de nuevo las lágrimas acudieron a ellos.

—¿Otra vé?: ¿a qué viene ezo ahora? María; oye María; ¡díme por qué yoras!

—¡Curro: retírate de tu ofisio, porque zi nó me darás muchas amargura! Nunca hubo pa mí ningún plasé má grande, que el que me daba el solo anunsio de una corría: ¡hoy, aborresco los toro con tosta mi alma!... ¡No quiero penzá que algún día!... ¡Ay, Dió no lo quiera!...

—¿Pero que dise?...

—¡El bicho que a tí te matara, noz mataría a lo dó!...

—¡Boba má que boba!: no tenga tú cuidao, ni pienze en ezas coza. ¿Tú no vé que mientras me quiera mi María der Carmen; mientras que la imagen de mi María der Carmen ezté a mi lao, y a mi lao ha de eztá toa la vía, no hay toro capá de quitarme lo que zolo e de eya?... Deja tú que yo gane la gloria y riqueza que quiero pa mi madre y pa tí; pa mi María der Carmen y pa mi Rozarito «La Campanera», y ya tú verá entonse: ¡tú verá entonse cómo yo me retiro, pa viví juntito, pero muy juntito; en paz y en gloria de Dió!...

—Pero entretanto, ¡el peligro; el peligro ziempre zobre la vía de Curríto Ramírel

—Reza por mí como reza mi madre, y no pases pena... ¿Creez tú, que las oraciones de una madre zanta y de un ange como tú, Dió no la ezcucha?... ¡Anda yá, tontona!... Acorasao vá mi cuerpo por er cariño grande de ezas dó perzonitas que yo amo tanto, pa pagarles en buena monea los pezare que ahora tengan por mí. Y no hablemo má de ezto: ¡te entriztese y me entriztese de verte zufrí!...

Y sin más mentores que sus amorosas ansias, aquella feliz pareja hacía el resúmen de su futuro ciclo de dichas. No pensaron, ni quisieron pensar más en las horribles tormentas de la vida; en las borrascas íntimas, en nada que pudiera obscurecer el mundo de venturas que se prometían, pues sabido es que en los acusados caracteres de los que aman, nada cabe que no sea el rosicler anhelado que ellos mismos fabrican, para dar célica expansión a sus entusiasmos.

—¡Curro por Dió!: ¿qué hora é?...

El hijo de Rosarito sacó el reloj, y encendiendo una cerilla escudriñó la esfera para decir sonriente a su adorada.

—Perdona María; me he colao der tó; pronto la aurora hará alborear los campos...

—¿Te burlas?...

—¿Pa qué?...

—Vete niño: ¡zi mi padre ze entera!...

¿Qué ocurre zi tu padre ze entera?...: ¡pue no paza ná!: el zeñó Pedro Antonio me quiere un poquitín meno que a zu niña, y ze cayaría con gusto.

—¡Que tranquilo eres!...

—¡Como que ze yeva mucho adelante con zé azí!...

—Bueno: ¡pué hombres en zu caza eztán ha-siendo falta!

—¿Me dezpide?...

—¡Zí!...

—Quiero obedeserte: pero luego no digaz que zientes de ezte modo y del otro y del má ayá!...

—¡Habrá tunantel!...

—¡No me regañes má, niña mía!...: ¡ya me voy!: adió vidita: que dezcanze, y hazta mañana...

—¿Que dezcanze dise?

—A estas hora, ¿qué mejó coza te pueo dezeá?

—¡El dezcanzo de María, huye contigo!...

—¡Bendita zea tu boca!... ¡Y mi arma ze quea aquí, pa que er zueño venga a tuz ojo!... ¡Deja que er cuerpo se vaya!.. ¡que importa er cuerpo!..

María exhaló un suspiro que asemejaba una queja.

—Adió;... adió Carmita, y que el sielo te pague to er bien que me haz hecho esta noche.

—Adió mi Curro: que la Virgen te premie lo que hases conmigo.

—¡Mi vía!...

—¡Mi niño!...

—¡Gitana!...

—¡Bribón!...

Después de pronunciar con todas las dulzuras de las mieles tempranas estos asteismos que

eran como la tácita expresión nacida del tierno impulso de sus corazones, Currito hizo un esfuerzo para separarse de aquella reja, y desatando a «Jácara» montó precipitadamente para después espolear al noble bruto y salir andando a buen paso.

—¡Hasta luego María!...—dijo al emprender la partida.

—¡No tardes Curro!...—contestó ella.

Un camino recto frente a la reja; una cortadura del terreno después; el declive suave hacia el ancho ramblizo que recogía las aguas pluviales para inyectar los vivificantes riegos a las tierras petrificadas de puro compactas, y por último el ascenso a un altozano desde el cual se silueteaba con líneas fuertes la figura de Currito a merced de los claros de luna.

María, desde la reja contemplaba como efectos de fascinador ensueño, aquel ser amado que aparecíasele a semejanza de flotación misteriosa en brazos del deseo. Levantó el busto para mejor dominarla, y entonces llegó hasta su oído un grito tierno, vibrador, apasionado:

¡Carmitaaa!...—y repetía el eco—¡mitaaa!... ¡itaaa!...: hasta apagarse en las inmensidades soledosas de los campos.

¿Habría escuchado alguien aquella voz?...

¡Que loco!...

La hija de Pedro Antonio vió disiparse la amada silueta, como la esfumación de esas aparicio-

nes espectrales; y sintiendo anudamiento horrible en la garganta, cerró la reja yéndose en busca de su habitación con paso vacilante. Le ardían los pulsos, tenía fiebre, necesitaba reposo, y no sabemos cómo pudo llegar hasta aquél bendito santuario de virginal pureza.

Desnudóse rápidamente, se acostó después y se dispuso a descansar.

¿Lo consiguió?...

Nos atrevemos a decir que todo empeño realizado para rendirse al sueño, fué en vano.

Había llegado hasta donde están los templos del Sol, y allí, en éxtasis de amor, sentía como aleteos de un volar de espíritus.

CAPÍTULO VI

VIERNES SANTO

Desde que murió doña Sacramentos, la parienta de Pedro Antonio, «la mujé má zanta y de má letra que había *dende* la Macarena a Triana y *dende* Triana a la Macarena, su reverente deudo no había hecho otra cosa que pensar a quién podría encargarle el cuidado de su hija, toda vez que a él no le era dable permanecer en casa durante las horas del día.

Pensaba y repensaba y volvía a pensar sin que diera con la apetecida incógnita de aquel problema, cuando en instante inesperado, debido a un lamentable accidente, obtuvo la solución.

El accidente fué que, doña Francisquista, mujer del Sacristán de la Parroquia de San Ginés, se quedó sin marido por mor de una maldita vela

que prendiendo fuego a la sotana, le hizo correr al pobre como alma que lleva el diablo. Claro es que si el pánico que se apoderó del torpe *apagacirios*, no le obligara a proceder neciamente, casi seguro que el suceso no habría revestido la gravedad que adquiriera por falta de lógica. Pero fuera por una cosa u otra, es lo cierto que el Sacristán se achicharró, convirtiéndose en nuevo Lázaro. Dicen que con tan serio percamce, no hubo de perder gran cosa la doña Francisquita; porque, según malas lenguas, el infortunado Canuto consumía más azumbres de vino en un mes, que líquido en vinajeras, el Cura de la Parroquia.

Fuera o no evidente esta afición del Sacristán por la Divina Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, es lo cierto que se murió de los pies a la cabeza, dejando viuda a doña Francisquita, de la cabeza a los pies.

La buena de la ex Sacristana cónyuge, era muy excelente amiga de Pedro Antonio, como lo fué de su difunta esposa la virtuosa madre de María del Carmen.

El Mayoral la visitó para testimoniarle su sentimiento, y la pobre se escurría a llorar, no sabemos si en memoria del ido, o por lo que el ido significaba para el atascamiento de la olla más o menos opípara, que consumía el matrimonio en paz y en gloria de Dios.

—¿Y ahora qué vía, doña Fransisquita?

—¡Ni lo zé Pedro Antonio!

—¿No le quea a ozté familia?

—Ni gota hijo.

—¿Y el zeñó Canuto no ha dejao ná?

—Ni gota hijo.

—¡Poz lo que ez güen vino!...

—Ni gota hijo.

—¡Eza *fruta*, la compraba el probe difunto ar por mayó!...

—Zí: pero como el desgraziaíto la bebía también al por mayó, ahí tienes que de mayó a mayó, no va ná. El infeliz desía que er jugo de la vid, era para tonificarze y para que de pazo ze le quietara el ezpíritu.

—¡Claro!...

—No, no: ¡tinto!...

—¡Iba a desí que con tanto espíritu como er tenía!...

—Mira tú zi tenía, que zu cabeza era un peñascá.

—Cabesonsiyo... ¿eh?...

—¡Cal!...: má zerenó que los remanzo.

—Lo desía yo por lo del peñascá.

—¡Ah, no!...: lo del peñascá ze refiere al cúmulo de brujone que z'a yevao el infelí en la pelota.

—¿Brujone?...

—¡Zí!

—¿De qué?...

—De infinitas y graves descalabradura.

—¿Y no ezcarmentaba?...

—¿Cómo iba a ezcarmentá, zi era para toni-

ficarze?... Algunas noches venía moraiño como las berengenas, y me desía: Fransisquita, hoy vengo mareao de tantas miza; no ze puede zé Zacristán...—Zí; ya veo que hoy haz consumido de lo lindo.—!Y qué he consumido, vamos a vé?: despué de tó, ná: y zi lo haz dicho por argo, te engañas, porque no ha caído má que un cuarto de cántara; no yega a cuatro litro; ¡cuatro litro pa mí, zon un remojaiño de garganta!—¿Por qué no te acuezta Canuto?—le desía yo—Porque antes quiero espetarte un zermونسito que me he aprendío de memoria, y ez má magro que el perní.—Déjalo pa mañana.—No, no, Fransisquita: ya zabe que pa los zermone zoy una bendisión; ez lo único que me *zuyuga* y en lo único que uzo y abuzo de la capaciá que el Zeñó m'adao.—Y quieras o no, volcábase zu númen, y private de zaber la enzarta de dizparates que largaba en zolo unos momentos. ¡verdaderas blazfemia!... ¡Dió le haya perdonao!...: ¿cómo ha de zé?...

—De modo, doña Fransisquita, que ozté ajora no cuenta con ná: ¿no e ezo?...: volvióle a interrogar Pedro Antonio.

—Zí hijo: con las veinticuatro hora: ¿te parese poco?...

—¡Con eza renta, no zerán mucha las moyita que ze v'azté a zacá d'entre los diente!

—¡Ya tu vé!...

—Voy a jaserle una proposición, oña Fransisquita...

—Aceptada de antemano.

—¿Zi osté no zabe de lo que ze trata?... y

—Aceptáda de antemano he dicho ¡z'acabó!:

—A pesar de ezo, yo nesesito desí a'zté...

—Mira Pedro Antonio: inútil ez que t'empañe en haserme observaciones; estos momentos zon mu difísile pa mí: el porvení que m'ezpera es mu dezaztrao, y pa zervir a eztraño, no cabe duda que mejó eztaré ar lao vuestro.

—¡A la vera mía, será ozté una má e la familia!

—No me cabe la menó duda.

—Ze trata oña Fransisquita, de la cuztión de mi niña. Dezde que murió mi probesita tía doña Zacrá, la tengo puezta una mosa pa que no esté zola. Pero ya zabe ozté que ezo y ná, to ez ná: tal como está er servisio hoy, zon enemigo pagao.

—Ezo ez verdá Pedro Antonio.

—Poz güeno: me he dicho yo; si doña Fransisquita quiziera venirze a la caza, ya tenía María er Carmen una mujé de respeto que mirara por eya, y esto pá mí zería una tranquiliá; por que jarto zé er mucho bien que ozté jabía de zir-nificá pa nozotro... Con que azin e, que zi'ozté quiere, naide mejó;... ¡ya eztá!...

—¡Ay, válgame Dió!...: lo eztoy ezcuchando, y no lo creo... ¡Viví con vozotro; no zepararme de Mariquita!..... ¡Yo no podía zoñá ziquiera tanto bueno!...

—¡Pué andandito y cuanto ante mejó!: ozté zerá una má de la familia, zin que ze tenga que preocupá de donde zalen las miza. ¡A comé, a vezfí,

y dentro de nueztra pobresa, a dizfrutá ziempres que ze puea!...

¿Cómo pagarte yo todo el benefisio que representan pa mí tus propozizione?...

—Poz, viniéndose zin má ezpera.

—¿Para cuándo?...

—¡A mí me paese, que pa mañana e tarde!...

—¿Tan pronto?...

—Laz coza que jay que jasé, a jaserlas; zobre er difunto er yanto: ¿no disen ezo luego?...

—Zí; ezo disen Pedro Antonio: pero ahora pregunto yo:... ¿y miz mueblesitos, que hago con eyos?...

—Mú zenziyo; ze los trae a la caza, los vende o los quema: ¡de laz tré coza, la que azté le parezca mejó!...

—¡Para naíta encuentras dificurtál!...

—¡Dezgrasíao er que en esta vía, se ajoga en do deo d'agua!...

—Lo que haremos zi a tí te parese, ez avizá a un carrito, y ya pa pazao mañana *me iré a mi nuevo domisilio.*

—Del carro y de tó, yo me ocuparé.

—Pedro Antonio: ezo nó:

—Ezo zí; oña Fransisquita: ¡y no jay que jablá!...

—No te empeñe; que ezo,...

—En lo que me empeño e, en que pazao mañana ze quee la yave en poé der zefió Cura *Parróquio*, y ozté ar lao de Mariquita por *fécula zeculom.*

—¿Y ya está?...

—Ezo e:... ¡y ya está, mujé e Dió!

—¿No hay más que obedesé?...

—No quea otro recurso.

—Pues que el sielo te dé toíta la zuerte y zalú que tu buen corasón merese.

—Mucha grasia, oña Fransisquita; y que azté no la orvie.

.....

Cuarentiocho horas más tarde, la viuda del Sacristán regodeábase en casa de Pedro Antonio, y éste se mostraba contentísimo por haber aposentado a la que en vida fué compañera del desgraciado Canuto.

Doña Francisquita era muy buena: María del Carmen estaba con ella como el pez en el agua, y ambas parecían nacidas para quererse.

El Mayoral, sentíase cada vez más satisfecho por la tranquilidad de su niña; pues hartó le constaba a él que estando su hija al amparo de la ex Sacristana, «má güena que un peasito e pan», le era dable asegurar que aquella alma pura, habíase convertido por su celo y cariño, en una verdadera madre de María del Carmen.

.....

¿Por qué, ese algo que nos lleva inductivamente al estado estático, empujándonos hacia el éxtasis contemplativo que, como fenómeno de espejismo, trae a nuestra retina el drama horrible del Galileo?... Innegable poder de lo extrahumano; poder que presentimos y desconocemos; fuerza que nos vence, aún cuando la ridícula te-

nacidad del negador, trate de resistirla vanamente.

«Claveles Rojos», no pueden convertirse en «Pasionarias»: no es libro a propósito para la controversia, con el que defiende y afirma filosofismos de tal insensatez, que se hacen impropios de cerebros razonadores. Y es que la soberbia de algunos *doctos* es tanta, que no admiten arcano alguno para su orgullo. Risibles átomos de *fácil divisibilidad*, que se convierten ellos mismos en dominadores del *Cosmos*. ¡No pierden la esperanza de hacer al hombre! ¿Locos?, no: el cretino, jamás puede llegar a la locura.

¡Ya lo dijo Victor-Hugo en esa joya literaria que intituló «Los Miserables»!... Cree más en Dios, aquél que a cada instante lo está negando.

La *inconsciencia* de las fuerzas inmanentes, creadoras y eternas; teoría propia de los que torpemente se consideran superiores a su génesis, y llamándose sabios la defienden con tenacidad, es fiel espejo que retrata la figura de esos *creadores*. No hay más inconsciencia en la vida, que la de esos superhombres con cerebros *cumbres*. Dígnanos tan doctos maestros: si las fuerzas creadoras son *inconscientes*,... ¿cómo ese misero pingajo que se llama hombre y que nace de ellas, puede ser *consciente*?... ¿Las tinieblas creando la luz?... ¡Que disparate más digno de los habitantes de las Selvas!... Nosotros habíamos entendido siempre, que era la ausencia de la luz, la que daba paso a las tinieblas... ¡La Na-

turalaleza, *sin inteligencia*, creando a esos *sabios tan inteligentes!*... Ellos, dominándolo todo; definiendo el por qué de cada una de las cosas, mientras que la madre Naturaleza labora en el complicado mecanismo del infinito, pero siempre con *inconsciente* rodar. ¡Oh,... que grandes son los grandes! ¿De dónde habrán sacado la *consciencia*, esos gigantes que tratan de convertir en cabezudos, a los incomprensidos, a los inexcrutables, a los misteriosos arcanos que encierra en sí la Universalidad?... No se arredrarán por la respuesta, no: ellos os ofrecen cuatro guarismos, cuatro cálculos, unos cuantos problemas, otras tantas teorías, enumeran un cúmulo de fuerzas que presan a su albedrío, os ilustran con una diversidad de nombres raros, de raras citas, y relacionando a su modo, tan sabias demostraciones, llevan a cabo teoremas capciosos, resultando que os quedáis sin haber sacado en claro una palabra, ni ellos tampoco... ¡Y tan fresquitos!... Los sabios de la moderna hornada, son así. Pero no es eso lo peor: lo peor es que su incurable orgullo,—lo más saliente de la *sabiduría* de esos superhombres—cree haber llegado a convenceros del por qué de su *consciencia*, así como han creído convencer al Mundo, de lo vacía que resulta la causa primera, las leyes metafísicas, la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Creación, es para ellos cosa tan explicable y sencilla, que podría formar parte del programa de conocimientos adaptados a las escuelas elementales. Los infini-

tos siglos pasados, pesando el Caos sobre el deseo inquiridor de la Humanidad, son nada para esos geniales pensadores; ya que a la superior acción de sus *infalibles* descubrimientos, le ha sido bastante dedicar unos cuantos días, de los pocos con que cuenta la vida del hombre, para penetrar hasta lo más íntimo del misterio tenido por indescifrable; sobrándoles tiempo aun para carcajear a expensas de las *ton-tinas* gentes que se aferran a la idea de considerar que, Naturaleza, es un algo extraordinario, cuando ellos nos enseñan con una facilidad asombrosa, que no tiene más importancia que la de un juguete mecánico para distraer los naturales ocios infantiles.

Hemos dicho que por medio de ecuaciones algebraicas, cálculos infinitesimales, logaritmos, y problemas denotadores de *vastos conocimientos* en ese árido dominio de las Ciencias exactas, los novísimos sabios, los eminentes filósofos, los dominadores y definidores del *Todo*, os habrán *demostrado*, lo que ellos no han comprendido aun; o sea: que la *consciencia* es hija de una serie de fenómenos *naturales*, a pesar de que Naturaleza es *sencillamente inconsciente*.

Ahora bien; a los torpes, a los ignorantes, a los que aún tenemos por verdad innegable que *para otorgar una cosa hay necesidad de poseerla*, nos sorprende, cómo esos sabios, acumuladores de fuerzas *ciegas*, han podido adqui-

rir el convencimiento de que *una cosa pueda ser y no ser al mismo tiempo*.

No insistiremos: de esta cuestión podríamos hacer tema inacabable, pero no es tal el objeto de este modesto libro.

Sigamos pues el curso de nuestra imaginaria historia, sin temor de que nosotros, hijos de la *Consciencia Infinita*, nos veamos objeto de crítica por parte de esos otros hijos de la *inconsciencia ¡¡Creadora!!...*

La pobreza de nuestros medios inteligentes, no puede, ni con mucho, llegar a la comprensión ni conocimiento de la que, *carente* de tales medios, nos concedió el bien de pensar y discernir.

.....
¿Quién no ha sentido los sugestivos instantes, el dulce sensibilismo, la honda tristeza de esa Semana, la más grande del año, la Semana de Pasión?...

Si no hubiera inacabables medios de probar la *Consciencia Infinita*; si no tuviéramos sobrados testimonios de la existencia real del Crucificado, sería bastante vernos bajo la influencia de ese místico sentir a que nos lleva el recuerdo amargo del Hijo de Galilea, del Redentor del Hombre, del Sacrosanto Mártir del Gólgota.

¡Semana Grande!... ¡Que días más diferentes a los demás días!...

Un silencio instintivo, cae sobre la Tierra: callan las poblaciones que asemejan en su general recogimiento ciudades de la Parca, donde los

finados se levantan y transitan silentes, ansiosos de aspirar los aromas de las idílicas flores de Judea, de los sagrados planteles de Jethsemaní, y de las dolientes brisas jerosimilitanas.

El respeto a lo extrahumano, surge con todo su poder dominador. Se camina con gesticulación de compunción en todos los rostros; la sonrisa surge retardataria como mueca forzada de insentido solaz; se apena el ánimo, decrece el latido constante de la actividad productora, y hasta el sol parece más pálido, aunque luzca bajo un cielo impoluto que en nada imposibilite la acción luminosa de sus dorados rayos.

Una espontánea tortura, convierte a los mortales en moléculas de un cuerpo gigante que, aminorando sus vibraciones por sensación congénita, va rindiendo al coloso que arrástrase vencido para reconocer sus minúsculas proporciones, a pesar de su *grandeza* humana. Bufo paladín de la diosa soberbia; que presa de un terror superficial a veces, a veces envuelto en el irrompible reticario de la verdad, le obligan a elevar su mirada hacia el Hijo del Hombre, para la abjuración de sus errores; a rendir la rodilla, declinando la altivez, y a darse, no a la estúpida oración de un meditado fanatismo que hace hipocrático al ser que la masculla, si no a la sana oración que ofrenda la conciencia, en aras del perfeccionamiento espiritual y en holocausto de Dios.

Digamos ahora: ¿hay autoridad en la Tierra, capaz de imponer las sucesivas sensaciones que

hemos ido enumerando?... ¿hay pregón que las haga públicas, con el fin de cumplir una ley que las inmunicé?... No. Luego siendo las sensaciones el medio de que el alma llegue a la percepción de la impresionabilidad que recibe en cuanto respecta a los objetos externos con auxilio de los sentidos,... ¿cuál fuerza *inconsciente* es la que impele al hombre para que éste se rinda ante la delicada gama de la aurora que expande la luz por todos los ámbitos de la verdad única?...

Es más: el sujeto tiembla ante la pavorosa idea del trance supremo; y sin embargo, en ese septenario de místico recogimiento, es un *placer doloroso*, podríamos decir sin pararnos en el disparate gramatical, el pensar en otra vida que puede llevarnos, y nos lleva de consuno según nuestras creencias, al acercamiento de quien expiró sobre infamante madero, por redimir a la Humanidad olvidadiza e ingrata.

Llegados a este inexplicable y consolador estado de dulce abandono, en el que parece como si las elucubraciones del espíritu nos elevaran del cuerpo tierra para obligarnos a los vislumbres de un destino ignorado; al conocimiento de la consustancialidad del Ser Supremo; al evidencialismo decidor de que este mundo es algo muy elemental y transitorio, seguro que esa sensibilidad misteriosa e inexplicable que en esos días de la Semana Grande, hace menos horrible el mordido del egóismo sobre la materia, la veríamos perdurar, sobreponiéndose al légamo de las

bajas pasiones que son las que convierten a los seres, en cárnea masa de irracionalismo vergonzoso.

El Miércoles Santo, el mozo de estoques de Currito Ramírez se presentó en la casa de María del Carmen, cargado con más cajas que un vendedor de cerillas.

—¡A la pá e Dió!—dijo al entrar.

—¡Ola, «Canela»!...—contestó María sin poder reprimir un gesto de sorpresa y de satisfacción a la vez...

—¡Er mizmo que vizte y carza, grasia al deshecho y güena voluntá e Currito Ramíre!

—¿Tú por aquí, buena alhaja?...

¡Jay quien fuera alhaja oña Fransisquita!...: ¡no lo quieo penzá!...

—¿Qué te trae por esta casa?...

—¡Ná: una mizeria!... ¡oztés puen vé!: cargaíto con má caja que jay en er simenterio!... ¡y no jan zío fatiga las q'ezte niño ja pazao jasta verla aquí!... ¡la mare e Dió!...

—¿Y para quién zon tanta caja?...

—¡Pa Mariquita!...

—¿Todas?

—¡Toa, zin fartá una!... ¡Ah!...: ¡ze me orvia-ba!...: ¡mardita memoria la mía home!...

—¿Qué?...—preguntó la hija del Mayoral.

—Una carta quer Maeztro má entregao p'azté.

—¡Venga!...

—¡Ayá vá!...

María arrebató ansiosa la misiva, apenas hubo aparecido en las manos del «Canela». Luego, rompiendo el sobre, extrajo el pliego que decía así:

«Mi María del Carmen: Aprovechando las fiezta de la Zemana Zanta, ya te digo que los marquezze der Campo me invitaron a zu finca de «Artovado».

No me zaben bien loz halago que uno ortiene de loz arto perzonaje, porque tó ezo e hijo de la zituación má o meno buena del que los resibe, y no nasíos del aferto. Pero como quiera que uno no ze pué dá por enterao de ezta coza, ziga el juego; nunca ze pierde.

Zé muy bien que zi Currito Ramíre no hubiera pazao de zé er niño de «La Campanera», cualquier zirviente de eztoz zeñorone, z'habría puezto a mayó artura que el dezgrasiaíto hijo de la modiztiya; mientras que hoy, que por miz afisione he lograo figurá lo má o lo meno, no los criaio, zino también los zeñorone, le van tirando a Curro der fardón, zolo porque Curro lucha con la muerte, y el coztante peligro le ha dao dinero y fama.

Y basta yá de ezta mizeria.

Con los Marqueze, eztaaré hasta el Lunes de Pazió; y er Jueve por la tarde, me volveré loco ar verme a la vera de mi Mariquiya, mirándome en zu zojo negro como las penitas que pazo cuando los toro me tienen lejo de eya.

Mi moso de eztoque vá a eza, y te yeva lo que

te prometí pa que lo eztrenes conmigo el Vierne Zanto.

Er traje de zea, hecho por el mejó modizto de París de Fransia: debe estarte pintaíto; porque al mandarle las medía que te pedí, le recomendé mucho, que puziera to er cuidao posible pa no tenerlo que retocá.

También te mando la toca, la peina y las mediesita más mona, que ze han de lusí ezte año en Zeviya.

Creo que te han de guztá las dó pulzera, el *pendentí*, los sarsiyo, el coyá y las zortija que te he compraó, y que é er dinero que empleé má a guzto en toa mi vía... ¿me entiende?...

Er «Canela» pazará por caza Chicoganga a recogé un pá de sapato que hiso pá una ezposición, y he querío yo que zean pa encerrá los piñone de mi chiquiya.

Hazta er Jueve arma mía. Que zea de tu guzto toíto cuanto te mando, ez lo que selebraré; y resibe er corasón del hombre que nunca te orvía y no zabe má que zé tuyo.

Currito.

—¡Que traje mas presioso!... ¡que coza más linda!...—exclamaba la joven loca de contento...

—Sincomí pezeta: las pagué yo en er *Creito Lionaize*—dijo el «Canela».

—¡Doña Fransisquita mire uzté las media!... ¡que zeda más rica!...

—¡Ziere uro cabale!...

- ¿Y la mantiya?...: ¿ze vé coza más delicaita?
—De... ¿de ande, de ande «Canela»?...: no m'acuerdo: pero vamo de,... ¡de doz mí pezeta!
—¡Que primó la peina!...
—Cuatrosienta cincuenta *locas*: eze adorniyo que yeva en la concha, e de oro fino.
—¡Doña Fransisquita!.. ¡doña Fransisquita!... ¡que coyar!...
—Perla fina: ¡sincomí duro!...
—¡Que hermozaz pulzera!...
—¡Ochosiento!...
—¡Ay, que zolitarios más lindo!...
—¡Pa las oreja!...
—¡Claro!...
—¡Y sietemí pezeta p'ar borziyo der joyero!...
—¡Que rico *pendentif!*...
—Laz mizma *miza*, que costaron los sarsiyo...
—¡Ay, tre, tre zortija!... ¡no cabe má guzto!
—Catorsemí reale...
—Y este paquetito,... ¿qué ez?...
—¡Sapato pa los piel!
—Querías que fueran sapato pa las narise?...
—¡Narise!... é un desí.
—¡A vé,... a vé!...: ¡que presiosidá!... ¡que hechura más bonita!...
—¡Noventa *luas*: no hay coza mejó!
—¡Pero ezte niño, ha gatzado una fortuna!—
objetó doña Fransisquita.
—Poz, verazté zeñora: ¡uum..... uuum..... uuum!..... ezarto: farta mu poquito pa los onsemí duro cabale.....

- ¡Que enormidad!...
- ¡Que dizparate!...
- ¿Pero, qué creen oztes que zon onsemí duro pa Currito?... Poz zon dó rales mar contao. En seriyo, gazta é má to los día. ¡Por ezte puñao de cruse que é verdál!...

En toa las prosesion, de toa las Zemana Zantatas, de toa las Nasion, de toa las Tierra, no ze konzume má sera que la que arde... ¿no e azín?... Bueno; pué los seriyo de Currito, no arden: ze konzumen y z'apagan. ¿Pero qué ezo par gachó que tié serca de milentamí miyone?... Pa llevá tó er dinero de eze niño, ze nezezitaría por lo meno ayá por... unas doz ezpuerta...

- ¡Que tonto ere «Canela»!...
- ¡Mucha gracia doña Fransisquita!...
- ¡Pué claro, hombre!... ¿Tú zabe el dizparate que haz dicho?... ¡Eche uzté miyare y miyare de ezpuerta!...

— ¡Arto!: ¡no tanto miyare zeñora!... Eze dinero que yo digo, ze mete en dó ezpuerta, zi las jasemos pa que en cá una de eya *caba* la mitá de los *monise*.

Doña Francisquita y María del Carmen rompieron a reir estrepitosamente.

— ¡Güeno!... ¡güeno!...: no jay que ref zín ante derzaminá. Naide en er Mundo me dirá... ¡miau!... por naísta de lo que yo jable. Lo dicho, dicho quea; y ajora carculemo con l'arimética, zi e verdá u no é verdá. Yo pa ezo de número, zoy una bendisión: eztoy a má artura que un *auroprano*.

—¡Mira, vete ya «Canela»; por que zi ez tás maz tiempo, me vas a poné malita de tanto reír!

—Zalú que no canze, e lo que yo dezero p'azté oña Fransisquita: no quieo *remordisione* de consensia:... ¡A la pá e Dió!...

—¡Toma, hombre, toma!...

—¿Qué me d'azté Mariquiya rezalá?...

—Pa que bebas una zolera y fume un purito...

—¡Sinco duro!... ¿pero zon güeno por cazualiá?

—¡Que bodoque ere «Canela»!...

—¡Mi mare!...; ¡sinco duro!...: ¡lo que me pagaban por una corría cuando yo era mataó!...: ¡y no corría yo ná!...: ¡que de zusto, y de achuchone!...: ¡la má y zu arena!...: le daría yo a los pie con ganas, que una tarde ze me perdieron de vizta, y luego me ví negro pa encontrarlo?... y ezo que jay que vé lo que entendemo de pie lo sapatero!...: ¡que duro fué aqueyo!... ¿ozté vé lo duro q'ez un duro, que ni pa Jozú z'abrandá?... poz güeno: mucho má duro entavía...

—¡Que te vayas he dicho recondenao!...— volvió a decir la ex Sacristana.

—¡Oña Fran... ¡ic!... sisquita... ¡ic!... no jay que... ¡ic!... apretá!...

—¿Pero que te paza?...

—M'antrao jipo: vo a probá zi ze quita con zolera der 48.

—¡Anda vé, hombre, vé!—le dijo María sin dejar de reír.

—No tome ozté ezto a groma, que ze pué uno ajogá... ¡ic!... ¡ic!...

—Pue yo no quiero que tú te ahogue y por ezo te digo que en cuanto bebas un poquito, ensegüía desaparese...

—¡Chipén que zí!...: ¡jezo e la fija!...: Dió dé azté más día de zalú... ¡ic!... que puen contarze con la tabra e murtipricá...

—¿Pero tú zabe lo que é ezo?...

—¡Mi mare que zi lo ze!...: mizte: ¿qué ez murtipricaaa?...: ¡asé un número tanta vese mayó como unidae tié otro...: ¡no ze m'orvía ni pa la Vingen!

—¡Muy bien!...

—Zi yo toas ezta cosa.... ¡ic!... me las zé por la punta e los deo!... ¡De chiquito jera yó... ¡ic!... la armirasi3n: verazté: ocho por ocho, noventiuna y una que yevo, noventidó; de noventidó ze quitan dó, y quean cuatro: cuatro por ocho... ¡ic!... quitando cuatro y poniendo zei... ¡Ay «Canela»!...: ¡mal ange!...; ¿ande t'az metío?...: mizte, oña Fransisquita, con er jipo me je liao, y no zale manque le pongan inrigasi3n: ¡claro; como jaze ya tantos año!... Vo a vé zi en er cormao de aquí enfrente, güervo a recobrá la memoria; ez desí, a repagá; poique de recobrá, ya ze cuidan eyo con ma figesa que un reló e zó... Queen zoztés con Dió y mucha grasía Mariquiya: jasta otra vé:... ¡ic!... ¡ic!...

—¡Adió «Canela fina»! — le contestó doña Francisquita con acento irónico.

—¡Ya ozté se puede figurá: trujida de *Silán* a Zeviya, pa con arró con leche!...

—¡Adió prenda! — le dijo María.

—¡Pero que prenda!...: ¡ziempre empeñá, y no jay quien tire de eya ni a la de trél...

—¡No zerá porque no vale!...

—¡Poz ni con *vale!* .. Dezeandito eztoy yo que me vendan en púbrica zubazta, pa zi no jay poztó regalá la papeleta. ¡Y penzá, que las primera lersione de güen torero, ze las dí yo a Currito!... ¡Ay, Dió!...

—¿Tú, lersione de buen torero a Currito Ramíre?...—dijo María un tanto amoscada.

—¿Quién jabla aquí de Currito Ramíre?...

—¿Pue de qué Currito entonse?

—¡De Currito er «Penca»!...

—¡Ah!...

Salió el mozo de estoques para quitar la *reze-cación ar gañote* según él mismo digera, mientras que doña Francisquita y María del Carmen, quedáronse celebrando las ocurrencias del «Canela».

Tesoro de belleza extremada aparecía aquella noche María del Carmen. Sus esbeltas y ondulantes formas, su figura graciosamente frágil, sus pechos firmes, su blancura espléndida, su congénita gracia, su gesto pudoroso, su linda boca y las excelsitudes de sus ojos incopiables, hacían que las gentes admiraran su prodigioso conjunto, como mística luz de apoteosis.

Las sedas negras con que envolvía la nivea transparencia de su busto adornado por rico *pendentif* de brillantes y esmeraldas; la artística y

valiosa peina cuyos primorosos calados asemejan encajes de espuma; la faldamenta medio oculta por costosísimas blondas de *Chantilly*; los perfumes que derrama su cuerpo conturbador, la hacen aparecer como princesa de balada, desenvolviéndose en penumbra crepuscular.

Por la tarde, con doña Francisquita y su Cuero, había estado rezando las estaciones; y aquella noche, disponíase a presenciar la solemnísima procesión del Cristo del Gran Poder, que ha logrado hacer patente el entusiasmo, no ya solo de Andalucía, sino de España entera.

Un gentío inmenso iba tomando posiciones en las calles del tránsito. Ni una voz, ni una risa, ni un infantil regocijo, ni una frase que desdiguera de la solemnidad del reverente acto tradicional. Solo María lograba romper el público recogimiento. Entre tantas damas de empaque ceremonioso, de ilustre prosapia, de ambiente aristocrático, que exhibíanse en los atestados balcones de sus Palacios solariegos; entre tantas evas de la clase acomodada, que con aire principesco, discurrían por toda la carrera, luciendo de paso sus mejores galas; entre tantas jóvenes del modesto proletariado, que se expansionaban por todo el itinerario que había de seguir el procesional cortejo; entre tantas caras bellas, decimos, no había ninguna, que pudiera competir en hermosura con la idílica María; con aquella mujer como escapada de harenes misteriosos, o de sagradas selvas.

Currito hacíase objeto de justificados celos, por ser el dueño absoluto de aquel portentoso que habría rendido a Soberanos con solo una mirada.

Rompiendo el silencio reverente, se escucha a lo lejos el apagado redoblar de los atabales.

Pasado algún tiempo de impaciente espera, se inicia por fin ese flujo y reflujo con que las grandes masas suelen anunciar la proximidad de lo que se hace objeto de su instigador deseo. La cabeza de procesión, aparecía al final de la calle de Las Sierpes. La argentada Cruz, primero: el guión después, con gruesas borlas que penden de los sedíferos cordones entrecruzados en el varaje de plata, se yerguen entre las enguantadas manos de los Portas; las Mangas parroquiales, lucen el oro del tisú, o las ricas labores de sus preciados rasos; los alzados signos redentores, despiden vivos reflejos al ser heridos por las luces vacilantes de las velas, y al fin comienza a escucharse el siseo de las pisadas de los penitentes, que austeros pasan, oculto el rostro por el rígido capuchón, envueltos en sus amplias túnicas de luenga cola, y en la mano el pesado cirio de largo moco y luminaria escintiladora.

El humo de los incensarios, dando su perfume místico al recuerdo de la más bárbara tragedia, se eleva en nubes ténues que asemejan puros vellones de recentalillo; oleaje de un mar translúcido, conmovedor y misterioso. La compacta carnación que, por ley natural de afinidades, enmudece contrita, se agrupa, se mantiene espec-

tante con espontánea reverencia y reverente silencio, para inclinar la cabeza y doblar la rodilla al paso del que la contempla, la bendice y la perdona, porque en aquellos momentos de Fe sincera, de sentimiento hondo, ha visto llorar hasta los que jamás lloran.

La sublime talla del Crucificado, aparece en su bella desnudez sobre la yerma soledad de unas andas, entre dorados reflejos de capas pluviales, y áurea apoteosis del místico sentir de los cristianos.

Cuando el Nazareno se presenta con toda la noble majestad del Mártir de la Crucifixión; cuando la muchedumbre escruta aquellos ojos de mortal tristeza, que parecen disponer de la visibilidad, y aquel rictus de dolor en su boca entreabierta como para dar paso a los estertores de la agonia; cuando Cristo muéstrase a la imponente masa, con la frente orlada de espinas, con la angustiosa mustiedad de su rostro paloroso y exangüe, todos los corazones latén al unísono por contagio espiritual, y la conmiseración que inspira el Divino Reo retrátase en las miradas ávidas que se posan en Él, mientras se abren las diamantinas fuentes del sentimiento para dar paso al llanto, como sagrado rocío de las almas.

Quien no haya visto Sevilla en esos días de la Semana Grande, no puede apreciar de qué forma se reverencian los preceptos del cristianismo, en la ciudad maga que ayuda al cerebro, hace surgir la idea y da paz al espíritu.

¡Plam!... ¡plam!... ¡rataplam!... ¡rataplam!...
¡Plam!... ¡plam!... ¡rataplam!... ¡rataplam!...

El acompasado y seco redoble del tambor, confundido con la triste saeta de acentos místicos; las bandas militares dando al aire la tétrica armonía de sus marchas fúnebres; el emocionante espectáculo, con su silente rodar de ensueño, conmueven hasta el extremo de matar la profana acción, para dar paso al sentimiento piadoso.

En el alma de María aleteaban dos grandes sensaciones: la que le inspiraba Dios, más avivada ante aquel acto solemne, inductor del influjo que en ella ejerciera la visión del Cordero betlemítico, y la del recuerdo de su madre, que veíala surgir con la impalpabilidad de la sombra, por entre aquellas dos líneas paralelas de vacilantes luminarias, que asemejan inquietos brillos de espíritus penitenciaros. Tales sensaciones, despertaron el espíritu de su fantasía juvenil y vehemente, dando su corazón para conservarlas en él, como las Divinas Formas en un Sagrario. Habituada a una existencia de apartamiento, por la que se deslizaban sus años mozos, había en ella propensiones a gozar los puros efluvios de ese mundo de los extáticos. Ante la grandeza del momento conmovedor, el espíritu de María del Carmen vibró de santo entusiasmo, y sin poder sustraerse a sus impulsos, cantó con voz prodigiosa esa emocionante endecha que sólo en Sevilla puede disfrutarse con todo el raudal de sus armónicos tesoros:

Detrás del Divino Reo
va la Virgen caminando.
y llora por aquel Hijo,
y llora por aquel Hijo
que está en la Cruz expirando.

¡Plam!... ¡plam!... ¡rataplam!... ¡rataplam!...

¡Plam!... ¡plam!... ¡rataplam!... ¡rataplam!...

Todas la miradas posáronse inquiridoras en la hija de Pedro Antonio, cuyas altisonantes notas dejaron al público estupefacto.

¿Quién era la idealísima mujer que con angelical acento dejó escuchar aquella saeta tan llena de dolor y de armonía?

Así se interrogaban las gentes.

Pasó el Cristo del Gran Poder, como todo pasa a través de la vida. En las calles quedaba el oleaje de las mareas humanas; el movimiento de dispersión, fragancias embriagadoras, perfumes místicos, bellezas mitológicas, arrobos de gracia, ojos de gitanas negruras, ojos de pupilas flabas, todas las congénitas virtudes, y todas las excelencias sevillanas.

Las horas tibias de la Primavera, parece como si fueran creadas para sentir y querer; para obligar a que se inflamen los corazones de amor divino y de amor humano; para que la fauna social discurra y prevea que la vida no es jubilosa chacota, no es sueño voluptuoso, ni vitanda farsa, ni atrabiliario agotamiento, ni eterno egoísmo, ni miserable corruptela, no: que la vida, es mísera veste arrojada sobre nuestra ánima, para venir a

este mismo valle, musgosa sombra de la realidad, apenas perceptible para los que no gozan de una existencia tranquila por el afán de romper con la pureza de costumbres, y adaptarse a las creencias con afecto *desdeñoso*.

Por eso en los instantes en que todo lo vanal se olvida, cesan las manifestaciones de pasión y desenfreno; mueren de momento las ansias de acre sadismo; repugnan las soeces palabras, porque en ese racional interregno, gravita sobre el hombre la acción del sentimiento que antes tuviera en perpetua crisis.

María hizose objeto de toda la atención de las gentes que desfilaban por el lado suyo, y los ojos de Currito llegaron a mirar con cierta hostilidad ante tanta cortesía como le era dispensada a la mujer de todos sus amores. Creyó mengua consentir que yendo él de acompañante, se atrevieran a fijarse en ella, aun siendo con toda la discreción y respetos con que lo hacían sus admiradores.

Mal lo habría pasado alguno si no se hubiera apercebido a tiempo del mal efecto que causara en Curro la observadora manfa, y corregídose con toda la premura necesaria, para evitar las peligrosas decisiones del galán.

Apenas salidos del océano de carne en que se convertía el centro de la población, y sin ya tener que usar de ese celo observador de enamorado, Currito respiró a pulmón lleno como aquél

que ha visto en peligro la cosa anhelada, y por fin la contempla libre de todo riesgo bajo el fuego ardiente de sus pupilas.

Marchaban por excusadas calles para acortar la distancia que les separaba de aquella casita que heredó María, al morir la pobre doña Sacra, cuando de pronto la joven se volvió hacia su amado, y con gesto expresivo y tierno acento hubo de interrogarle:

—¿Curro mío, le haz pedido a nuestro Cristo que te proteja en las arriesgadas faenas de tu profesión?... ¿Le haz pedido a zu Zanta Madre que te aparte del peligro pa que los dó zeamo dichozo?...

—El, loco de dicha contestó:—zí mi Mariquiya; les he pedío que me libren de toíto daño, por mi madre y por tí... ¿Qué haríais vozotra zi me perdierai pa ziempre?...

—¡Caya!... ¡caya por Dió!: me dá ezpanto ez-cucharte... ¡Zi tú muriera!...: pero nó; ezo no puede ocurrí azí, mientras María del Carmen ezté en er Mundo: yo quiero viví;... ¿me comprendes Curro?... quiero viví pa'tí, y ziendo tú zolo el que me daz la vida, ¿cómo conzeguiría eze dezeo mío zi tú peresieras?...

—Mi Maruja: ¡mira que erez tú la que me eztá matando!...: pero no vaya a creerte que por ezo te voy a pedí que dejes de hablarme de eza manera. ¡Ez tanto lo que te quiero, que una palabrita tuya, no la cambiaría yo por todos loz tezero de la Tierra!...

—¿No te resultaría muy cara?...

—¡Que me había de rezurtá, zi lo que me iba a creé, ez que me la habían dao de barde!...

—Con toaz ezas palabritas yegas a embaucarme;... ¡bribón!...

—¿Embaucarte yo, mi arma?... ¡Tú zi que me pone a mí chiflaíto por meno e ná!...

Continuando el amoroso flirteo, llegaron a la penumbrosa callejuela en que estaba enclavada la casa de María, y entonces doña Francisquita cortó aquel coloquio, lanzando un suspiro que parecía viento de Marzo.

—¿Qué quieren desí ezo zupirito?...—interrogó la joven, volviendo la cabeza hacia la anciana.

—¡Nada hija!... ezto no ez nada, aunque te paresca el respirá de un elefante; ezto é, la alegría de verme frente a la caza:... ¡Ay, grasia a Dió!... ¡vengo rebentaíta!...

—¡Pue a dezcanzá enzeguíta!...—añadió Currito.

—¡Ganaz tengo!...

—Mira niña:—dijo el mozo, dirigiéndose de nuevo a su prometida.

—¿Qué ocurre?...

—No te olvie, sielo, que mañana ze repica a gloria: ¡a gloria!... ¿zabe?...

—¿Y, qué?...

—¿Cómo que y qué?... Pué que repican a gloria, cuyaz campanas las estoy zintiendo clavaíta; muy clavaíta en mi corasón desde que te conosí,

y que mañana quiero que compres aleluyas, muchas aleluyas; que yo vendré a recogerla debajito de tu barcón, pa bezarlas luego zolo porque tuz mano las tentaron... ¿zabe?...

—Bueno niño; ze hará como tú quiere;... pero ezcucha: mañana haz de está aquí muy tempranito, pa que recoja el mejó clavé que criaron mis tiezto, y que dentro de zu cali yeva gravás ezta palabritas: «Zoy pa mi Curro»...: ¿vendrás?...

—¡Bendita zea tu boca, y bendita la mare que te echó ar mundo pa hasé felí a ezte loquito!... Zi la vía me costara eza fló, la vía daba. Zon tuz claveles tan puro como tu arma, y tu arma a bezao a la mía pa ezclavisarla.

—Júrame que me quieres como dise: que no me engañas...

—¿Pero acazo te he dicho argo, comparaíto con lo que ziento?... ¿Tendría yo palabras pa haserte comprendé la grandesa de mi cariño?... ¡Zi lo que ezcuchas no ez má que una parte chiquita de miz pazione!...: ¡zi mi amó mardise a mi torpesa porque no zabe eziprezá toíto lo que te quiero! Te juro en nombre de Dió; en nombre de eze zagrao Nazareno que ha cruzaito frente a nozofro; en nombre de la Virgensita de la Esperansa, que te dezeo con toa la locura que tú merese: te lo juro por mi madre, por tu cariño, por er gosá que me prometo ar lao de mi Marujiya... ¿Quiere má?...

—No, Curro mío: te creo... ¡bazta!... ¡bazta ya!...

—¡Pero niñoz:—dijo doña Francisquita, cortando las mieles de aquel panal tan apetitoso— que no teneiz uztedez hartura!...: ¡que ya no puedo tirá del sexto má, porque ya eztá con colmo y las fruta comiengan a derramarzel!... Echen la yavesita al corasón para que tengai uztedes tiempo de hasé acopio de «mermeladas», y las zaboreeiz mañana de mañanita:... ¿vale?...—Y la viuda del señor Canuto, dejó escapar una sonrisa inocente.

—¿Qué zi vale?...:—contestó Curro—aquí vale un miyón cá palabra que pronunsie doña Francisquita; con que ya me tiene uzte desidió a tendé el ala y,... ¡ya eztá!...

—¡Cuidao Currito, que lo dicho no ha sido má que una broma mfa!...

—Hase ya un rato que yo me zé lo buenesita que uzte é con tó er mundo, y yo quiero mucho a uzte, porque uzte quiere mucho a María der Carmen...

—Ezo é verdá: quien ame a mi *muñequita*, que venga por mi vía y la vía le doy.

—¡Bendígala Dió, por el cariño grande que uzte le tiene a quien é la dicha mía!...

—¡Jezú!... Me vai a poné uztede entre los dó má blanda que vedija de lana, y con má orguyo que aquel don Rodrigo que ahorcaron:—objetó la joven con voz dulcísima—de seguí uztede con tanto dezatino, resultaré tan meloza, que voy a dá empacho.

—No eres tú de eza: pero puede presumí, por

que Dió te hiso de un cachito de Gloria:—replícole amorosa doña Fransisquita.

—¡Vai uztede a obligarme a que me lo creat...

—Muy bien que no lo hagas, pero podrías hacerlo...: ¿verdá Curro?...

—Y zobrarle tela, doña Fransisquita.

—¡Vaya un pa de fanático hablando de mi persona!...

—¡Justisia na má, chiquiya!—decía él.

—¡Ezo;... ezo!:... ¡mucho jztisial!—añadía la anciana.

—Bueno; me rindo yá: ¡zeguí luchando con dó enemigo poderozo, no é empreza fasi!...:—terminó diciendo la joven, mientras hacía estremecer a Curro, con su reir sonoro y cristalino.

—¡No he fasi; no!:—confirmábale el apasionado mozo.

—Ya hablaremos mañana, zi Dió quiere, y ven-seré a uztede por ser día de Gloria.

—¡En ezo quedamo puél...

—¿En que zerá mía la victoria?...

—Nó: en que lucharemos.

—¡Zea como tú quiera!...

—Hazta mañana doña Fransisquita.

—¡Adió niño!...

Y acercándose el torero a su adorada, le dijo a media voz.

—Hazta mañana Maruja: no tendrás que ven-serme, porque me tienes vensío: hasta mañana que las campanita con su alegre repicá, digan

a laz gentes, que haz triunfao de tu Curro...
¡Adió, zangre mía!...

—¡Adió, enemigo inolvidable!...: ¡cuanto pazo
yo por mi enemigo!...

Así se despidieron aquellos dos seres felices.
Así debería ser el sentimiento de todos los que
aman.

Así es el amor, cuando el amor es puro.

.....

CANTAS

LA DUS

Habia un...

Mediano...
Melito...
sivo...
na más...
nes, por...
lano...
el gran...
pudo...
ta, se...
lillar, y...
por...
venido...

THE HISTORY

The history of the world is a vast and complex subject, encompassing the lives and actions of countless individuals and nations. It is a story of triumph and tragedy, of hope and despair, of the human spirit's resilience and its capacity for both good and evil. The events of the past have shaped the world we live in today, and understanding our history is essential to understanding ourselves and our place in the world.

In the beginning, the world was a chaotic and unordered place. It was a time of darkness and ignorance, where the forces of nature were unpredictable and terrifying. But as the sun rose on a new day, the world began to take shape. The first sparks of life were kindled, and the first steps towards civilization were taken.

As the centuries passed, the world grew more complex and more diverse. Different cultures and civilizations emerged, each with its own unique beliefs, customs, and achievements. The world became a tapestry of different peoples and nations, each contributing to the rich and varied history of our planet.

The world has seen many great empires rise and fall, many wars fought, and many lives lost. But through it all, the human spirit has persevered. We have overcome our fears, we have sought knowledge, and we have built a world that is more just and more peaceful than ever before.

The world is full of wonder and mystery. There are still many things we do not know, and many questions that remain unanswered. But we have the power to explore, to discover, and to learn. We have the power to create a better world for ourselves and for future generations.

The world is our home, and it is our responsibility to care for it. We must protect our environment, we must respect the rights of all people, and we must work together to build a world that is more just and more peaceful. Only then can we truly call it our home.

The world is a beautiful and amazing place. It is a place of endless possibilities and endless potential. It is a place where we can find meaning and purpose, where we can make a difference, and where we can live our lives to the fullest.

The world is our future, and it is our responsibility to shape it. We must dream big, we must work hard, and we must never give up. We must believe in ourselves and in our ability to make a better world for ourselves and for future generations.

The world is a place of hope and possibility. It is a place where we can find the courage to face our fears, where we can find the strength to overcome our challenges, and where we can find the love and support we need to succeed.

The world is a place of joy and happiness. It is a place where we can find the things that make us truly happy, where we can find the people who make our lives so special, and where we can find the meaning and purpose that we need to live our lives to the fullest.



CAPÍTULO VII

LA DESPEDIDA

Había terminado la temporada taurina en la que, como siempre, Currito había conseguido triunfos ruidosos, y extraordinario aumento de fortuna.

Mediaba el mes de Octubre; y la empresa de Méjico que, había venido a España con el exclusivo fin de contratar al formidable diestro, insistía más y más en su empeño de ultimar condiciones, por lo que no regateaba sacrificio alguno para conseguirlo. Por fin llegóse a un acuerdo, y el gran lidiador firmó treinta corridas a docemil pesos oro, viajes pagados, y en caso de accidente, el cobro íntegro de los días en que no pudiera lidiar, ya que el incumplimiento sería originado por fuerza mayor. El contrato, no podía ser más ventajoso.

Satisfecho quedó el espada; y más satisfecha la empresa, toda vez que hubiera sido un fracaso para ella retornar a su país, sin conseguir el ajuste del torero deseado.

La partida precisaba hacerla sin pérdida de tiempo, con el fin de que Currito pudiera debutar en América el 15 de Noviembre, como se había concertado. No era posible detenerse; y hasta que el mozo se dió cuenta de ello, no empezaron sus pesares y amarguras. De un lado, su madre; de otro, María: ¿cómo poner entre aquellos seres tan luenga distancia? Y ya no quedaba otro remedio; no era hábil retroceder, y había que pechar con todos los sinsabores propios de tan dolorosa partida.

.....

La estación adelantábase, y era la noche fresca y húmeda. Negros nubarrones encresponaban el firmamento; un vientecillo Norte e impropio de la otoñada sevillana, hacía desagradable su beso insistente y desapiadado.

Acababa de dar el toque de ánimas, cuando Currito, caballero en «Jácara» su hermosa yegua de arrogante braceo y sangre fogosa, emprendía el camino de «La Rosaleda», envuelto en rica manta jerezana, cuyos colores debían ser claros, a juzgar por lo que se destacaba de la cabalgadura, negra como las obscuridades que expandíanse por los campos soledosos.

Se necesitaba de todo el amor que el mozo sentía por Carmela, para en noche tan desapaci-

ble, emprender la marcha sin cuidarse de que la tormenta prònta a estallar cerníase amenazadora sobre su cabeza.

¿Cómo habían de detenerle las tenebreces, las fulguraciones del rayo, el retableteo del trueno ni las inconveniencias del chaparrón, si allí, en «La Rosaleda», en aquel lindo jardincito, a guisa de carmen granadino, en aquella casita coquetona que alzábase en comedio de una plazoleta defendida por emparrado frondoso; allí, en aquel blanco nido de hadas misteriosas, esperaba ella iluminando con la cegadora luz de sus ojos la oscuridad imponente, haciendo olvidar los riesgos con que amenaza el centelleo, dulcificando con su voz, la horrisona voz de la tronada, y enjugando el rocío de los cielos con las febriles ansias de sus pasionales?...

Había que ir a «La Rosaleda», porque allí estaba María, fantasma de todos sus ensueños y adorable Sibila de sus esperanzas.

Apenas hubo emprendido la marcha, Currito abandonó las riendas dejando al instinto de su cabalgadura la dirección del camino, mientras él se entregaba en brazos del pesar y del arrepentimiento.

¿Por qué había firmado aquel contrato que irremisiblemente le obligaba a partir en busca de lejanas tierras?... ¿Acaso le eran precisas, ni la gloria, ni la fortuna que en Méjico pudiera conquistar?..... ¿No estaba sobrado, de una y de otra?... Pero inútil se hacía la persistencia de ta-

les reflexiones, porque ya no era tiempo de títubeos. Adquirido el deber, no quedaba otro remedio que el cumplimiento de la obligación.

Cuando mostrábase más abstraído en tan inútiles porfías, el cielo abrió los caños de sus fuentes pródigas, desgajándose en lluvia torrencial que pronto hubo de convertir en lagunas los sedientos campos.

—¡Aligera «Jácara», que el agua nos corta el pazo!—gritó Curro a la yegua, al mismo tiempo que hundíale en los hijares los gallos de sus escuelas.

Como si el animalito hubiera comprendido el instigador deseo del amo, salió al galope con toda la celeridad de una cabra montés, y ¡jala!... ¡jala!... ¡jala!... tres cuartos de hora fueron bastante para que «Jácara» descansara bajo el porchado de la casa de María.

—¡Ere un loco Curro!...:—dijo la joven al garrido mozo, apareciendo por entre tiestos de clavos, de rosas y de geráneos...

—¿Y por qué, mi vía?...

—A nadie má que a tí, ze le ocurre echarze al camino en una noche de perro como ézta...

—¿No vales tú, el zacrifisio?...

—No: porque vale má el riezgo que tú corre.

—¡Má que tú, no vale la tierra entera, chiquiya!...

—No hable de eze modo fuera de nueztro paí, porque te van a conosé enzeguía que ere zeviyano...

—¿Y a mí qué?... ¡a mucha honra!...: zizeñio-
ra; zeviyano: de eza tierra de María Zantísima
que tantos partidarios tiene; de la tierra donde
nasen las mujere más linda y zaleroza que vie-
ron los humano y los divino.

—¡Zeviyano!... ¡zeviyano!...:—segúa dicen-
do la joven.

—¿Qué me quiere demostrá con ezo?...

—¡Que como los nasío bajo este sielo tenemo
fama de ezagerao!...

—¡Y qué remedio quea?... Aquí, toíto e eza-
gerao: er sielo, er zó, er clima, laz hembra, laz
gloria, er arte, loz monumento, loz tezoro de
beyesa;... ¿qué de extrañío tiene que también
zean ezageráo zuz hijo?...

—¡Jué y parte, no pue zé nunca!...

—No importa: zoy un enamorao e mi tierra, y
de eya me ziento orguyozo...

—Ezto ze formalisa Curro—dijo María, dan-
do nuevo giro a la conversación.

—¿Qué é lo que ze formalisa?...

—La noche: ¿Tú no vé que manera de caé
agua?:... ¡yueve una barbariá!...

—¡Yo estoy como en mitá e la Groria!...

—¡Claro: el remojón te vá a zabe a almen-
dras!...

—¿Acazo el parraliso no aprovecha pa ná?...

—Zí: pa empaparte dó vese.

—Cáyate mi María: ezte aguasero lo estoy re-
sibiendo hazta con guzto. ¡Zabe Dió cuando vol-
veré a zentí la frezcura de la yuvia sobre mi

cara, pegaíto a ezta reja, y en esta reja ezperán-dome tú.

—No te comprendo niño.

—Quiziera Dió que no tuviera nesetidá de dar-te ezplicacione.

—¿Por qué?...

—Porque,... ¡fuera de má dudas!... los malo trago, hay que pazarlo pronto.

—Pero ezplícate yá, Curro mío; me tiene im-pasiente...

—¡Me voy mañana María!...

—¿Otra vé con los marqueze?...

—¡Ojalá fuera!

—¿Dónde pué?: ¡acaba por Dió!...

—¡A Méjico!

Si no hubiera sido por la impenetrable oscuri-dad de la noche, Currito habría podido ver aquel hechizero rostro, ponerze densamente pálido...

—¡No zeas tonto y déjate de ezas broma, Cu-rrito; que bastante tormento tengo yo con penzá en lo que te puede ocurrí!...

—¡Te hablo en zerio Carmita de mi arma: y arre-pentío estoy ya de habé firmao eze contrato!.....

—¿Pero lo que me dise e de vera?...

—De vera; por desgrasia mía....

—¿Y e firme tu compromizo?...

—Tan firme, que mañana me voy en er correo de Cai, pa zalí pazao, en el «Infanta Izabé».

Un temblor nervioso agitó el cuerpo de la hija de Pedro Antonio, y rompió a llorar.

—¡Mi Carmen; mi Carmita de mi vía!: no yore

tú:... ¿no vé que tus lagrimitas caen tan hondo en mí corasón que puen matarlo?... No paze tú pena niñita de miz ojo; que mu pronto vuela er tiempo, y en meno de ná, eztaré otra vé a la vera tuya: a la vera de la mujersita que yo quiero, con toa la verdá que zienten los que aman de vera.

—¡Currito mío!...: ¿por qué cometes conmi-go ezta crueldá?...: ¿por qué me lo dise hora, pa que zea mayó la zorpresa y má grande el doló?...

—¿Crueldá yama a mí falta de desisión pa con-tarte lo que ni yo mizmo me quería creé?... Ziem-pre tuve por difisi ezte azunto, y nunca penzé que podría yegá. Cuando zupe que eztaba en Ezpa-ña la empreza Mejicana, desidí no darte el diz-guzto, ni dárzelo tampoco a mi pobresita madre. He hecho cuanto he podío, pa yevá hazta la aburrisión a ezos zeñores: he tirao a matá; he pedío dizparates, y han pazao por tó... ¿Qué quieres que haga?... ¡Por algo zomo hombre!... Yo zé que debía habértelo participao dezde el primer iztante: pero, fui cobarde; no tenía való pa desirte adió; pa desirte que ni un minutito te irás de mi memoria; pa desirte que ruegues por mí: que le pidas a la Virgen pa que regreze güe-no, seamo felise con nueztro amó, y no noz ze-paremo má en la vía...

—¿Y por qué te ha venzío el oro hasiéndote firmá lo que no debizte firma nunca?... ¿Tú no zabe que no é el má felí, aqué que má dinero tie-

ne, zi no aqué que humildemente azepta lo que el deztino le depara?...

—Ya te he dicho que hise cuanto pue, pa que el azunto no yegara a realizarse; luego con ezo te demuestro, que no zoy de loz que por ambisión toíto lo atropeyan. Te repito que hise proposicione inasertable, y pazaron por toa zin er menó inconveniente. Ya no había má que conzenti en desirles «buenos día» a los mejicanos. Ahora bien: una vé desidío er viaje, claro que fuera tonto negá, que alegra ganarze dó miyonzito de pezeta en zolo zei meze.

—¿No tienez ya bastante fortuna?...

—Pero zi han venío laz coza roando de ezta manera, ¿las voy a desperdisiá?... Y luego, ¿orvías tú acazo que, lo que ante era un zolo empeño, ahora zon dó, iguarmente zagrao?...

—Adivino lo que quieres desí, y permíteme que te conteste: con el capitá que tú tiene, a tu madre naíta le ha de faltá: a mí, toíto me zobra, meno el cariño tuyo. Un pobre pedaso de pan, que é lo que la posición de mi padre ha podío darme ziempre, y una mujé felí, contando con que mi Curro jamá me olvie. No tengo pretensione; ni el lujo me seduse, ni el no tené me dá pena. ¡Ya vé zi zoy fasi de yegá a la felisidá por poco dinero!...

—Zé que ere azí: conozco toa la virtude tuyas; y por ezo que no te veo egoizta, te daré una fortuna, puezto que ezo ze hase cuestión de amor propio pa mí.

—¡No zea obsecaíto, niño mío!... ¿Zabe tú cómo má felí me hase?...: pué como má felí me hase, é no zeparándote un iztante de de tu María. Zi aún e tiempo, convense a ezo zefiore, y no te vaya:... ¡no te vaya Curríto de mi zangre, y me verá dichoza!...

—Carmensiya; mi^a Carmen;^a é imposible retro-sedé y no é otra mi pena: no ze trata de un buen negocio zolamente; zi no de lo que é má grave aún, y que toíta la perzona que ze eztime en argo, ha de tené presente: la palabra. Ez a un paí a quien ze ofrese; y de fartá, sería a eze mizmo paí a quien ofendiera: ezto no rezurta nunca honrao: ¡hay que í!

—¡Azí lo reconozco Curríto de mi vía!...: mi mayó orguyo, é tu dignidá: ¡hombre, ante que ná en er mundo!: ¡vetel!...

—¡Que penita me dá tu rezignasión!...

—¡Vetel!—volvió a repetir la joven—Ya tu vé; zoy yo quien te lo dise, zin zabé zi zere capá de zufrí la prueba.

Curro sintióse desfallecer; su pecho de bronce iba cediendo en aquel instante fatal de la separación. Era necesario enhestar el espíritu buscando el medio de que éste ahuyentara a flaqueza; y pensándolo así, el mozo realizaba extraordinarios esfuerzos para aparecer sereno.

Seguía lloviendo a torrentes, como si el cielo quisiera llorar también la desventura de los enamorados. El infinito parecía de fuego. Al ser hendididos los negros nubarrones, por las incesantes

flameradas del relámpago, manifestábanse como horribles vapores escapados del Tártaro, para escupir sobre la tierra esos endiablados seres que forja la fantasía, y que a veces se nos figuran producto de lo real. El diapasón ensordecedor de la tormenta, daba tono a mil instrumentos infernales; y solo un amor puro, plácido y agore-ro, podía sustraerse al influjo de aquel espantoso rugido de cataclismo.

Por eso María del Carmen y Currito Ramírez, podían seguir su coloquio como si estuvieran disfrutando de la más serena noche.

No hay nada más grande que saber querer. El amor, el verdadero amor, ese afecto que nos hace sentir lo que creemos digno de cariño; esa inclinación hacia todo lo que nos resulta bello; esa fuerza inevitable que atrae nuestro ánimo y subyuga nuestra voluntad, rara vez se interpreta en toda su pureza, ni se tiene en todo su grandioso valer.

Amor que desinteresadamente se inclina y aficiona a un objeto, cosa o fin que se considera bueno, es amor; pero aquel engañoso afecto con que se ama, no por el objeto en sí, si no por el bien o goce que recibe el mismo que siente la pasión, es amor también, sí; pero amor de concupiscencia. Lo verdaderamente esencial en los testimonios del amor puro, son los hechos y no las palabras con que se trata de suplir aquellos. Amor, esa divinidad del Paganismo, pintada como niño ciego, desnudo, terciado el carcaj y

empuñando la flecha, hiere tan hondamente, que se hace muy difícil, casi imposible, sanificar el daño hasta el extremo de que no sangre.

Amorosa congoja invadió el pecho de los amantes: ambos hacían esfuerzos inauditos para sorber los suspiros: juventud insaciada, llena de delicadísimas fragancias, forjándose ilusiones a expensas de esa magia misteriosa en la que tanto creen los que aman; espiritual halago que atrae dulcemente haciendo sentir los primeros alientos soñadores, y que al hombre invita para que unja con el fuego de sus besos el rostro de la bella, bebiendo de paso sus alientos y palabras.

—¡María; María de mi arma!:... ¿tú zabe cuánto zubro?...

—Calculo tu padecer por la grandesa de mi dolor:—respondíale la joven, prosiguiendo en aquel santo hiepar, pródigo rocío de amarguísimas lágrimas.

Aquella mujer entregada a sus angustiosos pesares; aquella mujer plena de virtudes como el más inmaculado de los ángeles, acrecentaba toda la ignata grandesa de una escena de amor, pura y hermosa. Sus divinos labios, rebosantes de tiernos suspiros, tremaban al hablar; y era desesperador, verla sufrir sin esperanza de inmediato consuelo.

—¿Creez tú, entrañita mía, en toa la verdá de mi cariño?...

—Zi no creyera, ¿eztaría en ezta reja, ni en el mundo tampoco?

—¿Tanto me amas corasonsito?...

—Tanto, tanto, como tú me quieres.

—¿Me olvidarás, Mariquiya?...

—¿A qué me preguntaz ezo?...

—¿Por qué no, rica?...

—Porque é daño muy hondo el que me cauza.

—¡No me hagas cazo sielo!:... ¡eztoy loco!:... ¡loquito!:... ¡no zé lo que me pazará lejo de tít!...

—La gloria, lo aplauzo, lo viaje y el trato de gente, te ofreserán diztrasión; pero yo aquí, en ezte deztierra donde paza la vida zin vibrasione, sin fiebre, sin ánsia... ¡dime tú zi los día no han de zé de horrible congoja!...

—La gloria, cuando no hay alegrfa, ze convierte en infierno; zi el corasón zufre, los aplauzo que ze cozechan, no ze dizfrutan; los viaje apenan, zi eyos van zeparándote del zer que quieres con tosta el arma; y el trato de gentes, molezta, ziempre que un recuerdo amargo vaya contigo, y las vea reí cuando tú quizieras yorá. Azí é Carmeliya, que lo que imaginas que pué aliviarme, ez otro motivo pa que miz pezare zean má dolorozo...

—Te creo; te creo, porque te quiero. La duda ez ofenza, y no ze pué ofendé a quien ze ama má que a la vía.

—¿Quién te ha hecho tan gitana?...

—¡Tu cariño; niño mío!

—Tu boca zea bendita, y beba yo la bendisió en eya.

—¡Curro!...

—¡María; mi María der Carmen: zi tú fueras capá de quererme con toa las verita que yo te quiero, con toa las zanta miele que mi corasón guarda pa tí, ten por zeguro que zería el hombre má felí de la tierra!...

—Niño, ¿por qué haz de martirisarme?: ¿por qué negá lo que no é pozible negá?: ¿no vé que me arrancas la vía?: ¿por qué me dise que no te quiero? La triztesa de mis ojo, lo paliíto de mi cara, el tembló de mi cuerpo cuando ezta a la vera tuya, ¿nada te disen?: ¿no te disen naíta las pena de tu María del Carmen?... ¿Podría yo viví zin mi Curro?... Dime que me crees; que mientes cuando dudaz de mi cariño. ¡Ay!; tú no zabes lo mucho que te ama ezte corasón que no podría latí zi no fueran pa tí toítos zus latido: ¡dímelo; dímelo de una vé por tu zalú, Curro míol!...: ¡te lo pide tu María; tu María que te quiere como las macarenas quieren al hombre de zus fatiga!...

—Zigue Mariquiya; zigue, aunque tus palabritas me maten de plasé:... ¡No deje de hablarme azí; azí ziempre!... ¡no te caye nunca; nunca. Mariquiya mía!...

¡Inosentel!...: ¿podría yo sufrí un minuto; zolo un minuto, la duda de tu cariño?:... ¡no zabes aún como yo te quiero!...

—María: tú me haz hecho cobarde:... ¡digo!... ¡cobarde Currito Ramírez!...: cobarde, zí. ¿Y zabes por qué Currito Ramírez ze ziente cobarde?...: pues porque ahora teme mucho morir; porque Currito Ramírez, ya no podría mirarze

en tuz ojo, ni gozá de tus zonriza, ni zentir án-
zia por tuz labio rojo. ¿Comprendes lo horri-
ble que zería ezo? ¿Tú zabe lo que é la iluzión
que me izpiras?...: ¿tú zabe lo que é anhelá lo-
camente el caló de tus braso, tus hechiso, tus
carisia, tus mimo y tus bezo?... ¡María, María!...
¡tú haz de matarme!... ¿Por qué te amo azí?...

—¿Acazo te peza?...

—¿Pezarme dise?...; ¡nunca!...: ¡pero ez tan
horrible el zufrí del queré, cuando ze quiere como
yo te quiero!...

Pedro Antonio revolvíase en el lecho, sin que
lograra reconciliar el sueño a causa del ensorde-
cedor alarido de la tempestad.

Doña Francisquita dormía abandonada sobre
una butaca con veste de gutapercha que, según
sus trazas, debía ser coetánea de Maricastaña.

El mizifú aterido, habíase acurrucado en el
alda de la viejecita, y ríanse ustedes del ronquido
del hipopótamo, comparado con aquella especie
de escala cromática que partía de la escuálida
nariz de doña Francisquita.

Ahora bién; ningún mortal, podía imaginar que
hubiera un valiente capáz de sufrir los rigo-
res de los enfurecidos elementos cabe una reja,
si antes no pensara en que convertida ésta en
hornacina, había dentro de ella el ángel bueno de
Currito, por el que el mozo oraba al pie de sus
altares.

Un relincho de «Jácara», delató a Pedro Anto-

nio lo que Pedro Antonio no podía sospechar. Se arrojó de la cama el Mayoral, y vistióse presuntamente. A poco, entró en la habitación donde Morfeo se había hecho dueño de doña Francisquita; coincidiendo la presencia del padre de María, con el último ronquido de la bienaventurada, que despertóse presa de pánico, al oír el terrible redoblar de un trueno espantoso.

—¡El Dulce Nombre de Jezú!...: ¡Clavo, Corona y Crú!...:—exclamó la ex Sacristana, santiguándose más veces que en una Misa mayor.

—¡Güeno ha sfo el sambombaso!: ¡ese ha deáo caé argo como hay Dió!...—dijo Pedro Antonio dirigiéndose a la asustada vieja.

—¡Tremendo, hijo, tremendo!...

—¿Y María del Carmen?...:—preguntó intencionadamente el mayoral.

—¡Anda!... ¡Pue no hase poquifo tiempo que ze fué a la cama!... ¡Quién tuviera zus año, y lo pazao, pazao!... De zeguro que está durmiendo a pierna zuelta como luego dizen, mientras que yo, aquí me tienes zin podé pegá un ojo.

—Uno, no; ¡como quiera que han zío los dó!...

—¡Ave María Purízima!... ¿Yoooó?

—¡Uzteeé!...

—¡Qué equivocación más grande!...: pero zi eztoy aquí reza que te reza, reza que rezarás, a vé zi conzigo que me venga el zueño, y... ¡que zi quieres, Rita!...

—Entonse ya me lo explico: ha zío Rita, la que

me ha endirgáo eza moa e roncá, que da la lata al mesmízimo latonero.

—¡Zi casualmente yo no ronco!...

—¿Y quién l'ha dicho asté, quer ronquío zea casuá?...

—¡En fin, no quiero contradesirtel!...

—¿Pa qué eze trabajo inúti?... Pero güeno; dejemo ezo, y veamo zi duerme u no duerme mi niña.

—¡Que empeño!... No entremo, Pedro Antonio; puede despertarze, y é lástima que la pobresita pierda er descanso...

—No importa; azí toíto loz de la caza velaremo...

Y acompañado de la somnolienta viuda, se dirigió hacia la puerta de la salita que había en el extremo izquierdo del edificio, empujó sus hojas y penetrando de pronto, pudo sorprender en tierno coloquio a los amantes.

La joven dió un grito de sorpresa, y Currito escudriñó con la mirada el interior de la pequeña estancia, para inquirir el motivo.

—No jay que azuztaze niña:—oyó decir a Pedro Antonio—cuando me he enterao de quien eztá en la reja, ya me queo tranquilo: antes no lo eztaba. Y tú, bobalicón:—objetó a Currito—¿no zabe que aunque mu pequeña ezta caza, en cambio er pecho e mu grande pa quererte como te merese? ¿Qué nesecía tenei de eztá aquí, jasiendo mérito pa piyá un torsón, que vayai a curarlo al otro barrio, porque en ézte no yegue a tiempo la medisina?...

—¡Zeñó Pedro!...

—¿Qué zeñó Pedro, ni qué niño muerto?:... ¿é mentira lo que yo digo?...

—¡Padre!...

—¡A cayá!... ¿Tú tamién quiere meté tu cuartito a espá?... ¿Qué dise ozté ajora, doña Francisquita?...; ¿zá fijao que zueño má durse tié la niña?...

—¡Yo, la verdá!...

—¿Qué verdá ni que ocho cuarto?... Vaya: abrásté la puerta pa que entre eze mosito ante que ze güerva rana ahí fuera, y tengamo que jecho al río...

Obedeció doña Francisquita, entrando el galán segundos después; y así que estuvieron todos reunidos en la estancia donde la viuda de Canuto dormía antes como bendita, aunque según ella no pegara un ojo y según el Mayoral *pegó toftos los de zu cuerpo*, Pedro Antonio dijo con acento chocarrero:

—Pué zizeñore: ¡me está jasiendo pazá la noche-sita un rato, que ni cabeza abajo hubiá estao peól!

—¿Por qué, padre?...

—Poi que me trae a la memoria cozas mu zeria...

—¿Y qué coza zon eza zeñó Pedro?

—Poz verás Curro. Recuerdo yo que cuando chiquito, mí pobresita mare (q. e. e. G.) me ye-
vaba ar Convento de Capuchino que jay en la Reonda, a que vieramo a un pariente *flaire* mu malo y mu ejambrío.

Ziempre que le jasíamo una vizita y zalía a re-lusí arguna travezuriya propia de la edá, aquer gachó me pezcaba las oreja, jazta ponémela talmente como dó güeno zopliyo. A mí me daba coraje, como uztede comprenderei; pero a é le daba ma coraje entavía, y ma juersa en la mano pa jase la esaborisión.

Claro, que a mi mare nunca le jiso grasia tené a zu niño con dos babucha mora en vé de oreja; pero como los *flaire* lo jasen tó en nombre e Dió, aqueya pobresita mujé, que era una zanta, no z'atrevía a desirle naíta al *grasioso* pariente, por creé de la ma güena fe, que los tironaso eran coza der sielo.

Un día que me piyó el home jasiéndole un guiño de ocazió, me dijo con vó que paresía el berrío de un bicho de sinco año:... «*¡zo piyaz-tre!... ¡tu zerá de los má castigao en la jora er juisio! ¡toma y lé!*—y metiendo la mano no ze ande, poique no le ví borziyo arguno, zacó un libro, jabriéndolo por cazi ar finá: luego, gritando má que un vendeó ambulante, ziguió disiéndome: *¡par Jueve, o me trae ezto aprendío, o te rompo las narise!... ¡granujal!... ¡Aquer tío, ze jabía empeñao en jase de mí una caroca!...*

De niño, era mu güena mi memoria; y como yo le tenía ar *flaire* ma mieo c'ar zarampión, me dí una jartá e letra, que me queé alimentao pa toíta la vía. ¡Cuidao zi aprendí yo aqueyo con interé, que jase má de cuarenta año, y m'acuerdo de corrío!...

Ze yamaba la lertura el *Aporcalisis*, zegún la revelación de Zan Juá er *Teólogo*; y—desía el libro:—«en el urtimo día bajarán cuatro jinete con corasa de fuego, de jasinto y de asufre, montaos en cabayos con cabeza de león, cola de bicha, y jechando por la boca yamas, jumo y líquios asufraos»... Y, ni coza má paresía de lo que paza ezta noche: azín e, que al dezpertá y darme cuenta de las patás de tu jaca, me dige pa'entro: ¡ya está ahí el *Aporcalisis*!

—¡Ay hijito!...: cáyate y no digas ezas coza en una noche como ezta, poique la verdá; ze me pone er cabeyo de punta:—exclamó doña Francisquita.

—¿Tan cristiana que é ozté?...

—¡Pué por ezo; por ezo mizmito me infunden terró las cozas de Dió!... Padre Nuestro que eztás en los sielos zantificado 'zea tu nombre...

—Mientras ozté resa, nozotro jaremo erzamen de consensia. Ziéntate Currito.

—Poco tiempo zerá: mi madre debe ezta con cuidao teniendo en cuenta la nochesita, y como zabe que he venío aquí, y ezto no é presisamente la caye e las Zierpe, no le yegará la camisa ar cuerpo hazta no vermé en caza.

—Mu bien dicho, y mu bien jecho: to cuanto ze jaga por una mare, e poco; y zi ze tiene en cuenta que é una obligasión, aun é meno.

Currito colgó en una percha que había en la estancia, su rica manta jerezana, que a fuerza de

ser jerezana, mostrábase refractaria a embeber el agua; circunstancia que no dejó de ser muy conveniente para el hijo de Rosarito, ya que aquella prenda escupía un hilillo de líquido cristal, por cada madroño de su fleco típico y chulón.

—¡Alabado zea Diól!—exclamó doña Francisquita al darse cuenta de lo que significaba aquel continuo gotear de la manta del mozo.—¿Pero hijo, te atreves a venir en una noche como esta?... ¿Quieres que encienda un poquito de candela y te dás un buen calentón?...

—Muchas grasia zeñora: pero la verdá; aunque er tiempo ha refrescao un poquito, aun no encuentro motivo pa ir en busca der fuego.

—Como tú quieras: yo con mi buen fin te lo digo:—contestó la anciana con su risita amable y simpática.—¿Pero zentarte, zí te zentará?...

—Dié minuto: lo presiso pa desí a uztede condío ..

—¿Dónde vas?—interrogóle Pedro Antonio.

—A Méjico.

—¿A Méjico jas dicho?

—A Méjico; zeñó Pedro.

—¿A Méjico?

—Ayí mizmo, doña Fransisquita...

—¿Por muchas corría?—preguntó el Mayoral.

—Por treinta.

—¿A por pezeta, y a por parmas?...

—¡O a por dizgustos y por cornás zi ze tersia; que de tó pué habé en la viña der Zeñó!

—Pero ezte negosio tan e repente..., ¿cómo ha zío ezo?

—Tan de repente, no; ya que ezte guizo ze viene cosiendo desde Junio.

—¿Como t'as cayao jazta ezte momento?...

—Yo zoy mu zentío pa laz coza, y por ezo laz deyo pa urtima hora. Azí parese que ze zufre meno...

—No home: ze zufre má, poique luego viene t'or daño d'un gorpe.

—Tié ozté rasón.

—¿Y, cuando e la marcha?

—Mañana.

—¿Pero, de vera mañana?

—¡De vera!

—¿Ande embarcas?

—En Cai.

—¿Y dise que er contrato é güeno?

—Dosemí peso oro por corría, y viaje pagao en cámara de lujo, p'ayá y p'acá...

—¡Marnífico!... ¡Zea enhoragüena, y quiera Dió librate de un percansel!

—Muchas gracia zeñó Pedro...

—¿Pa cuando pienza eztá de güerta?...

—A prinsipio de temporá: no tengo má remedio; yevo firmá 72 corría, y eztamo en fin de Octubre.

—De mó, que sinco meze zin que poamo desirte, «¡Dió te guarde Curro!»...

—¡Como ha de zél!...

—De ezo sinco meze, uno pa dí, otro pa vení

y tré de trabajo: a dié corría; no está má. Yevarás el azunto ezcanzaíto, y las pezeta mu lijera. ¡Azín da guzto la faena!

—¡Argo güeno tenía que habé pa un viaje tan largo!

¿Como don Juan Manué eztá en Madrí, no ta'z dezpedió de é?

—Ni él creo que tenga muchas gana, ni yo tampoco: no zé lo que le paza a don Juan conmigo, que ya no me mira bien.

—¿Cómo no?...: ¡ezzo zon figurasion e tuya!...

—¡Ar tiempo!

—Currito, hijo; tú ere má rico que un rey:— objetó doña Francisquita—la vida del torero, ez mu aperreada y expuesta:... ¿por qué no te retira?...

—Lo haré muy prontito, zi Dió me libra de un percanse zerio.

—¡Lo harás!;... ¡lo harás!; ¿pero cuándo? ¿cuando toítoz nos hayamos muerto de pena?...

—No zeñora: en cuanto cambie de eztao: el torero en eztas circuztansia debe irze a zu caza ante de que la mujé viva en continuo zobrezarto, en vé de viví zatizfecha de habe nasío.

—Muy bien dicho, hijito: azí hablan las perzona juizioza...

—¡Como que é la verdá!...

—Ezo dises ahora: —añadió con afligido acento María.

—¡Por mi zalú, que lo haré tal y como lo digot!

—Currito e home zerio, y ziempre cumple lo

que promete:—replicó el Mayoral a la hija.

Hubo ún rato más de palique, durante el cual la conversación versó sobre el viaje y los propósitos de Curro. Por fin éste se puso de pie.

—¿Ya te vas, niño?:—le dijo Pedro Antonio.

—Ya me voy; zí: aun me quean que arreglá muchas coza, y no hay que dejarlo tó pa urtima hora, porque ziempre farta tiempo.

—Ez verdá: no tengo que desirte má, que te dezeo un güen viaje, muchos triunfo, zuerte pa no zalí tentao, oro y zalú... Por lo emá, ya zabe que aquí nos tienè a los tré, con mu güena voluntad pa zervirte zi en argo poemas zé útile...

—Mucha gracia, zeñó Pedro: yo también quiero pa ustés tofta la felisiá que pueda apete-sé pa mí, y que zi de aqueya tierra dezean argu-na coza, zepan que ayí tienen un amigo pa tó.

El Mayoral estrechó fuertemente a Currito, y hasta podría asegurarse que no se veían enjutos sus ojos.

La pobre anciana también hubo de abrazar con maternal afecto al simpático torero, derramando lágrimas de hondo sentimiento que, ahogando la voz en su garganta, le privaron de hablar.

María desapareció de la habitación al dar comienzo aquella escena.

Así que Curro hubo salido de la casa, penetró en el porchado, y desatando a «Jácara» que con sus relinchos parecía protestar del abandono en que su amo la había tenido durante dos horas,

requirió las riendas, y con la jaca del diestro, volvióse a la reja en donde tenía la certidumbre de que lo aguardaba la contristada María del Carmen.

La lluvia que había escampado algunos momentos, comenzó a caer de nuevo torrencialmente como si también el cielo quisiera testimoniar con su llanto la pena que le causaba aquella despedida dolorosa.

Curro, que había inclinado la cerviz con el mismo recogimiento que los fieles la rinden frente al Ara durante el Sagrado Sacrificio de la Misa, elevó de pronto la mirada y fijándola en María de un modo ansioso y expresivo, exclamó con voz que la emoción velaba sin que pudiera vencerla con el disimulo.

—Me voy Mariquiya: no zé zi volveré a verte; no zé zi volveré a gosá de eztos momentos los má felise y lo má angutziozo de mi vía. Zi acazo la zuerte me fuera contraria y Dió tuviera dizpuezto que muriera ayí, recuérdame ziempre; no me orvie nunca, ni abandone jamá a mi madre; ¡qué trizte y zola ze quedaría la pobresita!...

—Curro, Curro mío:— replicábale la joven mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas— no pienze en ezo, ni te ezpreze azí. Pienza que volverá; pienza que nos queremos mucho; que la Virgensita de la Macarena nos protege y que zeremos muy dichozo...

—¡Zerfa tanta felisiá ezo que dise, que temo no nos la conseda Dió!...

—Ten confiansa en Él: no dudes...

—Mariquiya, yegó la hora de zepararno, y todavía no zé como ze haze ezo.

La amarillenta luz de un relámpago, iluminó aquél cuadro de ternura sugestiva; y al fijarse María en su amante, díjole con voz que más parecía deseos de gemir, que ansias de expresar:

—¡Por qué yoras, tonto, zi yo te ezpero?...— mientras que la que pretendía dar alientos, dejaba correr las torrenciales fuentes de sus ojos.

—¿Que yoro yo?:—respondió Currito como extrañado; como si aquella declaración le ofendiera; como si aquel decir sincero, justificara una debilidad impropia del varón.—Tal vé la yuvia; la yuvia que a cada iztante asota mi cara, te aya hecho vé que zon lagrimita ezas gotas que *dersienden* der sielo: pero no; no lo crea: el hombre no debe yorá; nunca debe yorá el hombre, por mucho que zea zu doló.

—¡Que empeño el vueztro!... Vozotro yorai como yoramo nozotra, porque el zentimiento no tiene zerzo arguno. ¿Acazo las lágrima avergüensan?... ¿zon quisá testimonio de cobardía?... Toíto lo contrario: mira lo que he oído en un zernón la otra tarde: «zi el való ez legado que resibe toda alma noble, todo corasón hidalgo, y noblesa e hidalguía zon atributo del zentí, y las lágrima, purízima ezprezió de honradas sensacione, ez lógico reconosé que quien debe avergonsarse, ez el dezgraziaíto que no yora, porque

eze eztará ziempre muy serca de la irrasionabilidad»—¿haz entendío ezto bien, Curro?...

—¡Mi arma!...: ¡zi yo no trato de negá que zea zierto lo que tú dise!: pero que por ezta vé,... vamo,... me parese que...

¡Pero zi tú no te haz ezplicao mall!...: yanto desendío del sielo, que yenó tu corasón, y ezte le va dando zuerta, valiéndoze de tus ojo...: ¿no e azí, mi Curro?...

—María; mi María: no me orvíes...: ¡Adió!: ¡adió!...

—¡Niño de mi vfa!...: ¿cómo voy a pazá zin tí?...

—Al meno a tu lao, quean zere que te aman: conmigo, no viene má que la anziedá y la pena...

—¡Mi ezpíritu te lo yeva tú!...

—¿Y no quierez que me yeve má?...

—¡Mi corasón y mi alma!...: ¿qué má quiere?...

—¿Te enojarás zi te lo digo?...

—¡Nó!...

—Dame un bezo.

—¿Qué dize?...

—¿Te eztraña lo que te pido?...

—¡Zí!...

—En iztantes como eztos, jamá miente un hombre honrao: perdona zi mis palabra han podido ofenderte...: ¡Adió...; mi María...: adió!...

—¡No, Curro, no!..... ¡Tú ántez que nadie!... ¡tómalo!...

Y aquella incomparable diosa, avanzó hacia los hierros de la reja donde había posado la immaculada nieve de sus manos.

Curro creyó morir de felicidad: eran sus labios, los primeros labios que probaban el néctar de aquella boca enloquecedora. Un beso largo, enorme, prieto, estalló delirante. Hasta las ramas de los tilos que adornaban la alameda cercana a la casita, pareció que se estremecieran.

—¡Otro; mi vida!...:—decía Curro jimiendo—
¡Dió zabe zi volveremo a verno!...

María del Carmen no contestó; diluíase su voluntad, y dejó hacer. Sus pechos firmes, cediendo ante la superior dureza del herraje, incrustáronse en los cuadrillos de la reja. Ambos amantes bebían la felicidad con gozar febril y ansioso, y jamás aquellos labios ardientes habríanse separado. Unica vez que disfrutaron de expansión tan delirante. Ya no volvieron a besarse.

Como el que trata de sortear pronto un riesgo cercano, Curruto se separó de la reja después de un gran esfuerzo, y montando a caballo con increíble agilidad, hundió la espuela en los hijares de «Jácara» que salió a buen paso.

La noche seguía infernal. El infinito parecía inmensa bóveda de azabache, rota a trechos por la zarpada de un monstruo desconocido por cuyas roturas refractaran las imponentes llamaradas del fuego pecador. La yegua espantadiza por el constante retableteo de la tronada, hacía muy difícil la marcha para el jinete; y más, cuando éste tenía que obligar al bruto vadeando riachuelos que lamían con sus aguas mugidoras la cincha de «Jácara». La lluvia azotaba con insistencia

desesperante el rostro de Currito, que éste trataba de defender con el embozo de la manta: circunstancia que hacía más difícil sortear los peligros, y que gracias a ser un hábil y agilísimo jinete, no le llegó a proporcionar un serio disgusto.

Al llegar a una prominencia del terreno, desde la cual, adivinábase por entre las finieblas aquel nidito de amor que Curro acababa de abandonar, refrenó su cabalgadura hasta pararla, en seco queríamos decir, pero nos parece un sarcasmo cuando verdaderas cataratas estaban precipitándose arrolladoras sobre la tierra.

Desde el altozano, miró nuestro hombre; y su corazón se desgarraba, cada vez que la fulminante luz del relámpago le permitía divisar la albarina casita y el parralizo frondoso a cuyo amparo había estado unos momentos de dicha y de dolor.

También desde allí, unos ojos bucearon por entre el mar de impenetrables negruras, buscando una imagen juvenil y gallarda que al fin se apareció a lo lejos, frente a la ventana que servía de observatorio a la contristada mujer inquiridora.

La silueta de Curro Ramírez, envuelto en la manta jerezana, jinete sobre «Jácara», nerviosa, intranquila, al aire las rizadas crines y la ancha cola; la silueta de Curro Ramírez, delineándose sobre fondo de humosos palores, de violados rafagueos, de rojeces siniestras; la silueta de Curro Ramírez, transparentada por entre una mo-

vible cortina de líquido cristal, y descansando sobre el roquizo basamento del cortado altozano; la silueta de Curro Ramírez, vista a favor de la siniestra luz del relámpago, asemejaba grupo ecuestre erigido en las inmensidades de los campos, para inmortalizar al héroe vencedor de inconcebibles hazañas.

Cuando se apaga la luz centelleante y el trueno ensordece y el hirviente burbujeo de la lluvia hace más impresionable y tétrica la noche tormentosa, un adiós prolongado, triste; un adiós que más parece un gemido que un postrer saludo; que más parece el ¡ay!... de un incorpóreo que se doliera de su eterna erraticidad, hiende los aires sobreponiéndose al rugir de la tormenta, para expandirse por los ámbitos soledosos, por las tenebreces del vacío, y llegar débil, doliente, hasta la infeliz María, para adentrarse en el corazón de la acongojada joven.

Fué la postrera prueba; venció el destino al fin, ya que por mucha fortaleza que tuviera la hija del Mayoral, hubo de rendirse el espíritu hasta el extremo de hacerla rodar por el suelo sin sentido.

Dofía Francisquita y Pedro Antonio, oyeron el golpe que produjo el cuerpo de María al caer, y sospechando lo ocurrido, fueron en socorro de la dolida chavala.

Pedro Antonio, se abalanzó sobre su hija; y levantándola en sus robustos brazos, la condujo hasta la cama donde le fueron propinados esos recursos caseriles que a veces son de más pron-

to remedio que los que ofrece la ciencia, y que en aquella ocasión no desmintieron su eficacia; ya que pasados unos instantes, María recobró el conocimiento.

Entonces la anciana la despojó de sus ropas haciendo que se metiera en el lecho, y una vez en él, la niña dió rienda suelta a su dolor prorrumpiendo en amargos sollozos.

Fué a objetarle Pedro Antonio, pero doña Francisquita se opuso muy acertadamente.—Déjala que yore; que yore todo lo que le venga en gana: el yanto ez ziempre un dezahogo pa el corasón, y pecho que ze dezahoga evita cozas peore.

Aquellos dos seres tan buenos para Mariquita, pasaron la noche al cuidado de la afligida joven.

Rosario «La Campanera», esperaba a su hijo con visible impaciencia; con extraordinaria ansiedad.

Entre los sirvientes que estaban con ella para consolarla, veíase al «Canela» que, locuaz y di-charachero, hacía esfuerzos inauditos para llevar la tranquilidad al ánimo de la bondadosa madre, sin que llegara a conseguirlo.

—¡Que no le paza ná, y que no le paza ná; zeñá Rozarito!... Yo me zé lo que son eztas coza y lo que endursan el paladá: ¡jeche ozté arrope, miele, jalea, y caña de asuca!... ¡Zeñá Rozarito; que no le pasa ná y que no le paza ná!... ¡Po la Vigen y zu zanto Hijo Nueztro Zeñó!...:

¡que ozté famién ha rezao en ezta miza, y zobraitamente zabe que zón de las de dó pezeta pa emprensipiá, y ze convierten en las de toa orqueza pa la cuztión der remate!... ¡Que yo me zé lo que zon los remate!...: ¡mizte yo!...: ¡bonito zoy yo pa prizitas en momentos azina!...: ¡mi mare!...: ¡poz no zoy yo ná de anziozo, melozo y golozo, pa arrematá!...: ¡figurezozté; por argo me largaron er remoquete der «Canela»!...: ¡y que ezta mu bien; pero que mu bien aplicaol!...: ¡mizte, yo pa ezta coza!...: ¡el má grande!...: pero azín; ¡el má grande, zeñá Rozarito!... Y como yo zé toftos eztoz mizterio der corasón,... ¡aleluya!... digo yo: gatiyos en Enero,... y no paza ná. Por ezo digo azté que ze tranquilise; poz tan y mientras la mare está aquí pazando er moquiyo, como aluego disen, el hijo...

Tranlarán... tranlarán...

Tranlarán... lanlanlanleiro...

Lanleiro... tranlaranlaranlaran...

Zube Mariana zube

Por aqueya montañita

arriba zube, Mariana,

mazcarone, mi arma

te quiero.....

Ersétera... ersétera: no pazeozté faitiga zeñá Rozarito; poique a ezta hora, Mariana zube montañita arriba, y eztán los niño en lo ma prensipá, u zea en aqueyo de

.....mi arma

te quiero.....

— ¡Zi tuviera er «Canela» tan zegura la arternativa, no eztaba yo prezumiendo de traje negro jase ratol!... ¡Y no rezurtaría mi cuerpo con jechura, en cuantito que ze viera con reló *conómetro* de repetición y campanita; caena perpeuta de oro y briyante; zortija con una peña má grande que una catreá; puro e dó pezeta y seriyo de a diel!...: ¡na!...: ¡una mizeria! y,... ¡con mi tipol!...

—¿Te quies cayá?...

—Zi ozté me lo manda zefiá Rozarito, cuente con que un múo ar lao mío, é un candiato a Diputao la vízpera de elersione...

— ¡No prezume mucho ezte carcamá!...:—dijo la cocinera. ¿Pa qué zirve tú ya, zo viejo?...

—¿Que pa qué zirve «Canela»?...

—Zí.

—Pa con barquiyo;... ¡mal ange!...

Cocinera y Maleta se habrían enzarzado seguramente, si en aquel instante no se hubieran oído pisadas de caballo.

— ¡Que no le paza ná, y que no le paza ná!...: Pa que ozté zentere zefiá Rozarito: ahí ezta ya el má mejó de los toreros de España.

La Campanera salió precipitadamente de la estancia, y tras ella el «Canela» que en menos que se dice, estuvo en la calle para ayudar a que desmontara el Maestro, y hacerse cargo de «Já-cara» que relinchaba alegre olfateando el pienso.

La entrada de Currito en la casa, fué un acontecimiento; sin pensar la madre infeliz, que den-

tro de unas horas, tendría que verlo partir para lejanas tierras y plazo, ¡quien sabe!

Al siguiente día el destino reservaba a Curro nuevos dolores y angustias nuevas.

La infeliz Rosarito no tenía consuelo.

Ni deudos, ni amistades, ni servidores, ni nadie de los que acudieron a despedir al hijo, fueron bastante para conformar a la desconsolada madre.

—¿No eztá zeparao de tí durante la temporá...?—decía una—. ¡Pué jazte cuenta que aún dura er verano!

—¿Acazo aparese por tu caza en lo meno ziete meze?:—repetíale otra...

—¿No corre aquí peligroz iguale?...:—objektaba un tercero.

—¿Ez que el riesgo lo aumenta la distansia?...

—¿Y dezpué de tó, que zon sinco meze?...

—¡Hay que hacerse fuerte!

—¡Tienez que dá ánimo a tu niño!...

Y así todo el mundo, aunque todo el mundo salía derrotado. ¡Que le vengan a una madre con tal cúmulo de cantinelas!...

No hay medio de reducir el sentimiento materno, ya que por ser el más grande y santo de los sentimientos, se niega a todo lo que no sea secundar sus ansias.

Llegó el instante: la escena se hizo inenarrable; el mozo sentía ahogadores anudamientos en

su garganta, hasta que por fin algunos amigos, lograron arrancarlo de los brazos de Rosario que al verlo salir, dió un grito desgarrador llevando las manos a su pecho para luego caer desvanecida a los pies del Cristo de la Expiración.

CAPÍTULO VIII

CAMINO DE CÁDIZ

Currito entró en el andén acompañado de los individuos de su cuadrilla, y de los amigos más íntimos.

La locomotora respiraba con jadeos ensordecedores, despidiendo por su achatada chimenea torrentes de humo denso, como gigantes vello-nes de algodón albarino. El trepidar de las entrañas del monstruo ansioso de emprender su vertiginosa carrera, ensordecía los ámbitos de aquel lugar con plétora de gentes que discurren en todas direcciones, dispuestas a partir unas; cumplidoras de sus deberes otras, y presas de tristeza las más.

Suena el último toque anunciador de la parti-da; acrece el movimiento; los carrillos de férreas

ruedas vuelven vacíos a la quietud, después de haber dejado en los furgones de cabeza y cola el equipaje heterogéneo de los viajeros: cruza el andén el empleado ferroviario que grita con el tan conocido sonsonete de preventiva voz de marcha:... ¡señooooores viaajeeros al treeeen!..., mientras que su diestra agita la campanilla tan simpática a veces, a veces tan odiosa; pita el jefe del convoy, silba con estridencias la locomotora, y abriendo el maquinista el regulador, la fiera se sacude y empieza a conmoverse como presa de ansiedades locas, para marchar lentamente primero y deslizarse veloz después por las inacabables paralelas, a semejanza de monstruosa serpiente víctima de un vértigo incontenido.

Avanza, avanza siempre aquel crotoláuro inmenso hora en perfecta derecha, hora describiendo curvas emocionantes, aquí escondiéndose en ciclópea madriguera, reapareciendo allí con inusitadas celeridades, ya salvando ansioso las pendientes, ya bajando por ellas como meteoro, y así siempre; siempre así, mientras que los que cabalgan sobre sus lomos ven como huyen las anchas planicies, los accidentes del terreno, los valles y los montes; ven rodar en fantasmagórica danza las aisladas casitas, los lejanos poblados, los caminos tortuosos, las interminables carreteras, el murmuriente río; ven desaparecer como impelidos por tromba arrasadora el solitario caminante, el pastor y su rebaño, el carro perezoso, la pesada diligencia; todo, todo se

mueve en rotaje infernal, se aproxima, se aleja, como visión de un estado hipnotélico.

Pasa el día entre oleadas de luz cegadora; en el ocaso brillan los postreros resplandores de un sol que se hunde en la sima insondable de los arcanos, y al fin los tupidos crespones de la noche caen sobre la tierra cubriéndola de sombra y de misterio.

Sigue su curso el tren: en las inmensidades de la infinita bóveda, brillan los astros con parpadeos eternos; la luna aparece allá arriba como una hoz de plata; la adorada de Pierrot muéstrase a su amante recatada, y esta misma castidad de la hermosa Selene, la hace más bella. A lo lejos, surgen de vez en vez innumerables lucisitas que parecen constelaciones de un cielo inferior: son del alumbrado de un pueblo que huye y de otro que llega; pueblos sumidos en el pavor nocturno que los oculta a la investigadora mirada; pueblos silentes, pueblos en reposo, pueblos que descansan del diurno agetreo, para horas después comenzar de nuevo las afanosas manifestaciones de la vida.

En el interior del convoy, relíevanse esos cuadros de lo real que, para algunos pasan inadvertidos, mientras que para otros se hacen objeto de estudio meditado.

En esas horas en que el viajero se rinde dulcemente por el isócrono trepidar de la marcha, sucumbiendo a la perezosa acción del sueño; en esas horas en que las sombras del exterior irrum-

pen en los estrechos departamentos y en ellos la raquífica luz del alumbrado invita al reposo; en esas horas en que el cansancio va venciendo el parloteo de los que déjense arrastrar por el gigante mecanismo, Curro Ramírez se abandona muellemente sobre el asiento, sin que esto signifique deseos de descanso, si no ansias de entregarse a la meditación.

Arrebuado en su rica manta de viaje; calada su gorra para mejor acomodar la cabeza sobre el respaldo y extendidas las piernas a lo largo del almohadillado, cierra sus ojos para darse mejor al penoso recuerdo de aquel día.

Su madre, con todas las amarguras que paladean las madres cuando se separan de sus hijos; María del Carmen, con aquellos besos que dejaron fuego ahogador en el pecho y tristuras en el alma.

Curruto somnolaba mostrándose inquieto: su respiración era fatigosa; un rictus de dolor dibujábase en sus labios, y un gemido lastimero dejó escapar de su garganta.

—¡Curruto!,... ¡eh!... ¡despierta hombre!...: ¿estas soñando?...—decíale un señor de edad proveya que ocupaba un asiento frente al del famoso lidiador.

—¡Zí zeñó, zofiaba y me ha quitaó uzté un zueño deliziozo!...

—Lo siento; ¡pero es que me pareció lo contrario!...: me pareció que sufrías.

—¡Hay zufrimientos que matan, y zin embargo ayúan a viví!...

—¿Aún continuas soñando?...

—¿Pero ez zofñá, penzá azí?...

—¡Pues claro!...

—Muy bien: entonse, ¡yo quiero zofñá!

—¡Que tremenda es vuestra misión!...

—Horrible, zi zeñó: aunque la gente crea que toíto é oro, gloria y alegría...

—¡Sí, sí!... Eso de pechar siempre con el peligro: eso de pasar los años en continuo desaffo con la muerte, es terrible y desconsolador. Para arrostrar tantos riesgos, se hace preciso tener un corazón de bronce y un valor a prueba de bomba. ¡Siempre en pugna con la fiera!...

—¡Hay otra fiera peó pa nozotro!

—¿Peor que el toro?...

—Zi zeñó.

—No comprendo cual pueda ser.

—El público...

—¡Es verdad, Curro; es verdad!...

—El público zí: el público que má ze entuziazma cuanto má ezpone el dieztro: el público que grita enloquesío cuando el torero no se lansa en brazo del peligro: el público que dise pagá pa pedí, y cree que tiene derecho a ezigirle al torero que entregue la pié como mercansía que ha compraó en la taquiya; el público en fin, que zin zé inhumano, ezpera que rué la vírtima, por no zé que raro mizterio de horrible lujuria; lujuria de zangre; lujuria de muerte.

—Y entendiéndolo tú así,... ¿por qué te prestas a tan bajos egoísmos?...

—La afisión a los toro, mata, pero no ze cura. Zin los toro, yo no zabría viví. No é ya el dinero el que mantiene el fuego del entuziazmo; ez el mizmo peligro, ez la gente que armira, el de-zeo de triunfo, la gloria, lo que má induse a pro-zeguí los azare del ofisio. Dentro de lo horrendo, el duelo con la muerte tiene zuz atrartivos, zuz mágicas grandesa...

—¡Que gigantes sois vosotros, y que necios aquéllos que no saben reconocer vuestros arres-tos de coloso!...

El silbido estridente, prolongado, cromático, de la locomotora, anuncia el término del viaje.

Cádiz estaba cerca. Resplandores de incendio que no eran otra cosa si no las reverberaciones de su alumbrado público, destacábanse en el horizonte; la brisa marina afluía a oleadas para pe-netrar por las abiertas ventanillas, y la luz de los faros con sus cambiantes verdes, blancos, rojos, asemejaban brillos de piedras preciosas que en juego de cubileteo, fueran lanzadas por invisible mano sobre el negro terciopelo de la noche.

Segundos después, la disminución de veloci-dad hizo que todos los viajeros se pusieran en pie para recoger los equipajes.

¡Tarán!... ¡pan!... ¡tarán, tarán!... ¡pan, pan!... ¡tarán!... ¡pan!...

Esta especie de croar de las plataformas y el alto del monstruo luego, dió por ultimada la ex-pedición.

La máquina abriendo sus válvulas, dejaba escapar verdaderos torrentes de vapor en nubes de albura purísima. Se hacían ensordecedores aquellos resoplidos del férreo megaterio, dando al espacio la columna de humo que escapábase por la chimenea después de ser despedida desde el enflamerado hogar. La trepidación del caminador artefacto, era como últimos jadeos de gigante después de una fantástica carrera.

En el andén esperaban a Currito gran número de amigos y admiradores.

Apenas descendió del coche al que rodeaba ya el público ansioso por estrechar la mano del maestro, dieron comienzo los testimonios de admiración y afecto, saliendo el agasajado casi en volandas.

En la puerta aguardaban muchos automóviles, y en el lujoso «Renault» del Marqués de los Castillos, tomó asiento, acompañado de éste y otros amigos.

Partió la comitiva para llegar a la suntuosa morada del prócer, donde Currito tenía habitación; y allí, reiteráronse las pruebas de sinceras simpatías con que en Cádiz contaba el famoso torero.

Ya hallábase en el punto de partida nuestro hombre.

¿Durmió Curro aquella noche?... Nos atrevemos a decir que no lograron cerrarse sus ojos.

Levantóse al siguiente día y después de saludar cortesmente a los Marqueses, pidióles le dis-

pensaran salir de la casa, para avistarse con la empresa mejicana que hospedábase en el Hotel de Francia.

El aristocrático matrimonio puso el auto a su disposición; y agradeciéndoles mucho la deferencia, Curro se despidió de ellos hasta la hora del almuerzo.

La entrevista con los americanos fué afectuosísima; y con ellos pasó la mayor parte de la mañana visitando la población, hasta que le fué preciso abandonarlos para retornar a la casa de los Marqueses.

Transcurrió aquel día sin otras novedades que la de los múltiples agasajos que por todas partes le dispensaban al famoso hijo de «La Campanera», y doce horas después de haberse retirado a descansar, Currito en unión de la empresa y de los individuos de su cuadrilla, quedaba a bordo del trasatlántico que disponíase a cruzar el piélagos inmenso, a semejanza de un monstruo de las mares.

«Allá vá la nave:
¡Dios sabe dó vá!...»



CAPÍTULO IX

EN PLEA MAR

La calma grandiosa de la tarde, trae hasta los oídos de Currito el ronco silbato de la sirena como sonido desacostumbrado. El mar espejante, dibuja sobre la superficie con fidelidad exquisita las gallardas siluetas de las embarcaciones surtas en el puerto. La barquilla que lo conduce, boga con maravillosa destreza hacia el hermoso bajel que, como rival maldito, ha de apartarle de la española tierra; y atracando al trasatlántico, en cuyos costados chocan murmuradores los espumosos rizos de las ondas, el mozo asciende por la escalerilla pina, hasta verse confundido por entre la inquieta muchedumbre que, como presa de locura embrujada, discurre a lo largo de la cubierta, en busca del lugar que tiene desig-

nado con arreglo a la categoría de su pasaje.

Currito marcha sin fijarse en el interés que su presencia inspira a la heterogénea multitud que componen el censo de aquella ciudad flotante, y acompañado del Mayordomo que le guía hasta la cámara de lujo que le ha sido dispuesta, penetra en ella requisándolo todo, contemplándolo todo, admirándolo todo, como niño que se asombra ante un espectáculo desconocido. Los pabellones de seda, las lunas de espejo cuyos biseseles derraman destellos diamantinos al ser heridos por los rayos del sol que penetra a través de la circunférica claraboya; el rico lavabo de mármol rosa; el guardarropa de dorados tiradores; la polícroma alfombra de cautchouc que aparece a los pies del lujoso lecho cuyo revestimiento azul hace juego con las valiosas colgaduras; la mesita de noche con tablero igual al del lavabo; el techo albarino y las albarinas paredes que parecen como tapizadas de charol impoluto; el globo esmerilado que ha de alumbrar la estancia durante las horas nocturnales; las artísticas molduras; las dos amplias butacas invitadoras del reposo; todos los detalles en fin de aquel reducido habitáculo, le encantan, porque denotan el buen gusto, la comodidad y una elegancia severa.

Hecho cargo del camarote, el «Canela» entró el equipaje de mano, volviendo a salir no sin antes haber preguntado al matador si *zu alasena zería iguá*.

Currito se despojó del sombrero; y calándose después la gorra de viaje, cerró tras sí la puerta del camarote, dirigiéndose a la toldilla no sólo por deseo de presenciar las maniobras preparatorias de a bordo, para levar anclas y hacerse a la mar; no sólo para sentir la emoción de esos instantes en que la nave larga las amarras, se estremece e inicia lentamente la marcha hasta ir adquiriendo velocidad progresivamente y ponerse en franquía, si no para respirar también la brisa costera, tan necesaria para él en aquellos instantes en que su alma se abismaba en un mundo de tristes recuerdos y de amargas sensaciones.

Acodado sobre el barandaje, contempla con ensimismamiento la capital pintoresca, la tacita de plata, la histórica *Gades*.

Todas las miradas están fijas en él: él no se da cuenta de que se hace objeto de todas las miradas.

Su pensamiento vuela con esas ráudas celeridades de una imaginación vivaz, y se siente como circuído de todos los horrores del infierno.

Amarga sonrisa asoma a sus labios; y a guisa de elogio mudo, sus ojos se dirigen hacia el níveo clavel que adorna la solapa de su americana.

De nuevo el silbato de la sirena ensordece el espacio; la gigante chimenea deja escapar de su boca horrible, torrentes de humo que sube en espirales como endrina cabellera de una deidad desconocida; ruido ensordecedor de cadenas que

arrollándose al cabestrante elevan con lento impulso la pesada ancla; estremecimientos del monstruo que se agita por el crepitar de sus entrañas; la élice bate las aguas con las enormes palas que levantan montes de purísima espuma; el ruido ensordecedor de las ruedas denticuladas batiéndose fieras por entre el complicado laberinto de las potentes máquinas; las pitadas del capitán que desde el puente de mando dirige las maniobras; el continuo discurrir de la diestra tripulación; todo el agetreo acusador de la próxima partida, no es capaz de sacar de sus tristes reflexiones a Curruto Ramírez; al torero soberano; al ejemplo de hombres; al que medita, sufre y siente enturbiados los ojos por el santo rocío de su alma.

El «Infanta Isabel» ha quedado en libertad: comienza a moverse con pesantez primero, con menos pereza después, y enfilando al fin la bocana del puerto, marcha gallardamente hacia ella con creciente velocidad, hendiendo las aguas que suben espumeantes hasta mediar la gigantesca proa.

Ya en plea mar, crece por instantes la distancia y disminuyen por momentos las proporciones de todo cuanto domina la mirada. El Hospital de Mora, el Hospicio Provincial, San Sebastián, Santa Catalina, la Estación Meteorológica, Cuartel de los Mártires, la Catedral con sus dos torres magníficas y su soberbia cúpula, la Plaza de Isabel II, el Palacio de la Aduana, el Paseo de

Isaac Peral, el Puerto, las naves ancladas en él, las Murallas, la Ciudad, la cortadura del roquedo, la señera playa, y por fin, la amada tierra andaluza. Envueltas por entre el torbellino de humo grisáceo que de la chimenea surge asfixiante, chispas que ascienden de los hogares, van esparciéndose por el espacio como cuentas de sardónice.

El alma de Currito, se sumerge en abismos de pesares; y desde la toldilla, desde aquella especie de belvedere italiano, piensa que se aleja más y más de María; de su María idolatrada, de su virgencita bella como la de su homonimia, como aquella otra María betlemítica.

El pobre enamorado siente un algo glacial, un algo insufrible, un algo espasmódico.

Sevilla aparece ante sus ojos; el ábrego filante como la nota, trae a sus oídos con desparpajo soez, la juerguista algazara de su tierra, las callejas típicas del barrio macareno, la sensualidad morbosa del Kursal, de Zapico, de Novedades, de Alhambra, de Barrera; Eritaña clásica, desvergonzada, bruja: Miraflores ahíta de picante desenfado; llega hasta sus labios el sabor de la rica solera jerezana, de la olorosa manzanilla de Sanlúcar; su inquieta fantasía le hace recordar pupilas retadoras de un pérfido brillo, pupilas que invitan al cuerpo e insultan al alma: todo rueda como visión de espejismo; todo rueda en danza alegre; en porfía loca: pero Currito olvida pronto tales recuerdos hijos de sus pocos años,

para reconcentrar su pensamiento en la ideal mujer de sus amores.

Su María; su María del Carmen en aquella noche última; en aquellas horas en que el voznear del mochuelo hace más triste el pavón nocturno: su María feble, gimiente, suspiradora, tras los hierros de la inolvidada reja con plétora de lirios y de albahacas, de rosas y claveles, envuelta entre perfumes y entre lágrimas: su María tierna y seductora, depositando en sus labios el fuego santo del primer beso de virgen delirante, aparecíasele nimbada de claror diamantino; sus cantares plenos de amarguras, de promesas y de ensueños, se abismaban en el corazón del viajero, y en esta especie de idilio romántico le sorprendió la noche.

—Señor:—oyó decir de pronto a un camarero.

—¿Qué ze ofrese?—dijo Curro volviéndose hacia el que respetuosamente aparecía a su lado.

—La campana acaba de anunciar al pasaje que es la hora de la comida, y por si el señor no había estado en ello, me he permitido avisarle.

—Eztá bien: grasia...

—¿Quiere algo el señor?...

—Nada.

La *Salle a Manger* como imbecilmente escriben muchos españoles sobre las puertas de sus comedores, estaba repleta.

Currito tenía designado su puesto junto a una italiana, un catalán y un francés, que momentos

antes hubieron de ocupar la mesita donde a la sazón ingerían la sopa sabrosa.

Entre el pasaje, cundió la noticia de que aquel joven gallardo, elegante, de rara belleza masculina, era el famoso torero que enloquecía a los públicos, que asombraba con su valor y que seducía con su arte. No es de extrañar pues, que al aparecer en el comedor, todas las miradas quedaran fijas en el simpático sevillano.

Currito muy acostumbrado ya a tales testimonios de admiración, ni se engreía, ni se aprovechaba de ellos para incurrir en el más leve rasgo de orgullo: circunstancia por la que era objeto de un más vivo entusiasmo.

Antes de ocupar su asiento, hizo una inclinación de cabeza que sus compañeros de mesa contestaron con exquisita cortesía, y al fijarse en la linda italiana, no pudo evitar que su mirada se detuviera en la contemplación de aquellos ojos oscuros y coruscantes, que atisbábanle desde el momento en que el apuesto macareno penetró en la sala.

Después de que Currito se hubo servido la sopa, el francés que, por ser del Mediodía, sentíase apasionado admirador de nuestra fiesta taurina, no pudo dominar sus deseos, y dirigiéndose al diestro con toda la locuacidad propia de nuestros vecinos, hubo de interrogarle en tono cortés.

—Pardón monsieur: ¿vou seg le gan togeadog Cugito Gamigues?..

— Zervió de uzté...

— ¡Me alego!... ¡me alego!...: ¡oh, mondié!...
Mua teneg mucho honog de parlé con vous y
comeg juntos...

— Yo también me alegro de que comamo junto,
que é lo único que he entendío de cuantito uzté
acaba de desirme.

— ¡Oh, estag gasioso!...

— ¡Regulá!...

— Mua estag asomado a la bagega, cuando
vous togeag en Nimes: mua tigag a la jueada el
chapeau y un pugo de tegés fagancos..... Estag
emisioné, y yogag lágimas...; muchas lágimas
aquelia tarde...

— ¡Me dí cuenta der yanto, por la humeá que
había en el rueo!... ¡Como que no hisieron far-
ta en toa la corría las manga e riego, zi mal no
recuerdo!...

— ¡Oh!..., ¡lalá!...: los hombeges de la andalú-
sia seg muy ocugentes...

— Favó que uzté nos hase.

— ¿Conque ostet es Currito Ramírez?—dijo el
catalán terciando en la conversación por no ser
menos.

— Pá lo que uzté guzte mandá.

— ¡Moltes grasies!.. Yo li ha visto toreat a
ostet un grapat de veses am Barselone: pero la
verdat; no había tingut el gusto de conéxerlo
hasta esta nit... ¿Qué li han paresido las pla-
sas de bous de am Barcelone?...

— ¡Muy buenas!...

—¡Las mecores del mundo!... ¿verdat?... ¡Todo lo de Catalunya, es lo mejort del mundo seguramente!... es desirt...; ¡el mundo es lo mejort de Catalunya!...

—¡Oh, pardón monsieur!...:—objetó el francés —¡lo mejog del mundo es Pagís!...

—¡Quite ostet, hombre, quite ostet!... ¡París, a lao de am Barsegone, es un *churro!*

—Pué zefiore, no hay que discuf: ni la capitá de Cataluña, ni la capitá de Fransia. Donde ezte Zeviya, toíto er mundo a cayarze.

—¿Com dise?...

—¡Que mi tierra e el az de triunfo!

—¿Y qué hay am Seville, vamos a vert?...

—¿Que qué hay en Zeviya?... Pué lo mejó de la Gloria: zu mujere hecha de granito e zá; zu flore, zu beyesa, zu clima, zu sielo, zu alegría, zu cante, zu parlera guitarra y er setro der Zefió, que lo arrojó a la Tierra, pa que de é ze hisiera la Girarda zeviyana; eza famoza torre, que é la armiración de tó afortunaíto que la contempla.

—¡Oh, mon chérif!...: ¿y la toge d'Eiffel?...

—¡Venga, hombre, venga!...: ¿y el templo de la Sagrade Familie?...

—Cabayeros, no hay que canzarse: París, no ez má que París; Barsegone, no ez má que Barsegone...

—¡Y Seville, no es más que Seville!: ¡como no diga ostet otra cosa!...

—Eza é la equivocación: Zeviya, e argo má; bastante má que Zeviya; porque é, lo que no ha

podío zé nunca, ni Barselona, ni París, ni ningún otro pueblo der mundo. ¡Zeviya é,... la tierra de María Zantízima!...: ¡a vé zi hay quien!...

—¡Glí torieri, tenere molta rachone!...—exclamó la italiana rompiendo por fin su mutismo, mientras fijaba en Currito su mirada incendiaria —¡Oh, Siviglia!...; ¡país de dolse farniente!...; ¡país de encantol!... ¡Siviglia es per amar, per gosar, per dilectarse con suas grachias y suas excellensas!...

—¡Dió ze lo pague zeñorita!—contestó Curro, con sincera cortesía—¿acazo conose uzté mi tierra?...

—¡Molto, sí;... molto!... ¡Amo a la Espanna como a la mña patria; amo a Siviglia per ser lo más bel-lo de la nachione hidalga!...

—¡Bendita zea la boquita linda que tan grandes coza dise!... ¡Quiera dió que yo puea demostrar a uzté mi gratitú!...

—Ostet, es italiana; ¿verdat señore?...

—Di Napoli...

—Lie conosido que ostet era italiana, per el asiento...

—¡El signor ser un mal cabagliero!—contestó ofendida la napolitana.

—Ezo é una grozería, que yo no la permito de ninguna manera—hubo de objetar Currito fuera de sí...

—¡Oh, non de Die!: ¡vous estag bárbago pog insultag a señoa!...—decía el francés.

—¡Pero astó que es?...: ¡ay coñ!...; ¿qué ha di-

cho yo?...: ¡me doy de bufetades con cualquiera que me busque les cusquilles!...

—¡Uzté no ze dá de bofetás, ni ze dá de ná: lo que no va a queá, vá a zé plato zano en la meza, porque ze los romperé toíto en la narise, zi tarda uzte en zalí de naja, pidiendo ante perdón a ezta zeñorital!...

—¡Pero cá dicho yoo!...: ¡que mantere lo cá dicho yoooo!...

—¡Ezo de mentá el aziento a una mujé, e una indesensia, y no ze conziente donde hay caba-yero!...

—¿Y qué tiene eso de particular?...

—¡Oh, es temendogo!...:—añadió el francés.

—Muxú: ¡ostet se calla, o li rompo el cap de un puñetaso!...

Algo hubo de advertir el Capitán del barco que departía amigablemente con algunos comensales, toda vez que no había terminado de pronunciar sus últimas palabras el catalán, cuando aquel se aproximó a la mesa dirigiéndose hacia los que discutían.

—¡Silencio todo el mundo!—dijo al llegar con tono autoritario —¿qué pasa aquí?...

—Aquí no paza má que una dezvergüensa de ezta mala perzona:—dijo Currito, señalando al asombrado barcelonés.

—¡Me ha insultato!—gemía la italiana...

—¡Temendogo!—añadió el francés.

—¿Pero qué ha sido ello?—volvió a preguntar el comando con cierto aire de enojo.

—¡Per la mare de Deu!...: ¿qué i hecho yo?...

—¡A callar!...

—¡Señort Capitán!...

—¡A callar he dicho, o lo llevo a uzted a la barra!... sepamos lo ocurrido, y yo le enseñaré para otra vez los respetos que merecen las señoras, y más a bordo de este barco.

—¡Si yo soc de am Barsegone, señort Capitánt!: ¡de am Barsegone, donde más se respetan a las muqueres, y mejort se hace la botifarra!... ¡Poco a poco!...; ¡que yo no soc un cualquiera!... ¡Déjeme epxlicart!

—¡Sí, sí: que él lo dica, perque a mí me costare vergüencha!...:—indicó la italiana.

Asintiendo a ello, el Capitán preguntó al pretendido ofensor.—¿Qué ha pasado?...

—Verá ostet señort: yo li he preguntat a esta señoreta, si era italiana; me ha respos que había naiscut en Nápoles; y entonses yo li he dicho que me daba cuenta de que era italiana, per el asiento al hablar: no li he dicho más, ni le he dicho menos; y la señora y estos dos señores, aprensipian a insultarme sin motivos, y yo,... ¡mira!; ¡aguanta que aguanta!...; ¿sabe?...: ¡y todavía ostet se encare conmigo!...: ¡hay coñ!.....

Nadie pudo contener la risa, y una carcajada unánime acogió las explicaciones del catalán...

Deshecho el error, se dió cumplida satisfacción a la ofendida, y allí finó el disgusto, quedando todos como buenos amigos.

.

Había terminado la comida: la italiana se levantó, y dirigiéndose a Currito le dijo con voz tímida, con esa voz que es como acusación de cobardía.

—Le invito, signor, a un paseo per la toldilla:... ¿le plase?...

—Mucho, zi he de zé acompañao por uzté zefiorita:—contestó cortesmente el sevillano.

La napolitana a quien desde ahora llamaremos Constanca, asióse al brazo del famoso diestro, y ambos, después de despedirse de los compañeros de mesa, dirigiéronse hacia el lugar designado por la extranjera, ansiosos de disfrutar las deliciosas brisas marinas.

Penumbra incierta, como postreros resplandores de diurna luz; como promesa de una pronta huida, extendíase por toda la inacabable anchura de los mares.

Reía el crepúsculo; era el anochecer tranquilo; el Océano como un cielo a nuestros pies, mostrábase sereno. Constanca y Curro, se deleitaban ante el cabrillear de la Luna sobre aquel lago sin fin. Más de una vez miráronse los nuevos amigos, y con aquel mudo dialogar se comprendieron.

Ella mujer impresionable, con todo el fuego del Vesubio exparciéndose por su hervidora sangre: él atraído por aquella figura principesca y forjado sobre el yunque ardiente del sevillano suelo, eran, el peligro en acecho, el contenido uracán de las pasiones, el arrollador despertar de la carne juvenil y briosa.

Curro se estremecía con el contacto de aquel brazo escultural: Constanca mirábalo de soslayo y era presa de extrañas emociones.

¡Pobre María del Carment!... ¿acaso peligraba su amor cuando tan prestamente entusiasmábase con otra, el hombre objeto de todas sus esperanzas?... No: la hija de Pedro Antonio tenía levantado un Santuario en el pecho de su amante, y allí consumía él todas sus devociones. María era sagrada para Curruto Ramírez, y nada ni nadie hubiera logrado arrancar del corazón del mozo la más nimia parte de su cariño.

Lo que pasaba era que, Curro, temperamento impresionable y fogoso, dejábase arrastrar por las sensaciones que de momento le influenciaban; y así como su alma era fuerte, poderosa y decidora, su materia era débil, asequible, abandonada, y entregábase pronto a merced del soplo arrollador de las porfías vitandas, sin hallar solución para defenderse de sus brutales mordidos.

El *yo* sustancial, hacíase invencible sin dejarse cortejar por el *monstruo*; el cuerpo concupiscente, se rendía a los zarpazos de sus garras avasalladoras. Uno, huía del husmeo de todo lo vanal: otro, se declaraba vencido por la mala fe del preopinante sádico.

Así como las plantas, al absorber con exceso el jugo de la tierra, la esquilman, dejándola exhausta, las pasiones, al hacer presa de las flaquezas materiales, la corrompen sin recordar del necesario e imperioso progreso del espíritu.

No es de extrañar pues, que cuando Currito debatíase angustioso en el mar de los pesares, el centelleo de unos ojos incitativos prendieran llama en su veste cárnea, olvidando de momentos dolorosas porfías.

—¿Cual sere vuostra direchione mío caro amicco?...

—Voy a Méjico...

—¿Per molto tiempo?...

—Tré meze...

—¿Ritornais luogo a Espanna?...

—¿Qué he de hasé?...

—¡Que felise patsaría mi vita en vuostra [patria!...

—Por poco lo deja uzté...

—¿Per poco?...; ¡ah!...; ¿fatsile lo veis?...

—¡Fasilísimo!...

—¡No disponere de la mía voluntad!...

—¿No?...

—¡Io, soy casada!...

—¡Nadie lo diría!...

—¿Y per qué?...

—¡Ez uzté una niña!...

—¿Qué importa?...

—Tiene uzté rasón: la poca edá, no ha de zé inconveniente pa'l matrimonio.

—¡Exacto!...

—¿Y uzté a donde seⁿ dirige?...

—Io, voy a Brooklin: allí me espera el mío maritto...

—¿Hace mucho tiempo que no la vé a uzté?...

—¡Un año, prochimamente...!

—¿Y ze pué viví un año, zeparafito de una mujé como la que tengo delante de miz ojo?...

—El, sin esfuorcho alguno: sere incheniero, y en el cálculo invertire tutto el tiempo...

—¡Pué eze, no é cárculo; creame uzté!...

—¡Lo sé per desgrachia!...

—¡En vé de marío, tié uzté arimética y jome-
tría!... ¡Tan dichozo como debe zé un hombre ar-
lafo de una napolitana!...

—¡Dichosso!... ¿Per qué dichosso?...

—¡Ay, mi mare!...: ¿que por qué?...; pué, por-
que ar lao de un ange, ze ezta en la Gloria, y
Gloria bendita é lo que tengo a mi vera!...

—No podere negar que sois espagñol: pero no
olvidare que mío estatto, no admitire lisonjas...

—¡Lizonja, nó; pero jutztisia, zí!...

—¡Sedusse vuestro trato exquisitto!...

—Pá exquisita uzté: ¿me hasei er favó de desir-
me vuestro nombre?...

—Constanchia Buonari...

—Grasia, Coztansia: e uzté capá de hasé que
un hombre zea coztante tosta la vía: ¡y cuidao zi
é difisi ezo!...

—¡Sere molto galante!...

—¡Zeré cuanto uzté quiera; pero lo que yo zé
desirle, ez que eztoy pa que me aten, porque ha
hecho uzté que pierda er juisio!...

—¡Me enfadaré!...

—¡No ze enfade por Dió, porque zi ze enfada,
le juro que me tiro de cabeza ar má!...

—¡Io, me arrojaré a salvarle!

—¡Zi zupiera que uzté lo hasía azí, ya eztaba mi cuerpo metiíto en el agua!...

—¿Para qué?...

—¡Pa encontrá amparo en zuz brazo!... ¡mía que graíal, ¿le parese a uzté poco?...

—¡Ah, simpáttico toreador!...: ¡io estar arrepentida!...

--¿Arrepentida?...

—Sí; arrepentida de la mía invitacione.

—¿Tan malitamente le ha rezurtao a uzté mi compañia?...

—¡Oh, no!; ¡per buona; per molto buona, me expresco así!...

—Pue en mi tierra cuando una coza nos rezurta bien, lo que dezeamo é, ezlarla dizfrutando quanto má tiempo mejó:... ¡zi pué zé, toa la víal!...

—¡Oh, si encontraros antes en el mío camino, io sere felise!...

—¿Por qué dise uzté ezo Coztansia?...

—Perque ahora no tendría que marchare a Brooklin, si no a Méjjico...

La hermosa faz de la napolitana se tiñó de púrpura; sus ojos centellearon retadores; sus encendidos labios fueron presa de ese tembloro que acusa placer y emoción.

—¡Bendita zea la hora en que yo penzé í a America, ya que me había de proporsioná estos momentos, los más dichozo de mi víal!—respondió Curro entusiasmado—¡Ez uzté la mujé má zerrana, má hermoza y má dizlocante, que hay en

la tierra! Toíto tiene remedio en er mundo, menos la muerte. El pezar de uzté deja de zerlo, en cuanto ze desida por lo que yo le diga....

—¿Cómo evitare el pesar?...

—Muy zensiyo: orvie uzté por donde ze vá a Brooklin, y tenga presente que hay aquí un corasonsito que iría con Coztansia a toas partes.

—Curo;... ¡per Dio!...

—Perdíó me tiene uzté a mí; ¡pero más perdío que monea de sinco duro en mano de un *madrugao!* Méjico nos ezpera, y dezpué, lo que er tiempo vaya dando: con que aligere; hay que desidirse...

—No poder sere;... ¡mi honore!...

—¡Ríaze uzté de ezo, por zer coza muy anti-gua! Eztos cuatro día que pazamo en la Tierra, hay que dizfrutarlo lo mejorsito que ze puea. Zi no zon má que cuatro, y uno loz amarga con repurgos y miramientos, hase uno er guíño, y ni ziquiera ze ha enterao a qué ha venío ar mundo.

—Gli hommo se apachionna pronto, pero olvidare más pronto todavía: per esso temo...

—¡No temás tú, napolitana de mi arma!... Deside de una vé; y zi por fin diquelas lo bien que poemas pazarlo, ríete de toíto lo demá... ¿Tú vé loz amante de Terué?... ¡doz sapatiya ruza ar lao nuestro!...: ¡una *corcomonia!*...

—¿Me querrás siempre?...

—¡Ziempre!...

—¿No olvidare a Constanchia?...

—¡Nunca sielito!...

—¡Te ammo!...

—Bendita zea tú; la mare que te echó ar mundo pa que me volvieras loquito; er pare que ze cazó con tu mare, y bendito zea Nápole, er Vezubio, y el golfo napolitano que é el golfo ma golfo, que hay en los cuatro punto cardinale.

Aquellas manos se estrecharon; aquellos ojos se desearon; aquellos cuerpos se estremecieron.

—¡Amore míol!—gimió dulcemente la italiana.

—¡Mi vía!—contestóle el mozo castizo.

—¡Cuidatto: el pasage observa!... corre longano; luego nos veremos... ¡adio anchelo!...

—Adió!... ¿pero naíta má que adió?...

—¡Cámara número nuove!...

—Azí ze habla: ¡que pronto hemos aprendió el idioma!...

Separóse Constancia para disimular, y Curro fuese en busca del camarote que ocupaban los empresarios mejicanos, que apenas puesto los pies a bordo, viéronse en la necesidad de acostarse víctimas del mareo.

¡Para aquellas buenas almas, era una delicia navegar!

El silbido estridente de la sirena, expandiéndose por la inmensidad de los mares, prestábale mayor majestad y atrevimiento al gigante mecanismo a quien diera la genitura la experta mano del hombre.

Seguía su veloz carrera hendiendo las hondas con la tajante proa, mientras dejaba tras sí una

estela de espuma hirviente, como constelación de aquel cielo líquido, reflejo de aquel otro cielo que engañosamente nos muestra el vacío.

El pasaje, desde la toldilla, escudriñaba el horizonte, viéndose en todos los rostros pintada la zozobra.

Era el décimo día de navegación.

La gente de abordó barruntaba próxima tempestad.

El viento duro al besar la cordelería sujeta a las altas vergas, convertíase en silbido gemidor, en cadentes endechas de diosas submarinas.

El mar iba hinchando las olas, sin que sobre ellas apareciera aún la rompiente crestería de la espuma.

El coloso flotante, desafiaba con su inconsciencia de *cosa*, el inconcebible poder de la masa telerárquica, escupiendo el humo de sus enflameados redaños.

Ni resquicios de tierra firme, ni vislumbres de orilla, ni esperanza remota de próximo socorro. En plea mar amenazadora, aunque aún no había desatado su oculto encono, si bien daba a conocer la ira que iba reconcentrando en sus honduras abismales, era natural que seres que vivían sobre aquella población flotante, sintieran crecer el pánico por momentos.

Las nubes esparcíanse por el espacio dejándolo todo bajo la impenetrabilidad de la sombra.

Llegó el temido momento. El huracán desatóse sin trabas; las aguas encrespáronse amenaza-

doras; y el Océano con todo su furente poder, comenzó a rugir con indómita fiereza.

Aumentaba el temible embate de las olas, las que al chocar en imponente pujilato, escupían mundos de espuma, como salibazo monstruoso del líquido elemento.

Preparábase rudo combate entre el gigante y el pigmeo: entraban en lisa el contrarrestable imperio de los mares, y el débil mecanismo del hombre.

Desde el puente de mando, el Capitán hacía funcionar su silbato ordenando las maniobras necesarias para *capear el temporal*, que cada vez arreciaba con más violencia. Comenzó a lucir el relámpago con su brillo súbito y pasajero. La fosforescencia de la chispa hacía más imponente el cuadro que presentaba el mar dando rugidos espantosos que surgían de su seno hervidor. El pasaje presa de indecible pavor pedía al cielo clemencia, encomendándose a la Divina piedad. Momentos de verdadera agonía. El Comandante dió órdenes severas para que todo el mundo ocupara su camarote, porque el mar cada vez más bravío, como queriendo destruir a los que osados cruzan la rizada superficie de su infinita anchura, comenzó a barrer la cubierta con ímpetu salvaje. Fueron cumplidas las órdenes dadas por el jefe del barco; y segundos después, solo la tripulación era testigo de aquel espectáculo horripilante.

Hemos dicho que solo la tripulación era testi-

go de la espantable fiereza de los elementos, y hemos dicho mal: Currito que habíase asido al fuerte barandaje de la toldilla, también contemplaba impávido todos los horrores de la tempestad.

El segundo de a bordo, con gesto hosco y vibrador acento, le ordenó que se retirara por mandato del Capitán.

—Ez mucho trago eze—y señalaba el mar—pa que yo me lo beba encajonaíto como loz toro: aquí eztoy, y aquí he de está a ve lo que paza. Azí é, zeñó ofisiá, que puede desí a su inmediato jefe, que no se cuide de mí y que me deje tranquilo; que zi argo me ocurre, no zeré yo quien zarga de lo hondo del charco pá ezigirle responsabilidae: tó ezto e nuevo pa mí, y me quiero enterá...

Sea que le cayera en gracia la respuesta de Currito; sea que admirara el sereno valor de aquel hombre afrontando el peligro con una sangre fría extraordinaria; sea que llegara a comprender que para reducir aquel mozo había que hacerlo por la violencia, es lo cierto que el Comandante no quiso contravenir su voluntad.

La valentía de ese joven merece respeto; dejadle...: tal fué la respuesta del que pudo usar de la fuerza, en contra de quien resistíase a su mandato.

Siguió gobernando el Comandante, siguió la marinería obedeciendo, y siguió Currito en su sitio sin que su rostro acusara temores, si no

deseos de conocer aquel nuevo aspecto que ofrecíale el portfolio de la vida. En fuerza de afrontar el que hasta entonces fuérale desconocido peligro, sintióse impasible ante tan inminente riesgo, aquella alma de recio temple, aquel corazón de bronce.

Eran las doce de la noche.

El «Infanta Isabel» surcaba las aguas mar adentro, montando sobre las crestas furiosas unas veces, bajando a los abismos otras, iba avanzando en penosísima navegación... ¿Cómo saldría de aquella lucha?...

Los golpes de mar batían el casco con dureza. Las nubes presentaban un aspecto imponente, sañudo. La marinería; aquellos hombres de complexión atlética, ancho torso, cuello firme, rostro tostado por los rayos del sol y las brisas marinas; aquellos hombres secundando con actividad y heroísmo las disposiciones de sus superiores, iban y venían; subían y bajaban; siempre en continuo movimiento, en ininterrumpido deseo, sin que por una sola vez decayera el ánimo de los esforzados tripulantes. Sublime ejemplo de abnegación y de valor. Al trabajo; siempre al trabajo, porque allí estaba el deber, sin que a ninguno de ellos se le ocurriera dirigir al mar la mirada, donde la muerte mostrábase amenazadora.

Lluvia torrencial comenzó a caer, haciendo más rápida la inundación de las bodegas.

Allá en la línea del horizonte donde parece que se unen con hermetismo sinigual el mar y el in-

finito, la cegadora luz del rayo amenazador que surge por entre nubes de humosos amarillos, alumbra horripilante el siniestro espectáculo.

El catastrófico rugir de los elementos, parecía como querer pulverizar la Creación.

Las cimas de las líquidas montañas desahacíanse en la imponente altura de sus proporciones monstruosas, rugiendo con estrépito apocalíptico.

El soplo fiero del huracán con todas sus propiedades aterradoras, hacía crugir los mástiles amenazando arrancarlos de su base. Estábamos en pleno Equinoccio do Otoño, y el *cordo-nazo de San Francisco* como se le llama en las Antillas a este viento de fuerza extraordinaria, mostrábase con todo su furente poder.

El cielo parecía de fuego; la lluvia vertíase a raudales y el trueno hablaba su lenguaje de cataclismo con retableteo infernal.

Angustiosa situación de horrendos peligros.

Los golpes de mar arrastraban todos los objetos que había sobre cubierta, y la marinería hubiera corrido igual riesgo de no trabajar con las precauciones propias de tan desesperados momentos.

La hélice quedaba a veces en el vacío, y con su chirrido demoníaco hacía más ensordecedor el pavoroso estruendo de la tempestad.

Al encumbrar el barco las masas ingentes, parecía como que anhelara ascender hasta el infinito.

La tripulación con las ropas desgarradas, al aire el pecho tenso, desnudos los brazos férreos, los cabellos lacios sobre la faz bronceada, con gritar animoso, con valor frenético, excitados hasta el delirio, luchaban por salvar el barco sin que aquellos hombres de acero vacilaran ni un solo instante.

Compasión inspira el pasaje cuyo clamoreo escúchase apagado, surgiendo de los estrechos camarotes que asemejaban tétricos nichos de un cementerio flotante.

El cielo, como cúpula inmensa, mostrábase con todas las imponentes impenetrabilidades de sus negros tonos. De vez en vez, como si poderosas manos de monstruosos gigantes esgrimieran espadas flamígeras para con ellas descargar tajos horribles sobre los densos crespones, abríase en desiguales rasgaduras una indeterminada porción del firmamento, para alumbrar un instante con amarillenta luminaria aquel terrorífico cuadro de pavor insuperada.

Hubo momentos en que se creyó que todo se había perdido; pero no fué así, ya que la Providencia velava por aquellos desgraciados navegantes.

Pasó la noche; noche horrible. Los individuos de la tripulación, ya no eran hombres; eran espectros destrozados, rendidos, deshechos. De haberse visto en la necesidad de proseguir la lucha, no hubiera sido posible la salvación.

Pero, afortunadamente, Dios veló por los infe-

lices. Desde que el alborear del nuevo día comenzó a lucir, parece como que el Supremo tendió su manto de bonanza sobre las irritadas olas, las cuales al ser heridas por la luminosidad de la coralada aurora, asemejaban cristalina lava de un volcán inmenso emergiendo de las profundas entrañas del Océano.

Amansábanse las aguas, cedía el viento, de nuevo tornaba la tranquilidad.

Otra vez subió el pasaje a cubierta, y todos los corazones palpitaron de gozo al verse salvados los que creyeron perecer.

Los rayos perpendiculares del astro rey, rasgaron por fin las nubes y estas huyeron velozmente, avergonzadas y vencidas por aquel haz de luz que rielaba sobre la inmensa superficie líquida.

A las doce del día, el mar quedó sereno; deliciosamente sereno.

Reapareció el contento, lloróse de gozo, eleváronse plegarias en acción de gracias, y a los dos días de haber pasado la horrísona tormenta, todo pareció producto de un sueño, porque todo también había vuelto a su ser, sin quedar vestigio alguno de aquellas horas de angustia y de dolor. Nadie quería dar crédito a lo espantable de la tragedia, pues de haber sido un hecho real,... ¿quién era capaz de resistir el pánico que despierta a impulsos de lo verdaderamente horrible?... Y se había resistido:... ¡que no es tan flaco yá, el corazón humano!...

.....

Pasaron varios días en continuo jolgorio y algazara. El Comandante del barco quiso compensar las amarguras de aquellas inolvidables horas de lucha con la muerte, dando todo género de distracciones a los pasajeros y al fin lo consiguió con creces.

Una mañana; la última mañana de navegación; el valiente marino miró por el bióculo y pudo descubrir la proximidad de la costa mejicana.

Pronto también desde la apartada orilla, divisaríase el gallardo porte del «Infanta Isabel».

Hemos olvidado decir que durante la travesía, el mozo de estoques de Currito había conseguido un *cartel* entre el pasaje que acomodábase en las cámaras de lujo y camarotes de primera, que para sí hubieran deseado muchos pollos *bien* de esos que presumen de indispensables en toda reunión en que el sexo bello hace acto de presencia.

—Currito, hoy aún no hemos visto a «Canela»:—decía un señor valenciano al hijo de «La Campanera».

—¿Pero quiere uzté que venga?...

—¿Cómo nó?...: ¿es posible yá vivir a bordo, sin que el *porta-estoques* amenice la monotonía propia del navegar?...

—¡Oh, sí!... hasere que el simpático servitore venire ráppido:—añadió la italiana que ocupaba un canapé junto al de Curro.

—Es muy maco;... ¿ah?...—exclamó el cata-

lán—en los años que tengo, ma reído nunca con la verdat que lo hago cuando ascucho a «Canela»... ¡Y cuidado que para reirf yo, se nesesita ganes!... Hágalo venirt;... ¡ay coñ!...; hágalo venirtf enseguidé...

Mua estag bariga mala de tanto reir... ¡Oh, temendogo!...: ¡siempege, siempege gasioso «Canela»!... A mua entagag aléguia, cuando oir cosas suas; pego,... ¡oh, temendogo!...: ¡que agibé...; que agibé pogontogo «Canela»!...

—¡Que venga!... ¡que venga!...—gritó unánime el bello sexo.

—¡«Canela», está aquí ya mismo:—contestó Curro sonriendo—¡E un yeno ezta manifestación; pué está zatizfecho el que zabe dezpertá tanto entuziazmo!...

Llamó Curro a un camarero, al que hizo ir en busca del mozo de estoques.

No habían pasado diez minutos, cuando el deseado «Canela» hacía su entrada triunfal en la toldilla, entre clamores y palmas; a cuya *ovación* correspondía él con toda la seriedad propia de quien cree merecer tal acogida.

—¿Qué mandazté maestro?—preguntó al llegar, no sin antes hacer unas cuantas genuflexiones grotescas, a quienes le prodigaban tan extraordinario recibimiento.

—¿Donde estabas?—interrogóle Currito.

—¡Con la gentel...

—¿Cómo anda?...

—Mu mal: parese que toítos tienen los tacones

torsío: dende que ze metieron en el barco, ¡mi mare!...: ¡no andan erechos ni par gayo e la Pazió!

—Bueno: mira «Canela»; toa las zeñora y cabayeros que eztán reunío aquí, quieren zabé donde te metizte la noche *del baile*, porque no te ze vió por ninguna parte ni por equivocación...

—Ezo le pazó ar «Canela» tamién maestro; que no vió a naide ni por equivocación, y por ezo naide lo vió a é: ¡mía que gracia!... ¡Cuando aqueya noche tor mundo pazó er moquiyo, cualziquiera eztaba en condisione de enteraze ande ze muaba er vesino denfrentel... ¡Ya tenía yo toí-tas mis cuentas echás pa vé a Manué, y orviá pa ziembre las zabroza tortiya de la zeñá Zarvaora!

—Hombre; a propó-zito: dinos como z'apañaba tu mare, u zea la zeñá Zarvaora, pa darte pitansa cuando no había de qué.

—¡Tié mucha gracia ezo!... ¡mi mare é la mujé de la güena zombra y de la guaza viva!...

Poz verán oztés: cuando ayegaban ezos día más negros que morsiya, en que ni pa Dió había que jearze a la boca repajolera la coza, y mi mare me erzaminaba viéndome ejambrío y eya ez-mayaíta, —«no t'apure niño»;—me desía:—antes de nã, jama tú mejó quer primogénito de un emperaó»—y efetive; daba una güerta por el vesindao, y un cuarto de jora dempué, tó lizto zin una chica.

«Oye Coláztica: échamaquí una gotita de aseite par candí, por no dí a la tienda der *Bacalao* que

no tiene ma querque zuerta su *jígao*; aluego te lo degolveré»—¿Quieozté cayá zefia Zarvaora?... ¿eztaría gueno que me trujerazté eza insirnificancia!...: ¿le jecho má?...—no, hijita no; vaya, adió y muchas grasia mujé...—Azcucha Pifanía; dame un pá e güevos de los má hermozo que haigan puesto tus gayinos, poique vengo inritá...—¿Ez que los güevo zon güeno pá las inritasione?...—No e ezo; zino que ze los voy a jasé tragá a mi niño jechos tortiya, pa que a mí no me jaga la contra en ná...—¿Qué paza con zu niño?...—Que dise que zi la Tomaza dise, que si no dise; que los güevo que ponen las gayina de la Tomaza son los mejores y los má hermozo; que zi patatín, que zi patatán...—Digazté a zu niño y a la Tomaza que ze limpien...—¡Y que ze van a tené que limpiá, poique les chafo los güevo en las narise, como yo perdí a mi agüela!... Dime lo que te debo, pa mandártelo dempué.—A mí no me debozté ná: lo que zí quiero é, que enzeñozté eze par' de prendas que yeva en la mano, pa que zepa eze penco de la Tomaza, lo que zon güevos—Dezcuida tú, que mi niño y eya, ze van a acordá: vaya jazta luego, que yo te diré lo que paza.—Oyeme Rebastiana; ¿tienes por un cazuá un pá de patatitas?...—Por un cazuá, no zefiora; por cuarenta séntimo er kilo.—Caya, mujé caya.—¿Qué zuzede?—Que he jecho conmigo mizmo una ezaborisión. Me he dejao caé media zartén de aseite jirviendo en un pie, y estoy que bramo...—¡Várgame Dió!...: ¡pa las quemaura, tinta!—¿Pero tan grande e er que-

mao zeña Zarvaora?—¡Pa tené que empleá dos patata en razpauritas, figúrate!...—Dolorsita: Dió te guarde niña: dame un canterito de pan tierno, quer mío e de antiyé, y mi hijo no pué comerlo porque le ha zalío un flemón que paeze una nué: mañana te degolveré yo una rosquita resién co-sía.—No diga'ozté ezo zeña Zarvaora:... ¡Josú, me dan fatiga a mí ezas coza!...—¡Perdona, mi arma!—Aya vá ezte boyito, que má ricamente jecho, no ze lo come ni er Arsobispo ni er Papa.—Dió te lo pague.—¡Las vesina, zemo pa ezo!...—¿Carolita, que te jase?—¿Quién é?...—Zoy yo mujé:... ¿por ande andas?...—Aquí dentro en la cosina, seña Zarvaora.—Bueno día.—Dió guard'azté.—Mira vas a jasé er favó de jecharme aquí en ezte jarro, una copita e vino pa dárselo a un pobresito ezmayao, que ze ha caío reondo ar zuelo al entrá en mi caza.—¡Tó zea por Dió!...—¡Como ni mi niño ni yo bebemo, y la urgensia der cazo no he pa dí a la taberna!...—No jay que desí ni media palabrita má: aya vá la copa, y mu cumplía.—Dió te lo pague Carola. ¡Várgame la Virgen y que cozas ma jondas pazan en la vía!... ¡Como ha de zé!... Nicolasa:... ¿ties por ahí dos carbonsito?...—Zizeñora.—Mi niño ha venfo argo ezmirriao, y voy a jaserle tila pa que ze tranquilise.—Ayá van.--¡Ah, mira!:... dame un poquito romero y un seriyo, por no í ajora a la tienda a comprá: y perdona hijita.—De ná zeñá Zarvaora.—Adió Trini:—¡Ande tan de priza?—Voy de pazo: ¿qué te jaze?...—Corgando eztos rasimito

de uva pa conservá. — ¡Jozú!...: zi yo tuviera edá p'al embarazo y eztuvía embarazá, zalía er niño con un grumo que desía comermel!...: ¡que coza má lindaaa!...: ¡zi parese contrajecha!...--Pruebe-lazté. — ¿Quies cayá?...: ¡muchas grasía! — ¿Qué grasía ni que jocho cuarto?... tomeozté; pazté... — Que nó. — Que zí digo yo. — Vaya, por no dezpresiarle la azertaré.

Y con to lo recogío y un poquito de trabajo de cosineo por parte de mi mare, comíamo mejó quer Ministro de Sursistencia.

Ar día siguiente, cambiaba loz artículos, pero no las perzonas; jazta que jartábanse en aquel barrio, y teníamo que dir con la Patente de invención a veraneá a otra parte. ¡Y tan apañáito que yevabamo ziempre los *estógamo* por un cazuá!

Grasía a la zeñá Zarvaora, y a los güeno corasone, ze puo yegá a mi colocación con Curríto Ramire, que ez joy pa nozotro poyo con pepitoria. Y a toíto ezto, aquí tienen oztes a un hombre capá de tó, dizpuesto pa tó y con való pa tó, zin que jaya podío levantarze, zobrándole facurtae. Yo zoy un torero mu enterao, con veintisínco año de lidiá reze brava, que me traigo baztantito má carté que muchos que hoy ze tiran el eztoque a la cara, y que ganan a montone las pezeta... ¿No e lástima que un niño de mis condisiones, esté de moso de espás, cuando debiera yevá ya, veinte año d'alternativa?...

—Lo que dise «Canela» e verdá: — declaró Cu-

rrito— ¡con un poquitín de zuerte na má, hubiera sío una armirasió!...

— ¡Un fenómeno!...:— que lo diga el maestro:— pero dende que tuve la ezgrasia de perdé ezte ojo, y yevé el palotaso de la pata, se me torsió er viaje, y ya no ze me endereza, man que le jaleen y le toquen parmas...

— ¿Ostet ganaba molt per cada corríde?...— preguntó el catalán.

— Por cá corría no lo zé, poique era mu difisi ajustá la cuenta; pero por tarde, que e lo que ozté jabrá querío desí...

— Axó mateix; per tarde:... ¿no es igual?... ..

— ¿Que va zé iguá home?... ¡Que poco enterafito andazté de ezas coza!... Por tarde,— como iba disiendo,— ganaba de mataó sinco duro limpio de porvo y paja, mantenío y gastos de viaje pagao.

— ¿En qué clase?...

— En la de carretera...

— ¿Qué gastos pues, habían de abonarle?...

— Trese reale de unas alpargatas nueva, que ziempre me dejaba eztrozaítas en er camino.

— Con totes esas ventacas, ostet habría hecho carrere:... ¡ay coñ!... ¡era una ganga!... ¡Ha perdido un negocio para sert rico, con vivirt nada más que los días que pueda vivirt la Tierra!....

— ¡Oigazté; ¿é chungueo?...

— Aquí no ze chunguea nadie:— objetó Curríto — azín é que a cayá, y tira pa'lante...

— ¡Mucho oco «Canella»; que yo soc de am Barselone!...

—¿Er paí de la butifarra, no?... ¡Po longanisa ahorisá lo jago azté yo ante de ná, como ziga jablando!...

¡Silencio!: —volvió a repetir Curro, con acento de enojo.

—¡Zí; e mejó cayá!

—¡Y tan mejort!...: ¡perque si nó, te asientaría bien la mano!; ¿ah?...

¡Plaf!...

—¿Qué has hecho «Canela»?...—gritó Currito.

—¡Ha zío zin poerlo remediá!: ¡ze m'aío la erecha maetztro!...

—¡Lladre!...: ¡quina bufetada ma dat!... ¡A vert!... ¡ahora mismo el Capitán; que venga el Capitán aquí!...

—Aquí está el Capitán:—dijo el aludido aproximándose:—¿qué pasa?

—¡Yo soc de am Barselone!...

—Por muchos años.

—¡Me sé muy bien las leyes!...

—Me alegre.

—¡Cumpla ostet su obligación, pero enseguida!;... ¿ah?...

—¿Qué es lo que usted pretende?...: explíquese...

—¡El castigu del ofensort!... ¡pero inmediatamente!...: m'an dat una *bufetada en la cara*, que me han decado boch!

—Se castigará sin que yo necesite de objeción alguna.

—¡Es que si nó, donaré cuenta a mi Gobierno!

—¿Pero usted no es español?...

—¡Yo español!?...: ¡cá, no síñort!:... ¡yo soc catalá!...

—¡Ah! muy bien: pues entonces, tengo que volver de mi acuerdo, porque la cosa difiere. Por de pronto, usted se aguanta con las bofetadas, hasta que esta cuestión, se dilucide diplomáticamente, entre *su gobierno* y el mío.

—¡Pero!...

—¡No hay pero que valga!: nuestras opiniones son distintas, porque yo creo que el agresor ha tenido razón sobrada para obrar en la forma que lo ha hecho. Y como se trata de que usted es extranjero, yo no puedo resolver este suceso. Así pues, en cuanto lleguemos a tierra, pondré el hecho en conocimiento de las autoridades de mi país, y ellas resolverán.

—¡Pero ascuche señort Capitán!...

—¿Qué se ofrece?...

—¿Este liu puede astropear el negocio de dugues millones de pesetes, que es lo verdaderamente important pera mí?...

¡Bien pudiera suceder!:... porque si usted ha llevado a cabo ese negocio con arreglo al vigente Código mercantil de mi país, y no está usted autorizado como extranjero, ni debe operar en concepto de súbdito español, usted no podría ampararse de modo alguno en las leyes transaccionales de un Estado extraño, si surgiere cualquiera cuestión de derecho.

—¡Ay, coñ!...: ¡mire, mire, mire!: si ha dicho,

no ha dicho. Yo soc españolt, y... ¡viva Espanya!...

¿Ostet ha visto aquí un patriote de verdat?...
¡Lo demás ha sigut brome!...

—¿Y la bofetada también?...

—¿Quí ricorda ya de la bufetada?...: ¡ni dan ni quitan pesetes!...: ¡es un valort, que no se cotisa en bolsa!

—Este seño, seg un idealista pour la bariga:
—exclamó el francés— ¡Estag fulego!...: ¡Oh, temendogo!...

—¡Vosté se *calla la boca!*

Iba a contestar el francés, y el Capitán a imponer silencio, cuando se oyó una voz que parecía bajar del infinito. Era la voz del gaviero que gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Tierraaaaa!...

Todo el pasaje se abalanzó a la borda, presa de la mayor alegría, y los ojos ansiosos quedaron fijos en el horizonte. En efecto: allá; en esa circunférica línea en que parece que el mar y el firmamento se besan, veíase un algo indefinido para la mirada inexperta; un algo cubierto por las azules gasas que teje la lejanía; un algo que nadie que no fuera marino o muy avezado a navegar, habría definido de un modo concreto, por que en aquella faja desdibujada no apreciábase aún la razón de aquel grito consolador del gaviero.

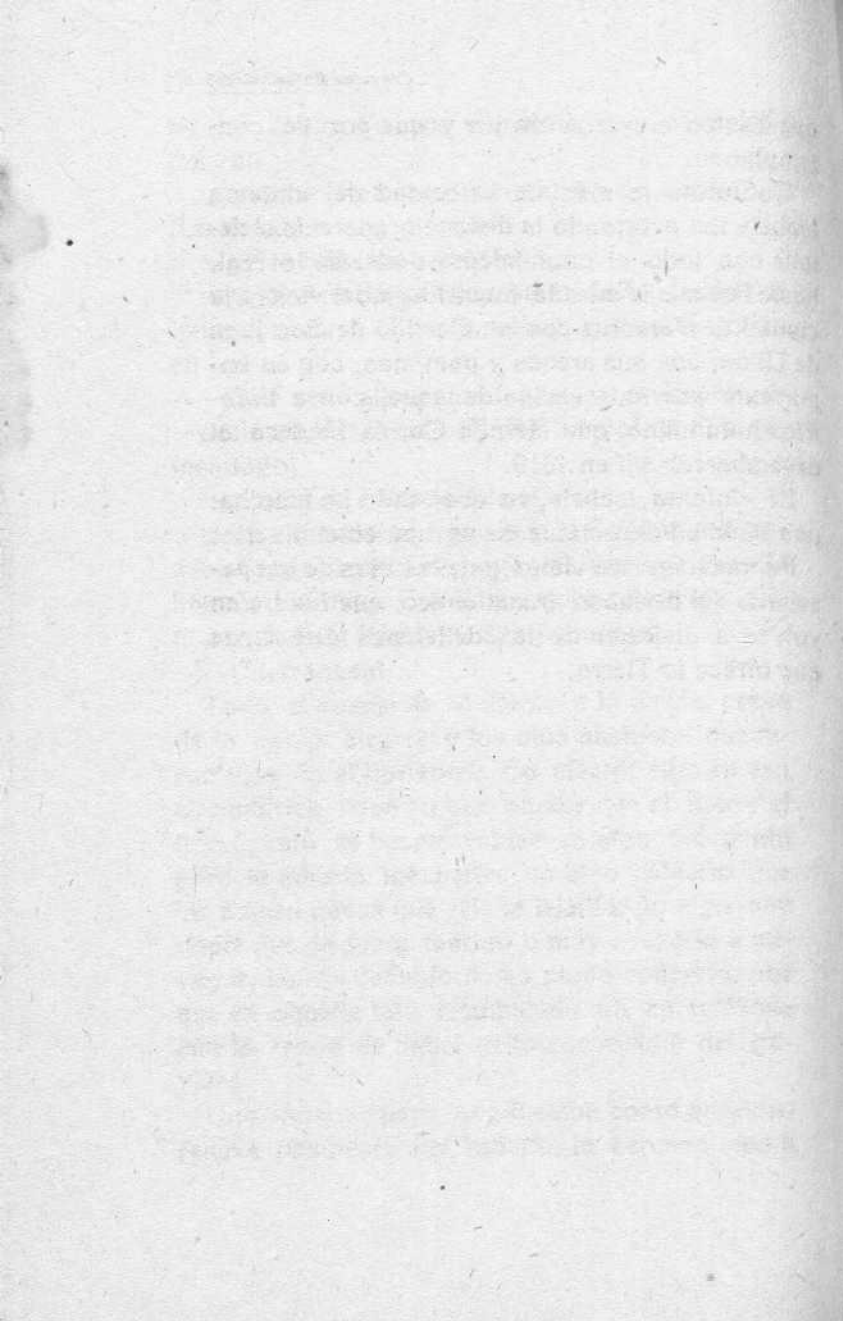
Una hora después, se siluetaba como grisáceo relieve pendiente del infinito, la cercana cosa

que tantos creyeron no ver y que por fin contemplaban.

Conforme la máxima velocidad del «Infanta Isabel» iba acortando la distancia, aparecía el detalle con todo el confundente poder de lo real, hasta llevar a la mirada inquiridora del viajero la ciudad de Veracruz con su Castillo de San Juan de Ulloa, con sus arenas y pantanos, con su importante puerto, y vecina de aquella otra *Villa-Rica* homónima, que Hernán Cortés fundara al desembarcar allí en 1519.

El «Infanta Isabel», va acortando la marcha: una multitud expectante se agrupa en el Puerto.

Fantasmagórica visión, ante los ojos de los pasajeros del hermoso trasatlántico, que no creían volver a disfrutar de las deliciosas grandezas que ofrece la Tierra.





CAPTULO X

CURRITO EN MÉJICO

Curro Ramírez era esperado en Méjico con febril ansiedad. La prensa de España, había llevado hasta la República norteaña las noticias de los ruidosos triunfos del diestro inimitable, y los americanos sentían crecientes deseos de aplaudir en sus cosos taurinos, a la más grande figura del difísil arte de los Romeros.

Las rotulatas anunciadoras de la llegada del torero famoso, ocupaban lugar preferente en todas las esquinas de la capital azteca. En los círculos, en los casinos, en los clubs, en todo centro donde se congregaban gentes ávidas de recoger noticias, las conversaciones tenían el mismo término: la llegada del valiente lidiador español.

Hasta en los domicilios particulares, llegó a do-

minar el desatado interés en favor del hombre emocionante, y no se hablaba de otra cosa que no fuera del deseo de aplaudir al sevillano.

Ellas suspiraban ante el retrato del brujo atormentador de los ensueños: *ellos* se estremecían de entusiasmo ante la idea de contemplar las proezas de aquel artista genial.

Contábanse los días, las horas, los instantes que faltaban para que pisara tierra mejicana el gran matador.

Sabíase que el «Infanta Isabel» conducía al *reverenciado*, y a Veracruz se fueron infinidad de impacientes de la capital del Estado, con el fin de esperar el hermoso trasatlántico.

Y llegó por fin el momento.

Allá, a lo lejos; allá donde un fenómeno de visión hace comprensible la redondez de la Tierra, cuando parece que el firmamento se hunde en las profundas entrañas del Océano; allá en el horizonte donde el cielo nos parece un mar y el mar nos parece un cielo, la columnita de humo desparramándose perezosa por el espacio, anuncia la llegada de lo que aún no se divisa.

¡El «Infanta Isabel»!... ¡Ahí está el «Infanta Isabel»!: —gritaba la muchedumbre apiñada en el Puerto.— ¡Ahí viene el famoso torero!:... ¡ahí viene Curro Ramírez!...

Dos palitos minúsculos, perpendiculares; una pequeña mancha negra después, que parece como que está quieta y avanza; luego un tubo diminuto que tiende al aire como cabellera endri-

na a veces, a veces gris, y nívea otras; más tarde la delineación de lo que al fin llega a la potencialidad de la retina, como chiquita nave, como uno de esos barquitos con que los amorosos padres seducen al niño en la Noche de Reyes, y ya por último, el avance gallardo del navío cortando las aguas espumosas y siseantes, hasta penetrar en la bahía con toda la grandeza de su porte, con todo el estrépito de cadenas, y con todo el ensordecedor estruendo de sus máquinas que exhalan los últimos latidos.

Desciende el pasaje hasta las barquillas que lo trasbordan a tierra firme, después de tantos días de lucha con los elementos. Los comisionistas de hoteles, ofrecen hospedadaje a los desembarcados; los autos trepidan prontos a emprender la veloz carrera; el enteco inglés con su frío porte, el magroso galo con su charla constante, el italiano bullidor, el español nervioso. La aristocrática maleta de olorosa piel, la de cartón modesto con sus brujones y abolladuras, el fardo del emigrante con sus colores abigarrados y sus vueltas de cuerda. El sombrero bien, la democrática gorra, el elegante, el astroso, todo ese conglomerado heterogéneo de seres y de cosas que vomitan sobre el suelo los monstruos del mar, deambula por entre la compacta masa de gentes que no reparan en el polícromo cuadro que presentan los desembarcados, si no que aquella muchedumbre que espera, está pendiente de algo que mantiene viva la emoción.

Curro Ramírez: esto se lee en todos los rostros: esto declaran todas las miradas; esto anhelan todos los corazones.

«El Niño de Triana», «Pinturas», «Penitas» y «El Carcelero»; los cuatro peones de Currito, lucen ya sus *jechuras* por entre aquel público ansioso.

«El Matute», «Brazo Duro» y «El Vivales», picadores del *mosito crúo*, como ellos decían siempre que necesitaban *mentá ar maestro*, contoneaban sus atléticas figuras, más huecos que el pavo cuando hace la rueda. Apenas «Canela» hubo puesto la planta en tierra, oyó runrunear a varios impacientes...

—¿Estará entre esos, «Currito»?...

—¡Qué va a ezta home, qué va a ezta!... ¡Qué má quizieran ezoz que pareserle ar niño, man que fuera en lo má *inzirnificante!*...:—díjoles el mozo de estoques.

—¡Cuidao que tié mal'ange ezte «Canela!»!...; ¡camará!...

—Silensio «Brazo Duro»; no te contezto, porque fíjate en la má, y verá quien viene...

.....

Cortando con vertiginosa celeridad las serenas aguas, avanza a todo motor una ligera canoa en cuyo seno se destaca la gallarda figura de Currito Ramírez acompañado de los dos empresarios mejicanos, los cuales miran hacia el puerto y sonríen llenos de sincera satisfacción.

Apenas atraca la gasolinera, la muchedumbre

aplaude con entusiasmo y las miradas inquiridoras se definen en el que desde aquellos momentos, se adueña de la voluntad de los hijos Pamperos.

Apuesto, con aflujos de sangre en su rostro juvenil, simpaticón y atrayente, sonríe, salta a tierra, y como sino sugerido de su propia grandeza, dá gracias por aquel entusiasta recibimiento.

Ojos hechiceros, mirábanle fijos, invitadores; tal vez presagiando en la arrogancia del mozo, muchos retratos de víctimas y muchos recuerdos de amor.

Su vistoso traje de purísima hechura sevillana, remarcaba la delineación perfecta de aquel cuerpo brioso y jocundo; su paso reposado, mayestático, armónico, ayudaba a realzar la gracil plasticidad de su típico indumento, y ellas soñaron con idilios románticos entrecruzando miradas y suspiros, mientras que ellos en loca y cruel ansia, esperaban el instante en que la *fiera pública*, ruge, sangra y llora, desde las gradas circulares y prietas del coso taurino.

Currito aspiraba con deleite ese aroma de mujer que perfuma el alma, y claro es que sintióse satisfecho al verse objeto de miradas que eran como reir de ojos acariciadores; miradas como dardos de fuego; miradas que apuñalando el corazón, apresábanlo entre los rizados aladares, entre las crenchas de ébano de las ingenuas y bellas mejicanas.

Dulces electuarios, eran para Currito aquellos

momentos de francò entusiasmo; aquellos momentos edificantes y conmovedores; aquella triunfal acogida con tanta vehemencia dispensada.

Y de esta suerte llegó nuestro hombre hasta la capital de la República, que no sólo refrendó, sino que engrandeció las ovaciones que fué recibiendo desde Veracruz a Méjico.

Sahumado por los embriagadores aromas del elogio, tuvo instantes de dejación, de abandono, en los que henchido por las sugerencias de tanta mujer bella y obsequiosa, dió entrada en su pecho a los vislumbres de muchos días de amor.

Pero pronto reaccionó violento: desde muy lejos llegó hasta él un suspiro de agonía y enrojeció de dolor y de vergüenza.

Por entre halos brillantes, como surgiendo del nadir, se apareció de pronto ante sus ojos una divinidad, un portento, una figura áurea de mujer abnegada hasta el heroísmo, que envolviéndolo con el fuego de sus pupilas, de las que emanaba el dolor, y dejando ver sus dientes nítidos por entre rojeces de clavel sevillano, avanza; avanza siempre enturbantada de encajes alberos; envuelta en su manto inconsutil bordado de luces y flores y emergiendo de cristalinos regatos que formaron las lágrimas de un padecer cruento, quedó junto a él; aproxima su rostro de triste palidez cautiva, llegando con su boca entreabierta, húmeda y roja, hasta el oído de Curro, para recordarle con acento ensordinado y misterioso,

unas palabras de enloquecedora dulzura: «Tonto ¿por qué lloras si yo te espero?»...

Curro se estremeció.

Desvaneci6se el fantasma y el hijo de «La Campanera» en la mediocrecidad del sentir, hubo de acusarse de ambiguas sensaciones que 6l entonces reputara en la intimidad como intempestivas y fastidiosas. El favor que como hombre preferido disfrutara en las lisas de amores, tuvo para 6l una parte vulnerable; vulnerable como el tal6n de Aquiles, que al fin ocasion6 la muerte del h6roe de Phitie al ser herido por la flecha que contra el descendiente de Peleo y de Tetis disparara Paris, cuando el matador de H6ctor fu6 a casarse con Polixena, hija de Priamo. Y tuvo para Curro una parte vulnerable, porque sus moment6neas debilidades de engreimiento fr6volamente practicadas, obligaronle a corresponder con la debida obsequiosidad a las damas que hac6anlo objeto de seductores testimonios, de preferencias y f6ciles rendimientos, decidiendo para 6l ese supremo instante que marca en nuestra conciencia un punto de contrici6n.

Pens6 en que la mujer de sus anhelos, quedaba en el otro emisferio donde hay una tierra espa6ola y en la espa6ola tierra una Andaluc6a y en el para6iso andaluz una Sevilla, que es el lugar predestinado por Dios para levantar su Trono cuando de nu6vo venga a estos valles sublunares a premiar con c6licos inciensos, con fragancias m6sticas, con gloria preciada, ese *himno de las*

corraleras de la tierra de María Santísima.

El amor y los desengaños terminarían con *ella*. Pero no: ni el amó, porque amá ez viví, ni loz dezengañio porque eyos no harán preza en zu corasón, han de robarme lo que yo má quiero: —decíase Currito:—ante que hasé que pene, que Dió no me dé en ezta vía má que amargura.

Desde entonces Curro Ramírez olvidó sedas y joyas; luces y flores; miradas reidoras, apasionados suspiros, mordientes ansias; todo, todo cuanto a un espíritu impetuoso encerrado en carne juvenil puede serle apetecido, sin que jamás la vanidad volviera a herir sus sentimientos.

Como mandato imperativo, como fuerza de absorción, dejó de significarse con las miradas.

El auto que le conducía atravesaba por entre informe masa de público inquiridor que rodeaba el vehículo con el afán de contemplar de cerca al hombre extraordinario, sin que para llevar a cabo tal empeño fuera óbice el asfixiante calor que dejaban sentir los rayos de un sol pampero.

Apenas si el coche podía marchar: la muchedumbre prorrumpía en vítores y los aplausos no cesaban ni un solo instante. No parecía aquello el recibimiento dispensado a un artista, si no la acogida tributada al Jefe de una nación amiga.

Así recorrió nuestro héroe lo más bello de la capital azteca, de la ciudad señora que se levanta altiva en medio de la cordillera del Anahuac, con sus catorce torres de otras tantas parroquias, con su hermosa Catedral ó *Teocali*, el vasto Palacio

Nacional, la Universidad, la Academia de Bellas Artes, el Observatorio Astronómico, la Casa de la Moneda, la Escuela Montañística, el Jardín Botánico, su gran número de Institutos científicos y literarios; la ciudad reina del valle de Tenochtitlán, con sus hermosas vías, paseos y plazas; con sus *Jardines flotantes* o *Chinampas* sobre los lagos Tezcuco y Chalco; la Ciudad hidalga que dáble cortesmente la bienvenida a nuestro compatriota, y a la que nuestro compatriota creyóse siempre obligado. Así recorrió Currito lo más bello de la ciudad mejicana, hasta que el automóvil hizo alto frente al Hotel fastuoso en que al diestro se le tenía preparado hospedaje.

Apeóse el sevillano y los amigos que le acompañaban, siendo recibido aquél por los dueños del establecimiento, que le condujeron hasta la elegante habitación que iba a ocupar el amado por María del Carmen.

Una vez en la lujosa estancia, la empresa decidió dejarle libre de esos fisgoneos gulusmeros que tanto enojan cuando precisa el descanso.

—No zé cómo pagá a Méjico el favó que me hase, muy superió a mis meresimiento y a cuanto yo esperaba de este pueblo hospitalario, a pezá de esperá mucho:—comenzó diciendo Currito.

—Vos lo merecéis todo, señor Ramírez—hubo de contestar uno de los empresarios;—y lo que sentiríamos es no haber estado a la altura de los deberes que se han de cumplir con un artista como vos.

—Lo que yo no me explico bien é, como a un pobre lidió ze le corma de atenciones que sólo ze rezervan al hombre de valé, de influjo o de zaviduría. Por no reuní yo ninguna de estas tré sircunstansia que dan motivo a tales prueba de afecto y admiración, me creo má obligáo a uztedé, y pa correspondé, no como yo quiziera, zino como me conzienta er medio, haré cuanto zea prezizo.

—Si nosotros no tuviéramos la evidencia de cuán separadamente marcha de la realidad vuestra modestia; si no hubiéramos tenido la fortuna de veros lidiar en las plazas españolas, sería suficiente leer la prensa de vuestra patria, para darse cuenta de la grandeza de vuestro toreo inverosímil, sublime, incomparable; toreo que hace sentir el escalofrío de la más honda emoción. Méjico sabe a quien recibe, y sólo le falta disfrutar del entusiasmo que despierta el trabajo de todo afortunado hijo de la fama.

—Grasia por el conserto que tienen de mi insignificanté persona, y quiera Dió y la zuerte dar-me asierto er día que ponga toíto mi empeño en demostrá aunque sólo zea argo, de lo que de mí ze espera.

—Tenemos tal seguridad en vos, que descontamos el triunfo. Así, pues, descanse el gran torero para qué pasados dos días, nos dé a probar las dulzuras de su arte inimitable.

—Haré cuanto deba y puea.

Despidióse la empresa y demás personajes que

acompañaron a Currito, y aceptando éste el consejo de aquellos tan buenos amigos, desnudóse precipitadamente apenas lo dejaron solo, metiéndose en la cama, donde Morfeo esperábale afanoso para darle en la frente el beso de *suspensión*.

Una hora antes de la comida, en la puerta de Curro dieron unos golpecitos muy discretos primero y más recios después.

—¿Quién va?...—se oyó preguntar desde el interior.

—Zoy yo, maeztro; er «Canela», que anda ya ezmayaíto porque zon las zeí de la tarde, y la jora aquí tien los mizmo minuto que tien en Zeviya. Quiero desí, maeztro, que a las zeí de la tarde ya farta mu poquita coza pa que un home ze convierta en *ezfauta* a juerza de tené en reposo er *eztógamo*... ¡Jozú y qué pena má grande é no poé jamá cuando quiere un dezgrasiaíto!...

Curro saltó del lecho, hizo girar la llave, y volviéndose a la cama de nuevo, dijo al mozo de estoques:

—¡Empuja la puerta ya, y entra...

—¿Ze pué pazá?...

—¡Vamo a prizifa, home!...

—Dió guarde al rey de los mataore—dijo «Canela» entrando...

—¿Qué hora é?...

—Las zeí:... ¿no lo je dicho ya zeí vese?...

—¿De vera, las zei?...

—¡Ezo é miza!...

—¿Pero por qué me haz dejáo dormí tanto?...

—Lo mizmito lezpetáo yo a mi patrona:...
¿por qué ma dejáo ozté dormí tanto?.., ¡mal
angel!...

—¿Tú también te levantas ahora?...

—Ajora no; ya jase un rato...: ¡azín tengo la
jambre que tengol!...

—¡Vamo vivo, «Canela»!...

—Eztoy má muerto que vivo...: pero en fin,
vamo a empezá pronto, pa terminá pronto y tra-
gá pronto.

—Ziempre penzando en comé: ¡qué felí erel!...

—¡A vé qué vidal... ¡Ezgrasiaíto que nace uno
con el *eztógamo* delicaol

—¡Qué animál!...

—¿E favó, maestro?...

—Zon narise: ¡vengan ya mis botal!...

—¿*Cuálas?*...

—Las de pie de ruzia que me jiso er Chico.

—Ya mismo están.

—Traje corto.

—¡Zanta palabra!... La verdá é que un maca-
reno, nunca vá má castisamente vestío que cuan-
do ze pone un pantalón ceñiíto de caera, la cha-
quetiya con alhamare, la camisa como pechuguita
de paloma y con briyantes má briyantes quer
mismo zó, zombrero de ala plana bien plantá,
y jeché ozté *jechuras*: un home azí é un home.
Pero un home con carzone e fueye, con cueyo

de ajorcao, con corbata de litri, con americana larga y con má vuelo quer capote der Gayo en una rebolera, con sapatos que paesen unos pie ercarzo y con zombbrero *fríguli* con la copa cozía por un aprendí de amolaó, eze no é un home; é un ezpantapájaros que no tié na de torero, ni de macareno, ni de trapío, ni de ná... ¿No, maestro?...

—Cáyate ya «Canela»; que hablas má que un dentista de plasuela...

—¡Al avío!: ¿pantalones?...

—Los grise...

—¿Ghaquetiya?...

—La negra: ¡negra como las penita que yo eztoy pázando dezde que me zeparé de zu veral...

—Ya apareció aqueyo...

—¡Silensio!...

—Ma callao que un difunto.

—Date priza.

—¡Maestro, zi paeze que man plantao er zeyo de urgensial...

—¡Vivol!...

—¿Zombbrero?...

—El blanco: blanco como zus clavele:... ¡Ah!... en la camisa, pone la cuatro perla que me regaló er Visconde de Ensinare, en la última corría que toreé en Madrí...

—Ante de un minuto, toíto dizpuesto.

—Agua en la safa.

—Como cristale, espera que en eya meta las mano er mejó torero e la Tierra...

—¿Er jabón, ande las puezto?... ¡eztáz hecho una calamiál!...

—Maestro: que entre er jabón y osté ha pazáo la Girarda, y ya no vemo ni gota... Ahí está la paztiya zin eztrená. ¿No la diquela er niño?...

—¡Ah, zíl... ¡Perdona, home!...

—¡Perdonao pa toa una eterniál!...

—Mira: mientras me lavo, pon los jemelo a los puño, los broche ar cueyo: zaca la cartera que ezta debajito de la armohá, y la pone en er borziyo interiú der chaleco...

—Pa que la vasie er primé chaleco que zarga;... ¿no?...

—¡Que bárbaro erel!...

—Er «Canela» agraease la distinsiún... ¿Za fregao osté ya?...

—¿Me haz tomao por enzalaera?...

—¡Como lo veo azté con el eztopajo en la mano!...

—¿Ezto e eztopajo, o una ezponja; zo animá?...

—Ayá va la *tobaya*, y aquí er sepiyo de diente, y er de las uña, y er de loz pelo. En ezte otro lao, la lorsiún Pelé, y er peine en mi mano pa zacá la raya con *tiralinia* y dejá la coleta mejó plantá, que un Guardia Siví en Vierende Zanto?...

—¿Haz puesto los tirante en los pantalones?...

—Ya están...

—Vengan.

—A la mano.

—Las botas.

—Pongasté er pie erecho;... azín... Venga el otro...: ni con varselina, ze meten ante ni mejó...

Currito corrió la silla hasta quedar frente al espejo, y poniendo la tohalla sobre sus hombros, entró en funciones «Canela».

—Pon ante una frisión de quina.

El mozo se esmeraba en el tocado.

—Ya está: ajora la trensa... ¡Mi mare, cómo rezurta er peinao!...: ¡ni con plancha e vapó, maestro!.. Vamo a ve la raya:... ¡atisa!...; ¡hoy ma zalío, que ni de durse!...: ¡vaya una rayital...; ¡ni pintá por Muriyo se jase con má angel... ¡Tie ozté joy er pelo, como pa quitarze er zombbrero delantito de María der Carme, y que María der Carme ze queara inzurtá. Y que no hay desajeración. ¡Míztela al espejo: ezta má erecha que un sirio der Zanto Entierrol...

—La camiza;... ¡venga la camiza pronto!...

—¡Máz pronto que la camiza no hay nál...

—Abre bien pa que no me despeine...

—¡Juy mi mare jechando ar mundo niños grasiosol...: ¡olé!...: zin tocá un pelito ha zalío ezto.

—Los tirante; pásalos bien.

—Tan bien pasao, como pasa un Miura Currito Ramire...

—Er chaleco.

—Ya mizmo:...vamo a vé...; azín: ¡jezo ze yama un chaleco maraviyozamente plantaol... la chaquetiya ajora:... ¡el má grandel; pero que lo digo yo, y ya ezta. ¡Que vengan cuando quieran toos los maletas der sielo, y que me digan a mí si en

aquer mundo, u en ezte mundo u en er otro mundo, jay quien!...

—¡Zí, home!:... ¡ere el máz maleta, de too loz maletal...

—¡Ezo e jablá!:... y luego, quer tipo ayúa a vestí! Mi mare lo ha dicho muchas vese: *pá líneas culvaz* y *pelpendiculariez*, Currito y tú; tú y Currito...

—¡Pero «Canela», zi tú tiene toaz las *jechuras* de una arcayatal...

—Pues por ezo; por ezo dice mi mare lo de las *líniaz culvaz*... Pero no me negará osté que zi no juera por er *retorsío* de esta pata que me eztropeó aquer marrajo cuando lusía miz condicione de güen torero en la Plasa Mayó de Zantiponse, no jabía tío má tío que yo, ni má gitanso, ni con má *faitiga*; ¡digo!; jasiendo a un lao a Currito, que é er único que por zuerte zuya, poía compararze a ezte fenómeno e grasía. Pero tuve la ezgracia que me estropearan, y ya perdió mérito *er menumento*.

—¡Toavía tiez tipo!

—¿Verdá, maeztro?...

—¡Zí, home, zí!; ¡toavía tiez tipo de leñaól... Venga ya er zombrero...

—¡Ayá va ezta zea, pero ma margao ozté la ersistencia!

—Trae pa cá er reló, que está zobre la mesa e noche, y mira la hora que é...

—Aquí zon las ziete en punto; ¡pero zegún la gazuza que yo tengo atrazá, ezte reló anda atrazao, má fijo quer zó!...

—¿Zi é má fijo quer zó, cómo anda atrazao, zo asémila?...

—¡E un poné!...

En este momento, se oyó una voz que desde el exterior de la habitación decía, después de unos golpecitos dados prudentemente sobre la puerta: «Señor, es la hora de comer»...

—¡Mucha gracia!—respondió Currito—¡va enzeguía!...

—¿Han tocao a miza, maestro?...

—Han tocao a pienzo, «Canela»...

—¡Zanta palabra!... ¡Y tan devoto que zoy yo de jesa religión!...

—Pue largo ya: a fragá pronto, y ar momento aquí otra vé por zi ze me ocurre argo...

—No zé zi voy a poé llegá...

—¿Dónde?...

—¿Ande va a zé?; a mi penzión.

—¿Qué te paza?...

—¡Que no me paza la jambre que tengo.

—Has nasío pa comé...

—¡No, que va a zé pa ayuná!...: ¡con lo perra que é la vía!...

—¡Má perro eres tül

—¡Tengo una patrona, maestro, que e la yave e rezalá! Osté pué vé zu cara: ze coge una caja de betún mú grande, de eza que ze jazen pa los anunsio: ze pelan do ajo, y ze dejan metiito en er primer tersio: luego dá uno un peyizco en los medio, pa levantá un poquito la paza: ayí mizmito se clava dos vese er deo *menique*, manchazté

con é luego er sentro de loz ajo, y embutiendo a lo largo un pimiento colorao por debajito de onde enantez ze le endiñó er peyizco, tié uno el retrato esarto de eza bendisión... ¡Un primó!

—Caya y vete ya...

—¡Eztoy perdío por la fila de eza mujé!... Cuando ayegue de nuevo a Zeviya, zi e que ayego, voy a golvé má fino quer corá!...

—Anda con Dió, pelmaso.

—¿Ozté no manda ná?...

—Que dé ezpresione a tu patrona.

—Zerazté zervío.

Salió el mozo de estoques; y momentos después, Curro abandonaba la estancia, no sin antes dirigir al espejo una postrera mirada, para vencerse de que en realidad era natural su gallardía, y atrayente su figura.

Entró en el comedor: las damas clavaron los ojos en él: hablaban las miradas, las bocas sonreían pícaras, casi procaces, los pechos estremecíanse de ridículos celos, el infierno del pecado ardió en las femeninas mientes, y dos flores divinales de esa rara Diosa que se llama virtud, deshojábanse en la rosaleta de la castidad pudente y exigidora.

Los caballeros contemplábanlo con ese interés que despierta todo lo grande, lo extraordinario, lo famoso, lo que en una u otra forma sale del círculo vulgar, para imponerse a las sensaciones del sentir público.

Currito mostrábase inasequible, sin que por

ello hubiera detrimento alguno para su natural amable e hidalgo.

Al entrar, saludó con una cortés inclinación de cabeza; inclinación ajena a toda jactancia, sin tener en cuenta para nada que él era la causa de aquellas excitaciones admirativas.

Fuese a ocupar un asiento frente a la hermosa italiana, que sonreíale con toda la gracia soñadora de las atraentes hijas de la patria del Dante; y una vez que se hubo acomodado en la silla, le interrogó con acento que revelaba, no el interés que sabe despertar la mujer amada, sino el deber que impone al caballero, el hecho de estrecha amistad con la dama que todo lo expone en aras de un deseo anhelado.

—¿Haz dezcanzaíto ya?...

—Bene:... ¿y tú?...

—Regulá. Estaba rendío y lo estoy aún. En er barco e muy azarozo er zueño: porque zin está acostumbrao a eze mesé e cuna, er dormí no e tó lo tranquilo que uno quiziera.

—Yo dormire más dolsemente. Ahora no ha sido tan gratto el reposso, porque la loccura realisada, me acusa del hecho maio.

—No zeas niña Coztanzia: nada tema de mí. Fía en la honradé e Curro, que por é, naide ha de pezcá ni una palabrita.

—Sabere bene, que el homo del mío amore ser cabaglieri, y per eso sentire el ánimo tranquilo: pero io darte notisia funesta.

—¿Qué zuzede?...

—Hoy i salitto, y frente a la Catedrale e incontratto a Luigi Duardi...

—¿Quién e eze?...

—Gli companñero de Victorio.

—¿Y quién é Virtorio?...

—Il mío maritto.

—Bien: ¿y qué hase aquí eze Luigi?...

—Di passo estar. Ritornari a Brooklin, después di varios días di estanchia en Veracruse, donde ha sido destinatto per la Empretna yanki, en unione di Victorio. Io presentare la escussa di que tenía molto empeñio di conosere Méjico, y venire di sorpresa, per si no fuore gratto a él la impensatta expedichione.

—Muy bien dicho...: ¿pero qué haremo ahora?...

—Huire longano: io tengo fortunna inmensa, y los dos sere felitse.

—¡Oh, yo quiziera, pero no pueo!...

—¿Com disse?...

—Que no me ez pozible azertá tuz propózo.

—¿Y tú me amas?...: ¿y tú churare amore infinitto?...: ¿qué hasere de tus promesas?...

—No zeas loca: ¿huir, dises?...: ¿y mi contrato?...: ¿crees que tan fasilmente ze burla un compromizo?...

—Molto más difísile se hase burlare una honra, y se burla: io la he burlatto per tuo cariñio. Il tuo inconveniente, se resolve con liras; il mío solo resolverlo la morte... Hay gran diferencia; ¿no es verita?

Ante tan lógico argumento, Currito se sintió perplejo y no supo qué contestar; pero pensando de qué forma podría evadirse de aquel serio conflicto saliendo airoso del atolladero, se le ocurrió una idea que daba al traste con la viveza de la italiana.

—Mira, Coztanzia:--comenzó diciendo—ze me ocurre un medio pa que yevemo a cabo tuz proyezto, zin tené que uzá de otraz violensia que laz que ze hazen necesaria, o zean laz que reprezentan el abandono de tu marío.

—Explica, que io escuchare atenta.

—Dispuesta que estás a que huyamo pa disfrutá de nuestro amó y zé felice, yo te diré er modo. No creaz que zon egoizmo miz pretensione, toa vé quer daño que tú haz de cauzá, no pué evitarze: mientras quer mío, no hay nezeziá de haserlo, zin que por ello ze pierda ná, zi no que ze va ganando; y digo que ze va ganando, porque mi contrato e muy ventajozo y una ve urtima, aumentaría grandemente nuestra fortuna...

—¿Cómo?

—Verá: lo mizmito que haz dicho a Luigi le escribe a Virtorio, y ya te haz zalfo der primé compromizo...

—No comprendo...

—Muy zenziyo; mira: tú envía una carta a tu ezpozo, en la que le dise eza calaveraiya de venirte aquí sin permizo zuyo: en eza mizma carta, le manifiezta que haz vizto a zu amigo Luigi y que

por é, haz zabío zu destino a Veracrú; y como Veracrú está cerquita de aquí, y tú está mu agustito en Méjico, crez inuti hasé er viaje a Brooklin y aquí espera para marchá a Veracrú en cuanto que é, te anunsie zu llegada.

—Y nosotros huire entre tanto anchelo mío;... ¿veritá?

—No, niña; para los pie y no corras tanto. Ten pasiensia y no te presipite...

—Yo estare anchiosa per conocer la cholu-sione.

—Caya mujé: azí que tu ezpozo te comuniqué que ya está en su nuevo destino, tú te vá a Veracrú...

—¡Per Dio!...

—Perdíó eztamo nozotro, zi no hase lo que yo chanelo. No zea tonta arma mía; fijate bien: tú marcha a Veracrú: de aquí a que ocurra ezo, ze ha pazaíto má de un mé. Como quiera que zon tré lo que ha de durá mi compromiso en Méjico, dezcuena uno, y quean dó que ze pazan má pronto que un seriyo de a sinco; y ya tiene a ezte gachí, libre de toítas zus trabaz, y dizpuezto a galopá má que un cabayo de pura zangre. ¡Ezo é tené chichí!

—¡Me gustare la tua ocurrencia!

—¿No te ha de gustá, napolitana?... Noz ponemo luego en combina pa que no ze apee er gachó; y cuando meno lo pienze, un auto a buena marcha pone a ezta parejita en el puerto que elijamo, y Virtorio ha zalío por laz oreja. Despué

con amó y con monea, no hay quien no paze la vía mejó quer Zá de la Perzia, con toítaz zu perziana; ¿vale?...

—¡Oh, sí; cor mio!...: ¡magnífica ideal... !Chúrame que cumplirás la tua promessa!...

—¡Jurae y dié vese jurae!...

—¡Te creo; iluchione de tua Constansia!... Te creo, per que te amo con amore ardiente; ardiente sí; ardiente, como enchendida lava del Vesubio que corre fiera, hasta quemare el rico suelo napolitano.

Esta conversación mantenida a media voz y en derredor de una mesita que de antemano eligiera la bella Constancia; en derredor de una mesita apartada en un ángulo de la vasta sala; en derredor de una mesita a la que no llegan oídos indiscretos porque ha sido la preferida para tal fin, quedó bajo la salvaguardia de un mutismo inviolable, porque aquellas cuatro tablas fueron las depositarias fieles que habían de guardar el secreto de dos traiciones. No hay que decir que las confidencias cesaban alternativamente, cada vez que hacía su aparición la encasacada figura del camarero.

Nadie pudo escuchar nada de aquellas intimidades; pero en cambio, nadie quedó sin inquirir con ojos avizores, hasta los gestos más inocentes de aquellos dos rostros juveniles, por si de tales gestos, pudieran deducir algo del diálogo que con interés creciente mantenían, para condenación de los observadores.

¡Cuántas envidias encendió *ella!* ¡Cuántas envidias inspiró él!

Ya el almuerzo había terminado.

Un botones, se acercó respetuoso para comunicar a Currito que, varios caballeros le aguardaban en la sala de lectura.

—Diles que voy enzeguida: y no obstante tal anuncio, el diestro siguió contemplando a Constancia.

La italiana era un encanto: ingenua sin noñeces, elegante sin amaneramientos, dulce, pero borrado ese gesto de pesar que deja inexpresivo el rostro, matando todo matiz de alegría que tanto seduce en la mujer.

Era la hembra que decidíase a reñir con la fosquedad de la noche, para precipitarse por la vorágine de la vida con todos los irreflexivos entusiasmos propios de sus pocos años.

Sus negros ojos, brillaban como luces de una almenara; su faz amapolábase por la extraordinaria agitación de su natural ultrasensible, sin que supiera encubrir resignadamente las sensaciones que dan martirio a su deseo impetuoso.

¡Aquel hombre!... ¿Qué misterio encerraba aquel hombre para verse arrastrada, vencida, anhelosa, tras un desenfreno que jamás sintiera?... Durante sus viajes por España, había oído hablar de él: ansiaba conocerlo, y el destino se lo deparó a bordo de un Trasatlántico, para caer rendida... ¿Por qué?... A veces no acertaba a responderse; y no acertaba a responderse, por-

que no quería creer en su voluntario abandono... ¿Tan pronto?... ¿Cómo había sido aquello?... ¿Qué extraño influjo ejerció sobre su corazón, para sacrificarle todo el tesoro de su castidad?...

La varonil belleza de aquel hombre, su apostura, su lujuria de sangre, la gloria, el arte, la pública admiración, el estoico valor; ¿no era esto sobrado?... ¡Claro que lo era!...: y por serlo, cayó la paloma y venció el milano.

—Perdona Coztanzia unoz iztante.

—Sí: io también me retiro.

—¿Dónde vas?...

—A mi estanchia.

—¿Zin número quizá?

—No; que tenere el dicisette...

—Eze número ensierra mi dicha.

—¡En él encontrarás, una vitta y un ánima!

Juntos salieron del comedor; y mientras que la italiana lo envolvía en una postrera mirada, Currito pagábale con sonrisa significativa. Ella, se dirigió a su cuarto: él, a la Sala de lectura.

.....
La empresa, acompañada de otras distinguidas personalidades que ansiaban el momento de saludar al famoso lidiador, aguardaban impacientes su aparición.

En cuanto el diestro penetró en aquella lujosa pieza, todos los que en ella había, pusiéronse de pie como por resorte.

Era un niño; un niño el que afable, sencillo y

carifioso les saludaba con toda la sinceridad de sus sentimientos nobles. ¿Cómo un joven de tan pocos años, podía realizar cosas tan extraordinarias como las que de él se contaban?...—Esta pregunta se hacían para sí aquellos señores.—Pero en fin, esto no era causa que restara interés; al contrario; para Curro se traducía en un motivo más de admiración.

El señor Araujo—principal factor de la empresa—fué haciendo las presentaciones. Todos tuvieron para el sevillano frases de sincero elogio, que Currito agradeció muy cortésmente.

—¿Habéis descansado bien?—preguntóle el otro empresario, señor Megía.

—¡Oh!..., mucho mejó que yo ezperaba. Uztede ze fueron de aquí ezta mañana cuando zerían la onze...: ¿no?...

—¡Exacto!...

—Pue bien: m'he levantao a laz zei, gracia a que me dezpertó mi moso de eztoque; porque de lo contrario, yo creo que aún eztoy en el mejó de loz zueño...

—Rinde mucho el navegar: y si al natural rendimiento se le añade el mareo, como nos ocurre al señor Araujo y a mí, es insufrible el viaje. No tenemos que decir a usted lo que hemos pasado en la travesía, pues que nos acompañó y sabe que hemos venido en completa reclusión por no atrevernos a salir del camarote.

—Verdá que no zé cómo ze atreven a embarcá, pazando laz amargura que uztede pazan.

—Era un país que pedía ver a un hombre, y había que ir a por él costara lo que costara.

—¡No e pa tanto la coza!... Pero en fin, Dió pague a uztede la buena intensión que conmigo tienen. Yo zé desí, que toíto pue zufrirze, con tal de encontrarze uno con cabayero como uztede, que hasen tan zimpática la vía...

—Mucho es el favor que vos nos dispensáis, señor Ramírez...

—No digo má que lo que ziento y lo que é verdá.

—Muchas gracias.

—Jamá laz meresió lo juzto...

—Y vamos a otra cosa.

—Uztede dirán...

—Nosotros hemos venido a saludaros primero, y después, por si queréis dar un vistazo a la capital, ansiosa ya de conocer al famoso torero español.

—Zon tan amable los hijos de este paí, que no zabré nunca pagá bien tanto favó como eztoy resibiendo.

—Vuestra amistad nos liquida con creces. Así es que no hay por qué ocuparse más de esto. ¿Si no vais a volver de nuevo al descanso, aceptáis nuestra invitación?...

—Yo quiero toíto lo que uztede quieran, zeñó Araujo...

—Pues vamos.

Currito hizo que sonara el timbre, apareciendo un botones momentos después.

Mi zombrero, que he dejao en la percha der

ante-comedó; tráetelo pa cá ahora mizmito... ¡pero volando!...

No había transcurrido un minuto, cuando el sombrero quedaba en sus manos.

Rodeado de aquellos señores, salió del hotel; y frente a la puerta esperaban tres magníficos autos, cuyos motores estremecíanse con temblores de epiléptico.

Subieron a los coches prestamente, partiendo a poca velocidad para que Currito fuera dándose cuenta del detalle, en lo que respecta a los puntos que iban recorriendo.

En cuanto los transeuntes percatábanse de quién era la principal figura de aquel pequeño cortejo automovilista, hacían alto en las aceras, para desde allí regodearse en la contemplación momentánea del gran torero.

Surgía la admiración, cundía el aplauso, crecía el interés, y el júbilo retratábase en todos los continentes.

Era tal el entusiasmo que Currito había logrado despertar en los mejicanos, que el diestro no sabía cómo corresponder al popular afecto; más digno de tenerse en cuenta por su espontaneidad sincera, ya que no nacía del testimonio de sus profesionales méritos, porque él no había hecho aún sentir al pueblo el escalofrío de su arte maravilloso.

Cuando a la una de la madrugada se despedía de sus acompañantes en la puerta del Hotel, el señor Araujo, hubo de preguntarle:

—Estais satisfecho de los mejicanos, Curro?

—El gozo no me cabe en er cuerpo y ya miro a ezte paí como zi en é hubiera nasío...

—¡Y eso, que aún no os han visto trabajar!...

El sevillano no pudo reprimir un arranque de entusiasmo, y contestó convencido de lo que decía...

—¡Pazao mañana *me verán!*...: ¡pazao mañana les pagaré argo de lo mucho que les debo!... ¡O conzigo que no mueran zu iluzione, o muere el que no lo ha conzeguío!...

—Falta satisfecho de los mexicanos, Curto?
—El gozo no me cabe en el cuerpo y ya miro
a este tal como si en é hubiera basto...

—Y eso, que aún no os han visto trabajar...
El sevillano no pudo reprimir un arranque de
entusiasmo, y contestó convencido de lo que
decía...

—¡Pasado mañana me verán!... ¡Pasado mañana
na les pagaré algo de lo mucho que les debo!...
¡O conigo que no muestran su luzione, o muere
el que no lo ha conseguido!...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

CAPÍTULO XI

ANTES QUE CURRO, TRIUNFA «CANELA»

Esas ridículas diferencias sociales que no miden a los hombres por sus principios ni sus virtudes, si no por sus medios y sus arrogancias, van separando de la natural comunidad de relación a los huérfanos del tener y del poder, de aquellos otros mimados por los banales caprichos de la suerte. Por estas ridículas diferencias, la cuadrilla de Curro Ramírez tenía su alojamiento en la «Fonda Maya», y «Canela» en una pensión modesta situada en uno de los extremos de la Capital.

A tenor de esta torpe falta de identidad que solo atañe a las comodidades personales, son todos los demás que integran la vida social del hombre.

Los que por su posición económica no estaban en condiciones de alternar con el maestro, a gala tenían compartir con los *peones* del famoso torero.

Los que aún más desdichados, carecían de *clase* y de dinero, mostrábanse orgullosos con ser amigos del «Canela»... ¡Y no eran infundios y boleos los que con más seriedad que un Margrave, les largaba a las pobres gentes, que admirábanlo como algo extraordinario sólo por ser el servidor del celebrado torero sevillano!...

Un día que algunos compañeros de alojamiento estando de sobremesa le preguntaban, por España, por sus glorias, por sus características, con el fin de conocer algo de la madre originaria, él les contestaba dando a sus palabras un acento tal de autoridad, que hacía tener pendiente de sus labios a los crédulos oyentes.

—¡Ezpaña!:... ¡naide zabe lo que é Ezpaña, y t'or Globo jabla de Ezpaña!... Por ayá, cabayeros, jay coza eztupenda: azí, como ze dice: ¡eztupenda!... ¡Qué adelanto en tó!:... ¡jasta en los relojel!... ¡Cuánto inero por toas parte, y cuánta comía desperdiziá!... ¡Mi tierra e la máz grande!... ¡Quien no ha vizto Ezpaña, za queao zin vé ni gota!...

—He leído en un periódico de por acá—dijo al maleta uno de aquellos infelices—que ahora se celebra en vuestra patria un concurso médico internacional.

—Zí:.. ¿y qué tié de particulá?... ¡Ayí no damo

importansia a ezaz coza!; porque ayí, ¿con curzoz?... ¡con curzoz jay la má!...

—Pues eso no es muy corriente en otras partes.

—¡En Ezpaña, un disparatel!... ¿jay con curzoz?... tóz corrientez y con música:... ¡e una delisia!...

—¡Claro; para amenizar el acto!...

—¡En Ezpaña, tó e por por música amenisá!...

—Buenos médicos:... ¿eh?...

—¡Cayozté, home!...: ¡er dezmiéguel!... ¡una dezageración!... En Ezpaña, y zobre tó en Zeviya, ze jasen coza que zon un encanto. ¡Dió y los zeviyano!... ¿Ozté vé ezte ojo?...

—No señor; no lo veo.

—Bueno: no lo vé ozté, porque me lo zartó un toro de un palotaso... Pero yo no tengo un ojo como er denantes, poique me farta inero...

—¡No cuesta tanto, señor!: ¡aquí os lo ponen por veinte pesos fuertes!

—¿Por veinte pezo, un ojo?... ¿Por veinte pezo

—man que fueran má fuerte que un puro de a cinco— van a ponerme un ojo como aqueyo?... ¡já-gaze osté ayá!... ¡ni por ningún dinero der mundo!... ¿cómo en Zeviya?... ¡vamo, home!...

—¡Si eso es fácil y económico, señor!...

—¿Fasi y *erconómico*, e poné un ojo que ze mueve, que ze inrita, que ze entristese y yora, y que ve zi un duro é farzo u no é farzo? vamo; ¿un ojo con má pupila que Dió, y con má quinqué quer Tato?... ¿Por veinte duro le vanazté a poné en Méjico un *zaquei* azina?... ¡no zeazté

inosentel:... ¡un ojo de jeza manera, no ze pone má quen Zeviya!...

—¿Pero cómo puede ser eso?...

—¡Miztelahí: ziendo!... ¿Ozté ze fija en esta pierna mfa?...

—Sí, señor.

—¿Cómo la encuentrazté?...

—Bien.

—Bien: ¿eh?... Poz güeno: esta pata me la dejaron jecha papiya de un garrotaso, y de otro garrotaso iguá, me la puzo er méico como ozté la derzamina: eztá un poco torsifla entavía, poique la tengo fresca; pero conforme ze vaya zecando, ze irá poniendo má tiesa quer palo der Palasio Nasioná... ¡Ezo e curá; lo emás zon tontería!...

—Es un método muy especial ese de operar a golpes.

—¿Qué método ni qué niño muerto?... Ayí no jay método pa ná: ayí tó zon *curaz*, y zi no *curaz*, z'*opera*.

—¡Ya!... ¡ya!...

—Tocazté aquí:... ¿qué ez ezo? ¡vamo a vé!...

—La columna vertebral.

—¿Qué colurnia ni qué ná?... ¡Una razpa e *bacalado*!... No ze rían oztés: hay que dí má piano pa ezo. Lo que osté má tocao en la esparda, e una razpa e *bacalado* que me trujieron de Ezcasia a la media. La raspa naturá me la rompió un toro, y er físico me aliñó esta nueva:... ¡ya la ven!... ¡ezarta!... ¡ni pintá!

—Nadie lo digera.

— ¡Pero lo digo yo!: ¡vamo andando!... ¿Qué é, er burlifto ezte que tengo aquí en er colodriyo?...

— El oscipucio.

— ¿Qué orzipusio ni qué jocho cuarfo?... ¡Un güezo e prisco!: er otro güezo, er naturá, me lo arrancó un noviyo de un bocaio, y a los die minuto, colodriyo nuevo; pero nuevo, por meno e un gordo.

— ¡Notable!...

— ¿Notable na má? ¿Qué é pasté entonse zobrezaliente?... ¡En la caesa, como er colodriyo, no zobrezale ná!...

— ¡Es verdad!

— Arrepare ajora en este melocotón que fengo en mitá e la paletiya...

— Un quíster.

— ¿Quiste cayarse?... ¡Ay, comparito e mi arma, y qué atrazao andasté de notisial!... Esto no e ni má ni meno que un peaso e mojamá que me tregué zin masticá, y ze má *peltrificao*. Pos güeno: vino el méico a mi casa—que é la casa de ozté, con permiso de la zeñá Zarvaora—y en meno que se dise anda que andarás, pazá p'arriba y arza que p'aluego es tarde, me puzo la primera piedra; y dende entonse, zoy el home *menumentá*...

— Es una ventaja vivir en España.

— Zí, zeñó: ¡ayí no ze muere naide, como no zea que le jaiga yegao la jora!... ¿Y a tó ezto, zerrán las dó?

— Acaban de dar.

—¡Uf, las dó!:... ¡ay, mi mare!:... ¡y aqueya gente esperandolo!... Zeñore, me vai a dispenzá ustede, pero tengo que dí en busca de los compañero que me tién citao pa presentarme a unos gachós mú prinsipale, que quien tené el honó de conosermé: y la verdá, manque está uno canzaíto de resersione, me parese feo dejarlos más feos entavía, y con tré parmo e narise. ¡No pué zer uno famozo!: ¡e una perdisión! ¿Quién no conose en er mundo er nombre de *Canela*?... ¡Zoy má populá que la rúa; y por má que jago, no pueo ezcaparme de laz manifestaciones de entuziazmo! ¡Yo no quiero pará en los grandes hotele, poique no!: alojádoze uno en caza reservá como ésta, ze tié meno peligro de ser *armirao*.

—¿Pero vos también toreais?...

—¿Con quién creozté que está jablando?

—Perdone... ¿eh?;... yo no sabía...

—¡Zi zoy una dezageración!... Pero no quiero toreá, poique en la úrtima corría la farta de ezte ojo, me puzo en sircustansia dezezperaíta...: en vé de pinchá en er morriyo der toro, pinché en loz morroz de un munisipá que estaba en laz tabla, y ze armó la e Dió é Cristo. ¡No lo quiero recordá!... En fin, esto é historia larga, y ajora no me pueo detené. ¡Ya les contaré otro día aquel esgrasiaíto arsidente, y ya verán ostés cosa güena!...

Dicho esto, «Canela» se despidió de sus compañeros de hospedaje, saliendo después como alma que lleva el Diabolo. Iba en busca de los que

él llamaba sus compañeros: los peones de Currito.

.....
 Cuando llegó al café no le alcanzaba una respiración a otra.

Allí encontró reunidos a los diestros «Niño de Triana», «Pinturas», «Penitas» y «Carcelero», peones de Curro Ramírez, y los picadores del famoso espada, «El Vivales», «Matute» y «Brazo Duro». Acompañábanles varios señores mejicanos, los cuales, advertidos de las características del «Canela», esperábanlo con verdadera impaciencia.

Entró precipitadamente; y llegando a las mesas que ocupaban los deseosos de su presentación, saludó con un «Dió guarde a oztés» que apenas se hizo inteligible por el anhelante respirar del macareno.

—Perdonen zi me je tardáo un poquiyo, porque a vese vale má no sé conosío!... ¡cuánta lata!,... ¡cuánto zalúo!,... y ¡cuánta conversación pa ná!...

—A los home de mérito ezo lez paza:— contestó el «Vivales».

—¡Y porque ze trata de un Maleta; si fuaz zío un mataó!...

—¿Qué quies tú desí con ezo, «Matute»?...

—Que é láztima que no jagas má carrera, porque con tuz zimpatía, ayegaríaz a zé notable. Por lo meno te jabías de vé, en un puezto como er nuestro...

—¡Prezume niño!...

—¡Porque ze puél!...

—¡Zuz creeiz que zois argo y no zois ná!...: zi yo no jubiera tenío otraz azpirasione que las de banderiyeá, pondría yo palo, jazta en Miza; y zi pa mí no fuera una insirnificansia ezo de picá, ríanze oztés e la camisa d'un gitano.

—Aun puez yegá: ¡no tienes má que cuarenta año, que los tiene cuarziquíe chavá, y entavía vi-ves en er Mundo de la iluzione!...

—¡Zi lo dise por argo, *er Califa* a los sin-cuenta, aun zacoztaba en er morriyo e los toro pa largá la puñalá!...

—¡Arrepara arma criztiana!... ¡Y der *Califa* ar «Canela», taz comío la diztansia!...

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...

—¿De qué zu ref, zo malanje?... Oye tú ziete-mezino:—dijo encarándose con el «Niño de Triana—te arvierto c'aun trianero, yo no le armito ni la má pequeña coza; con que cáyate pa rato, o te pego una puñalá que te jago má peaso que!...

—No me mates,

no me mates

Déjame viví en pá

¡«Canelita», no me jaga cantá estaz coza que zon mu antigua ya!...

—Habéi de nasé uztede dié vese, pa zabé andá entre toro, como ezte tío.

—Pero oiga, señor:—interrogó al «Canela» uno de los mejicanos—¿vos habéis toreado también?...

—¿Ozté zabe con quién habla?...

—Perdón señor: pero me pareció que usted no sería del arte.

—Ha de zabé er cabayero, que yo, «Canela» y no ma cuerdo que más; nasío pero que mu bien nasío der tó el vientre de la zeñá Zarvaora y en la caye de la Parra del barrio de la Macarena que e lo má verdá y má caztiso que parió Zeviya, tuve ezde niño una afisión loca a los toro, como loz toroz tuvieron una afisión loca por mí; pue en cuantito me echaba uno la vista ensima... ¡zás!... güezo roto y cama pa treinta día... Ha de zabé er cabayero, que jaze *ventizei* año empesé la carrera, y que de eya me zé un rato.

—¡Buen ensayo!...

—¡No, zeñó; que yo estaba enzayao en mi cazal... Verazté: con estas manesitas que jan de *pudrí* la tierra, cogía yo er refajo e mi mare y empesaba a torea a zu marío de *frente por detrás*, jazta quer marío de mi mare ze jartaba, ze recre-sía y berreando con má corage que uno de sinco *jierba*, m'atisaba do leñaso en las costiya, que jasía añico la muleta...

—¿Era también del arte?...

—Zí, zeño: era cojo y sapatero.

—¡Ya!...

—¡No vaya osté a creé que yo me dolía ar caztigo!;... ¡cál! ¡no zeñó; a la *invierza*! Acababa de ponerme má morao que cuando ze zale der baño con frío, y ya tenía yo dó caña de laz que gatzaba er viejo pa razpá la zuela, largándole a

mi mare en to lo arto un par al relanse, que ni de asúca. A laz ziya e mi caza, daba yo ocho u dié verónica zin enmendarme; pero mi pare que tampoco se enmendaba, me largaba tinta con er tirapie de tal moo, que paresía que me lo pegaba a los coztiyares con serote. A mí que por ná m'antrao serote, juí recargando en la afisión, y er sapatero recargando en er castigo; pero como mi pare zalió tan güen peón que tó lo jasía por pare enteros,—los puntapie, las gofetás, los leñaso,—tuve que juí der dieztro y, zaliendo de pira patomá las tabla; y las tabla jueron, que no perdía capea; y que en laz capeaz, nunca eztuve e pie erecho.

—¿Y cómo no habéis conseguido hacer más carrera?...

—¿Maz carrera?:... ¡anda!:... ¡poz no he corrió yo poco en ezte mundo!... ¡y no he corrió má, por farta e tiempo!:... Ezo tien los toro; que no le dejan a uno tiempo pa ná;... ¡ni pa razcazel!...

—¿Dónde debutó usted?...

—En toaz parte: yo ziempre j'eztao de buten...

—¿Pero alguna vez sería la primera?

—¡Clarol!:... ¡mía que grasía!... Er primé día que yo lidié fuera del jogar doméstico, me presenté zolito delante de una Catreá, que má paresía ézto cun toro. «Zalúalo con er capote», me dijo un compañero; y yo, la verdá, acoztumbráto ar *ganao doméstico*, no zabía d'aqueyo pajolera la coza. Er toro—que zegún digeron tenía *tré jierba*,... pero ¡camará! que *tré jierba* ma cumplíta y que alimentísia!...—me miró mu atento; y

yo, claro, prendao de su güena educación, zargo, me voy pa é, le enzeño er capote, como quien dise, pa tí zi lo quiere; y al zaluarle con un «Dió te guarde», ze conose que aquer bicho era ateo y mu mal educao, y ze vino pa mí con una inritasión de tos los diablos, dejándome paraíto por un cazuá... ¡No quieran oztés zabé la mala faena de aqué mal ange!...: yo tuve la ezgrasia que se me durmieran los pie, y me entrara jormiguiya:... ¡várgame mi mare!;... ze entera er toro de lo de la jormiguiya, ze me viene el aparejo ensima como disen luego, me enfrontila, como pa pedí tila en el aire, dejándome caé ensimita de uno de los carros que servían pa jazé er ruego, y me queé ayí engancháo...

—¿Del carro?...

—¡Naturalmente!... Pero no pararon ayí mis male; poi que el animalito—Dió ze lo pague ezpué e tó—me atizó un bocao, tré patá y do palotáso, pa dezengancharme, y jaserme dá más güerta que un moliniyo...

—¿No torearía usted más?...

—¿Que no?;... ¿poi qué, por ezo?;... ¡vamo, home!;... ¿quiosté cayá?;... ¡digo!;... ¡con má rífione que delante!;... ¿a qué artura zi no, hubiá queao mi vergüesa torera?... Ar poco tiempo de este esgrasio arsidente, arterné con Curro en Coria, ande está er bobo, y... aqueya tarde fué una desageración: Los dó zalimo a jombro: él a jombro de lo afisionao, y yo a jombro de lo munisipale, por no jabé camiyero.

—¿Otra cogida?...

—¡Y otra y otra y sien má!...

—Es usted un valiente...

—Ezo me dijo Currito un día: eres un valiente; eres grande; yegarás mu arto...

—¡Como que jas estao cazi ziempre tocandito las estreya!...—dijo «Penitas» lanzando una carcajada al mismo tiempo.

—¡Cáyate ya, mala zombra!...

—Siga, siga; eso es una broma del banderille-ro—objetó el mejicano.

—Pué como iba iziendo, Currito me jabló de esta manera: irías mu arto; como er que má arto fuera; pero te conosco, zé er genio que tienes, y me cozta quer día menoz penzao, ze la carga un toro con tó el equipo, y no quiero pa tí una perdisión. Lo mejó que jase, e eztarte quieto. Deja tú que yo yegue, zi yego, y entonse te viene conmigo de lo que tú quiera; pue yo zé lo que valez y er papelito que te traez drento de una cuadriya.. Y como yegó y yo le recordé la promeza, me jiso zu perzona de confiansa, poique e lo que er desía: «refrate, «Canela»: tú tiez par toreo erseso de corasón: zé que taz comío má de un toro ya, y que ere capá de comete toíta una ganaería y jazta er ganaero». «Connigo, gastas, *trunfaz* y te iviertez, y no iviertez a loz emás: jazme cazo y no zeaz atrevío: tú ere mu temerario en la arena, y da mieo verte». «Tu puezto é er de maleta a mi vera, y verá qué bien lo paza». Y tomé er conzejo, y con ér me fuí, y con ér estoy, y con ér eztaré

jasta que ze me jaga má aplomao er genio...

—Y jaga der genio perdigone:—le interrumpió «Brazo Duro»...

—¡Mardita zeal!... ¡zus jay de acordá!...

—No dé usted importancia a eso, que sólo es hijo de la confianza.

—Cuando er zanto me venga e cara, y fome la arternativa...

—¡De enterraó!—volvió a interrumpir el pi-
quero.

—¡Malaz puñalá me den, zi no me laz paga...!

—¡Yo qué te vo a pagá laz puñalá, zonzoniche!...

—¡Por ezte puñao e cruse, que de la primera que te pego, te zubo jasta ande ezta er lusero der arba!... ¡La mare e Dió, con er niño e Dió!... ¡A vé zi ze pué jablá zin que a uno le fomen los tufo!... ¡Mardita zeal!...

—¡No te errame, «Canela»!:—decía el «Carcelero».

—¡Con los ziete junto m'atrevo yo, y os doy más meco que chatoz tié er Japón!...

—¿Y quién te paga luego er café, er puro y er coñá?—interrogóle «El Niño de Triana».

—¿Pero ande ezta toíto ezo, charrán?... Media jora yevo aquí, y la meza azcura:... ¡no veo ni gota!...

—¿Pero nos pegarás dezpués?...

—¡Qué oz voy a pegá, zi zus quiero má que zi zus hubia parío!...

—¡Embuzterol!...

—¡Que no zarga e la *dintisión*, zi no e verdá lo que igo!...

—¡Mozo!:—gritó el mejicano que hasta entonces había mediado en los relatos del «Canela».

—¿Mande?:—contestó el sirviente haciendo acto de presencia.

—Café al señor, y cuanto quiera.

—¡Una copa e tre sepa, y un puro con faja e generá!...

—Enseguida:—respondióle el camarero desapareciendo diligente.

Así que le hubieron servido el café aromático, encendió el veguero, saboreando a sorbos la copa de cognac oloroso, el «Canela» fué invitado por varios señores, a que prosiguiera el relato de su vida *profesional*.

—Cuéntalez a estoz cabayero, aqueya corriíta en la que tantas peripesia ocurrieron, y que tan má te rezurtó:—apuntóle el «Pinturas».

—¡Me dá corage, zólo en penzá en aquer día!..

—¿Tan grave fué la cosa?—interrogóle el mismo que le hiciera servir el café momentos antes.

—Aunque no quiziera acordarme de ezto ya, poique no creaz ozté que zoy home que no guzta zé complasiente, lo contaré pa que vean lo que e tené mal ange laz criatura.

Todos guardaron silencio, y con el mayor recogimiento dispusieronse a escuchar el relato del «Canela».

—Er cazo fué, zeñore,—comenzó diciendo el mozo de estoques—que un día me zalió contrato

pa Viyabarquiyo d'Abajo. ¡Jay que ve lo que es la plasa de Viyabarquiyo!:... ¡como que da a cuatro cayel:... y claro, cuando uno tié que lusirse en cuatro caye, jay que dí mu bien presentao. Yo eztaba corriendo entonse mu malo tiempoz, poi- que no zalfa trabajo y andaba yo apuraiyo: —¡desgrasia que tié uno!...:— m'había gastao toa la fortuna ganá aquel año, y que no bajaría de dosmí reale, y como Dió, que no tenía carzone que ponerme. ¡Y jabía que zalí d'apuro y bien zalío!...: poi que a Viyabarquiyo d'Abajo, no ze podía dí de cuarziquié manera. Qué jarás, qué no jarás, me dije yo, y me zalió como un dije lo que yo jabía penzao de momento. Manoz a la obra «Canela»; y zin má retólicaz, de unoz carsone e mi mare,—cuando mi mare uzaba carsone,—loz pinté e colorao con *nirlina*, y rianzostés del invento: me zalió de ayí una taleguiya, que fué la armirasió. Luego, con loz bordone viejor de una guitarra máz vieja que loz bordone, me jise una firigrana e prata, que ni er papé der chocolate. Adelante: y el adelante fué, que mi primo Jozefito m'afeitó las pataz; y ze me quearon unaz media e coló e carne, que ni pintao eztaba má er-selente er punto e coló. Ya fartaba meno; pero aún tenfa que dizcurrí má que la jambre pa quearme completo. Pue zeñó, cómo m'apañaré, cómo no m'apañaré, y penzando, penzando, y dando a la cabeza má güertaz que la rueba de un amolaó, dí por fin en la cuenta. De una samarra negra, me corté la montera, y de laz oreja de la pié, m'arreglé

unoz cairele, que ni con má grasia, ni con más arte, los yevó naide en er mundo e la Tierra ni en el otro mundo. ¡Y pazmenzeoztés zi jué ocurrencia!... De la guerrera de mi probesito pare, que zirvió en Húzare de Parvía, m'arreglé una chaquetiya que levantaba loz corasone. Ya te farta menos:—me dije:—discurre «Canela». Y discurrí jaserme con er cobertó e mi cama un capote verde boteya, que fué una dislocación; y le bordé unoz embutíoz con granítoz e pimienta, que ze chupaba uno loz deo. ¡Vaya capote; vaya garbo y vaya galones d'un zargento retirao de la Guardia Sivi, que degradó a toíta zuz prenda, pa que yo diera er gorpe en Viyabarquiyo. Ya no farta má quer carzao: pero ezo era lo e meno; poi que a última jora, con sepiyo y betún, ze pintan unaz sapatillaz con la mizma ligeresa que se jassen loz retrato ar minuto. Grasia a Dió, no fué presiso zervirze de ezta jabiliá; poi que mi mare zacó del arca el único recuerdo que le queaba e mi agüela, y cortando er recuerdo por laz palaz, ze me queó un apaño pa los pinrele, que ze murió e rabia er Chicoganga. Dezde aquél momento, ya no farta ná: no farta má que emprendé er vuelo, y volé una noche con mi equipaje al hombro y más contento que chaval con sapato nuevo. A loz ziete día de caminata, ayegué a Viyabarquiyo d'Abajo;—¡hay que vé er pazeíto!...— y me presenté al Arcarde que me preparó alojamiento en la carse, pa que no fartara er día e la junción. Pazé enserrao cuarentiocho joras, y gra-

sía a que me fragaba tre racione e rancho, ca vé que m'arrimaban comía.

Yegó er momento; y condusío por dó zereno y el arguasí, me yevaron a una cuadra con má *purgaz* que en la botica. Ayí m'encontré ar «Coliya», ar «Juanete» y al «Amolaó», u zéaze la gente de pe!ea que ya los vide vestíos de corto, poique ze lez jabía encogío la ropa que estaba resién lavá.

Buenas tarde maestro:—me dijo er «Coliya», tan y mientras le metía er diente a un peaso e pan y longanisa.

¡Dió oz guarde muchachoz!:—les dije yo con toa la seriedá de un mataó de mi poztín y de mis jechura.

En la cuadra eztábamo ocho: muzotro cuatro, y otro cuatro mulo mu apañaoz que noz comensaron a mirá mu triztez, en cuantito que noz vieron poné mu apretá la fila, ceñí er capote y mirá pa la plasa.

Empesó a tocá la música un pozodoble, que erisaba er pelo aun carvo; un pazodoble con bombo, platiyoz, clarinete, contrabajo, *acordión* y guitarra, que, vamo; ¡d'ayí a la Gloria!...

Er Preziente, jizo la zefía ende er carro ande eztaba mu repantigao en zu ziya, y... tira p'alan-te,—dije yo,—jasiendo er pazeo con má aire quer fueye d'un jerraó.

Er público ar vé mi traje y miz andare, comensó a reí, y a mí m'entró inritasión. Pero er cazo fué, que apena zi me dí cuenta de que me inrita-

ba, cuando me endiñaron un patatáso en tó er pizcueso, que tuve que jasé pinifos pa no caerme. La múzica zeguía tocando, y er público tomando er pelo jazta ar mizmo Gayo e la Pazión... ¡Comparito que gente!...

Al jasé er zalúo, el animá del Arcarde me largó dende el carro un palo en laz coztiyaz, poi-que creyó er tío que yo le jasía la jiga.

Zonó un bajo del acordeón pa da la zeniá de zalía, y dende er corrá der Veterinario, ze dió zuerta ar primero. Un toraso con má maera que hay en un piná, y con má año que un loro.

Vé ar bicho y pegarze la cuadriya a laz ruesa e loz carro, tó fué uno.

¿Qué jasemos?... ¿Taz fijao en el elefante?...: —me dijo er «Juanete».

¡Zalí enzeguía!—le contesté yo mu corajuo.

¡Enzeguía vamo a zalí!...: ¿Tú no vé que enzeguía que zargamo de laz ruesa, zalimo roando?...

¿Pa qué jabéiz venío uztede?...

¡Pa comé zi pué zé, y pa juí...!

Entonse yo, con má corasón que don Fernando er Zanto, me fuí erecho como una vela; tomé ar toro e capote y tomándome er toro a mí, m'afizó er topetaso, dejándome caé el indino ensimita der Preziente. ¡Ay mi mare!—dije yo en cuantifo que me dí cuenta de quien era er guazón que yo tenía debajito e laz azentaera—. Y en eferto: aqué animá,—no er toro, zi no el Arcarde—me zortó un guantaso en toa la cara, que pa su pajolera mare lo jubiera yo querío. Er

público que reía máz c'un cozquiyozo, comensó a aplaudí entonse; y creyendo yo que las parmas eran pa ezte tío, orvié la ezaborisión y me tiré a la plasa e nuevo.

—¡Torooooo!...:—grité con má faitiga quer Gayo; y er toro que no entendía de miz gana e queá bien, ze vino pa mí y yo me juí pa é, y ar zegundo, eztaba yo jasiendo un güelo invertío que m'obligó a aterrisá sobre la mujé der Pre-gonero, tirándome aqueya fiera tre peyizco en er cachete y dos bocaos en er cogote, que me dejaron má amargao que l'arsiba.

Como ar caé yo zobre la jembra, la jembra zobre er marío y er marío zobre er vesino, hubo guantáz, puñetasos y mordizcos, me dejaron ezo-yao a juersa de tanto gorpe.

Nuevoz aplauzo a los aporraore, nuevo chun-gueo pa mí, y nueva entrá en ersena.

Mi való era mucho; pero la mala intensión der güey, era má. La plasa de Viyabarquiyo, z'abía convertío pa mí en un Carvario, y ayí dí la terse-ra caía. Er martesío toro, m'enfrontiló con má intensión c'un toro, y tirándome ar zuelo, enzayó ensimita e mi cuerpo tó un baile inglé. De pron-to, ziento un frezquito mu particulá, y... ¡qué ver-güensaaaa!... ¡ze me jabía descozío la jareta e loz carzone, y arreparen oztés el escaparate que yo tenía en ezpozición!...

¡Gandúl!... ¡marrano!... ¡que ze tape eze tío!... —gritaban aqueyoz zarvaje, como zi fuera yo er curpable del ezpetaculo.

Má pronto que un ziempre-tiezo, me puze yo en pie, pero con la cara má ensendía que l'amapola.

¡Cochino!... ¡zinvergüensa!... ¡que ze tape er perni!... ¡que ze ezconda er camizón!—zeguían gritando los marditos *nergúmenos*..

¡Al río!—ze oyó desía un granuja d'aqueyoz. Entonse, la verdá, me entraron *carambraz*; y me entraron, poique ví que la gente ze tiraba de loz carro, y garrote en mano ze venían mu dizpueztos pa mí, pero grasia al animalito—Dió ze lo pague—que lez achuchó de lo lindo, me ví libre de aqueyoz bárbaro.

Con er zusto que lez dió er toro, arresió er griterío.

¡Que lo mate el Fardone!... ¡que lo maaate!... ¡que lo maaate!...

Yegó er momento de cudiao: la jora zuprema: y lo que era maz peó mir vese: la jora zuprema, y no tenía jerramienta pa despachá ar bicho.

Y como er tiempo pazaba y yo no pazaba, me yamó er Preziente y me dijo er mu animá: ¡o dentro e dié minuto corto yo biztele de eze toro, o er pueblo, y yo a la cabesa, cortamo biztele e tí!...

¡Vaya por uzía, y por los hijos de... Viyabarquiyo d'Abajo!—contesté yo montera en mano.

Luego me fui pa una mujé que ze lo vide mu colorao, y le pedí er refajo; «¡ayá va, rezalaíto!»—me dijo, jechándomelo a loz pie con grasia. Me armé con er zabre de un munisipá, y par güey za dicho.

Una faena *dizlocante*. Empesé con uno de pe-